

NOTAS DE
ELENA G. DE WHITE
PARA LAS LECCIONES DE LA
ESCUELA SABÁTICA

Título del original en inglés: *E. G. White Notes for the Sabbath School Lessons*.

Traducción: Juan Carlos Viera

Notas de Elena G. de White para las lecciones de la Escuela Sabática. Spanish-language periodical for third quarter, 2011. Volume 10, No. 3. Published quarterly by Pacific Press® Publishing Association, 1350 N. Kings Road, Nampa, Idaho 83687-3193, U.S.A. Periodicals Application Pending.

One-year subscription in the U.S.A., \$15.16; single copy, \$4.99. One-year subscription to countries outside U.S.A., \$21.16; single copy, \$4.99. All prices at U.S.A. exchange. When a change of address is desired, please send both old and new addresses.

Copyright © 2011 Pacific Press® Publishing Association.
Impreso en los Estados Unidos de América

LA ADORACIÓN

Contenido

1. **La adoración en Génesis: Dos clases de adoradores**
(25 de junio al 1° de julio)
2. **La adoración y el Éxodo: Comprender quién es Dios**
(2 al 8 de julio)
3. **El sábado y la adoración**
(9 al 15 de julio)
4. **Alegraos ante el Señor: El Santuario y la adoración**
(16 al 22 de julio)
5. **Bienaventurado eres, ¡oh, Israel!**
(23 al 29 de julio)
6. **La adoración, el canto y la alabanza**
(30 de julio al 5 de agosto)
7. **La adoración en los Salmos**
(6 al 12 de agosto)
8. **Conformismo, concesiones y crisis en la adoración**
(13 al 19 de agosto)
9. **"No confiéis en palabras engañosas": Los profetas y la adoración**
(20 al 26 de agosto)
10. **La adoración: Del exilio a la restauración**
(27 de agosto al 2 de septiembre)
11. **"En espíritu y en verdad"**
(3 al 9 de septiembre)
12. **La adoración en la iglesia primitiva**
(10 al 16 de septiembre)
13. **La adoración en el Apocalipsis**
(17 al 23 de septiembre)

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 1

2 de Julio de 2011

La adoración en Génesis: Dos clases de adoradores

Sábado 25 de junio

Los sacrificios que Adán ofrecía demostraban no solamente su arrepentimiento y tristeza por la transgresión cometida, sino su esperanza de salvación mediante Cristo. Su actitud defraudaba a Satanás quien había supuesto que él se uniría permanentemente en su rebelión y murmuración contra Dios y su autoridad. Caín y Abel representaban los dos grandes grupos de adoradores: Abel, como sacerdote, ofrecía su sacrificio con fe y solemnidad. Caín estaba dispuesto a ofrecer los frutos de la tierra pero rehusaba ofrecer sacrificios que utilizaran sangre de animales, porque eso hubiera significado arrepentimiento y necesidad de un Salvador. Su orgulloso corazón consideraba tal actitud como dependencia y humillación.

Con su fe puesta en un futuro Redentor, Abel ofreció un sacrificio más aceptable que Caín. Al ofrecer la sangre de animales, manifestaba que era un pecador arrepentido y penitente, que aceptaba la eficacia de la sangre que se ofrecería en la futura Gran Ofrenda. Satanás es el padre de la incredulidad, la murmuración y la rebelión; llenó a Caín de dudas y enojo contra Dios y contra su inocente hermano, porque su sacrificio había sido rechazado y el de su hermano aceptado, y en su locura lo mató (**Folleto: *Redemption: or the Temptation of Christ in the Wilderness*, p. 20).**

Domingo 26 de junio:

La adoración en el Edén

Las tareas cotidianas en el Edén le producían a Adán y Eva salud y alegría. La feliz pareja esperaba con gozo las visitas de su Creador, quien en el fresco del día caminaba y conversaba con ellos, enseñándoles nuevas lecciones cada día (*Manuscript Releases*, tomo 17, p. 351).

Se me mostró que la ley de Dios permanecerá inalterable por siempre y regirá en la nueva tierra por toda la eternidad. Cuando en la creación se echaron los cimientos de la tierra, los hijos de Dios contemplaron admirados la obra del Creador, y la hueste celestial prorrumpió en exclamaciones de júbilo. Entonces se echaron también los cimientos del sábado. Después de los seis días de la creación, Dios reposó el séptimo, de toda la obra que había hecho, y lo bendijo y santificó, porque en dicho día había reposado de toda su obra. El sábado fue instituido en el Edén antes de la caída, y lo observaron Adán y Eva y toda la hueste celestial. Dios reposó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó. Vi que el sábado nunca será abolido, sino que los santos redimidos y toda la hueste angélica lo observarán eternamente en honor del gran Creador (***Primeros escritos*, p. 218**).

Al bendecir el séptimo día en el Edén, Dios estableció un recordativo de su obra creadora. El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de agradecido reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad. De esa manera la institución del sábado era enteramente conmemorativa, y fue dada para toda la humanidad. No había nada en ella que fuese obscuro o que limitase su observancia a un solo pueblo (***La fe por la cual vivo*, p. 34**).

Lunes 27 de junio:

La adoración fuera del Edén

Porque la iniquidad abunda, el amor de muchos se resfriará. Hay muchos que han dejado atrás su fe adventista. Están viviendo para el mundo y mientras expresan el deseo de su corazón, "mi Señor se tarda en venir", están castigando a sus consiervos. Hacen esto por la misma razón por la cual Caín mató a Abel. Abel estaba decidido a adorar a Dios de acuerdo con las ins-

trucciones que Dios le había dado. Esto desagradó a Caín. Él pensó que sus propios planes eran mejores, y que el Señor se avendría a su procedimiento. Caín en su ofrenda no reconoció su dependencia de Cristo. Pensó que su padre Adán había sido tratado duramente al ser expulsado del Edén. La idea de conservar ese pecado siempre ante la mente, y ofrecer la sangre del cordero inmolado como una confesión de la dependencia de un poder ajeno a sí mismo, era una tortura para el soberbio espíritu de Caín. Siendo él mayor, creyó que Abel debía seguir su ejemplo. Cuando la ofrenda de Abel fue aceptada por Dios, y el fuego santo consumió el sacrificio, el enojo de Caín fue excesivamente grande. El Señor condescendió en explicarle este asunto; pero él no quiso reconciliarse con Dios, y aborreció a Abel porque Dios le manifestó su favor. Se enojó tanto que mató a su hermano (*Testimonios para los ministros*, pp. 74, 75).

En la experiencia de Caín y Abel tenemos un símbolo de las dos clases de personas que existirán en el mundo hasta el fin del tiempo, y su ejemplo es digno de ser estudiado. Había marcadas diferencias en el carácter de estos dos hermanos y esas mismas diferencias se las encuentra en la familia humana de nuestros días. Caín representa a los que siguen los lineamientos y principios satánicos y quieren adorar a Dios a su manera. Como sus seguidores, quieren rendirle una obediencia parcial sin someterse enteramente a Dios. Con su orgulloso corazón, el ser humano piensa que puede ofrecerle algún favor a Dios; que nuestro Padre celestial no necesita ser siempre el dador, sino que puede recibir algún regalo. Pero Dios no acepta sobornos ni necesita cosa alguna de nuestra parte. Dice: "Mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados... Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti: porque mío es el mundo y su plenitud" (Salmo 50:10,12). El ser humano no tiene nada que ofrecerle a Dios que no haya recibido primeramente de él.

La clase de adoradores representada por Caín es, por lejos, la más grande, porque todas las falsas religiones han sido inventadas siguiendo el pensamiento de Caín de que el ser humano puede depender de sus propios méritos y de su justicia para alcanzar la salvación (*Signs of the Times*, 23 de diciembre, 1886).

Cristo fue el fundamento de todo el sistema judío. La muerte de Abel fue una consecuencia de no haber aceptado Caín el plan de Dios en la escuela de la obediencia para ser salvado por la sangre de Jesucristo, simbolizada por las ofrendas de sacrificio que señalaban a Cristo. Caín rehusó la efusión

de sangre que simbolizaba la sangre de Cristo que había de ser derramada por el mundo. Toda esta ceremonia fue preparada por Dios, y Cristo vino a ser el fundamento de todo el sistema. Éste es el comienzo de la obra de la ley como el ayo que lleva a los instrumentos humanos pecaminosos a considerar a Cristo como el fundamento de todo el sistema judío.

Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima doliente, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el hombre, haciéndose pecado el Inocente por nosotros (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 274).

Martes 28 de junio: Dos líneas de adoradores

Los descendientes de Set se separaron de los impíos descendientes de Caín, porque éstos no tenían respeto por Dios ni por sus sagrados mandamientos, mientras que ellos deseaban conocer y seguir la voluntad divina. Sin embargo, al multiplicarse los seres humanos sobre la tierra, los descendientes de Set vieron que las hijas de los descendientes de Caín eran hermosas y las tomaron como esposas, apartándose de Dios y uniéndose a la raza idólatra de Caín (*Signs of the Times*, 20 de febrero, 1879).

Los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios; los de Caín, hijos de los hombres. Cuando los hijos de Dios se mezclaron con los hijos de los hombres, los primeros se corrompieron y al casarse con los segundos perdieron, mediante la influencia de sus esposas, su carácter santo y peculiar, y se unieron con los hijos de Caín para practicar la idolatría. Muchos dejaron a un lado el temor de Dios y pisotearon sus mandamientos. Pero unos pocos obraron justamente; eran los que temían y honraban a su Creador. Noé y su familia se contaban entre los pocos justos que había (*La historia de la redención*, p. 64).

En los días de Noé, el pecado se había extendido como una lepra mortal. Aunque el mundo era joven, la iniquidad se había profundizado y extendido tanto, que Dios se arrepintió de haber creado al ser humano. La bondad y la

pureza parecían extintas mientras que el odio a la ley de Dios, la envidia, la sedición y las luchas, la opresión y la violencia, corrompían la tierra. Los pensamientos y la imaginación humanas eran de continuo solamente el mal (*Signs of the Times*, 27 de febrero, 1879).

Adán había contado a sus hijos y a los hijos de sus hijos la historia del Edén. De esa manera había transmitido el amor por los árboles, las flores y las enramadas, a sus descendientes. Pero éstos, en lugar de arrodillarse en esas solemnes glorietas para reconocer el amor de Dios y para adorarlo, profanaron esas glorietas con sus ídolos. Los tiernos recuerdos de Adán de haber adorado al Dios viviente y verdadero bajo esas enramadas, fueron trastocados por los idólatras hijos de Caín, quienes construían sus altares y sus imágenes a la sombra de cualquier árbol frondoso. Al quitar a Dios de sus corazones, se comportaban de acuerdo a sus sacrílegos sacrificios, y su culto y su carácter se degradaba más y más (*Signs of the Times*, 27 de febrero, 1879).

Noé no se olvidó de Aquel que tan misericordiosamente lo había protegido. Inmediatamente erigió un altar y ofreció sacrificios de animales limpios, mostrando de esta manera su fe en el futuro sacrificio de Cristo, a la vez que manifestaba su gratitud por la maravillosa preservación de sus vidas. La ofrenda de Noé se elevó hacia Dios como un dulce perfume; aceptó su sacrificio y bendijo al patriarca y su familia. Esta es una lección que deben aprender todos los que viven sobre la tierra: cada manifestación de la misericordia y el amor de Dios hacia ellos debe ser respondida con acciones de gratitud y de humilde adoración (*Signs of the Times*, 6 de marzo, 1879).

Miércoles 29 de junio: La fe de Abraham

Tan pronto como Abraham tuvo una indicación de la voluntad divina para él, escuchó su voz y estuvo listo a obedecer. No se detuvo a considerar las ventajas o desventajas financieras al tomar esa decisión. Con fe y confianza en la dirección divina dejó su hogar y su parentela, "y salió sin saber a dónde iba".

En ese tiempo la idolatría estaba creciendo y entraba en conflicto con el culto al Dios verdadero. Abraham no había llegado a ser un idólatra, aunque su mismo padre vacilaba entre el culto falso y el verdadero, y mezclaba falsas

teorías y prácticas idólatras con su conocimiento de la verdad. Abraham, en cambio, no se avergonzaba de su fe ni mantenía en secreto su confianza en el Dios verdadero. Construía altares y los llamaba con el nombre del Señor (*The Youth's Instructor*, 4 de marzo, 1897).

Abraham, el amigo de Dios, nos dio un ejemplo digno. La suya fue una vida de oración y humilde obediencia y era como una luz en el mundo. Dondequiera plantara su tienda, bien cerca alzaba su altar, reuniendo a cada miembro de su familia para el sacrificio de la mañana y de la tarde...

Una luz similar debería brillar de los hogares cristianos. El amor debiera revelarse en la acción. Debería brotar en toda manifestación hogareña, mostrándose en considerada bondad, en gentil y desprendida cortesía. Hay hogares en los cuales se practican estos principios, hogares en los cuales se adora a Dios y reina el amor más puro. De estos hogares, mañana y tarde ascienden oraciones a Dios como dulce incienso, y sus mercedes y bendiciones descienden sobre los suplicantes como el rocío matutino (*En lugares celestiales*, p. 213).

Isaac prefiguró al Hijo de Dios, que iba a ser ofrecido por los pecados del mundo. Dios quería inculcar en Abraham el evangelio de la salvación del hombre. Para ello y a fin de que la verdad fuese una realidad para él como también para probar su fe, le pidió que quitase la vida a su amado Isaac. Todo el pesar y la agonía que soportó Abraham por esta sombría y temible prueba, tenía por propósito grabar profundamente en él la comprensión del plan de redención en favor del hombre caído. Se le hizo entender mediante su propia experiencia cuán inmensa era la abnegación del Dios infinito al dar a su propio Hijo para que muriese a fin de rescatar al hombre de la ruina completa. Para Abraham, ninguna tortura mental podía igualarse con la que sufrió al obedecer la orden divina de sacrificar a su hijo. Dios entregó a su Hijo a una vida de humillación, pobreza, trabajo, odio, y a la muerte agonizante de la crucifixión. Pero, no había ningún ángel que comunicase el gozoso mensaje: "Basta; no necesitas morir, mi muy amado Hijo". Legiones de ángeles aguardaban tristemente, esperando que, como en el caso de Isaac, Dios impidiera en el último momento su muerte ignominiosa. Pero no se les permitió a los ángeles llevar un mensaje tal al amado Hijo de Dios. La humillación que sufrió en el tribunal y en el camino al Calvario, prosiguió. Fue escarnecido, ridiculizado, escupido. Soportó las burlas, los desafíos y el vilipendio de los que le odiaban, hasta que en la cruz doblegó su frente y murió.

¿Podría Dios habernos dado prueba mayor de su amor que al dar así a su Hijo para que pasase por estas escenas de sufrimiento? (*Joyas de los testamentos*, tomo 1, pp. 353, 354).

Jueves 30 de junio:

Bet-el, la casa de Dios

Mediante Cristo la tierra está conectada con el cielo, porque él es la escalera mística que Jacob vio en visión en Betel. Cuando nos separamos de Dios, Cristo vino para reconciliarnos con el Padre. Con amor compasivo colocó su brazo humano alrededor de la raza caída, y con su brazo divino se aferró del trono del Infinito, conectando así al hombre finito con el Dios infinito. Mediante el plan de salvación estamos unidos con las agencias del cielo. Gracias a los méritos de un Redentor crucificado y resucitado podemos levantar la vista y contemplar la gloria de Dios que alumbra del cielo a la tierra. Deberíamos estar agradecidos a Dios por el plan de salvación. Hemos recibido muchas clases de bendiciones y por agradecimiento deberíamos darle a Dios nuestros corazones indivisos.

Es triste que estemos tan lejos de Cristo debido a nuestra indiferencia hacia los intereses eternos; tampoco vemos la gloria de Dios que brilla sobre cada peldaño de la escalera; no ascendemos confiados en Cristo realizando progresos en la vida divina. Si lo hiciéramos, reflejaríamos la imagen de Cristo, teniendo pureza de carácter y siendo luces en el mundo. Deberíamos contemplarlo constantemente, hasta quedar prendados de las gracias de su carácter; entonces no dejaríamos de hablar de él y de su amor. Entonces deberíamos poseer las bendiciones eternas que el mundo no puede darnos ni quitarnos, a la vez que perder nuestro gusto por el pecado (*Exaltad a Jesús*, p. 233).

Mientras Jacob estaba postrado y angustiado, el Señor tuvo compasión de él y le ordenó salir de donde estaba y dirigirse hacia Betel. La mención de este nombre le recordó al patriarca no solamente la visión de los ángeles que descendían y ascendían y la voz de Dios dándole ánimo, sino también el voto que había hecho, que si Dios lo guardaba y bendecía, el Señor sería su Dios. En su reflexión se preguntaba si había sido tan fiel a su promesa como Dios había sido con la suya. Vio la necesidad de ser más decidido con su familia y limpiar el campamento de todo lo que pudiera incitar a la idolatría. Deseaba llegar a ese lugar sagrado libre de toda contaminación.

Por eso les habló, diciéndoles: "Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos y subamos a Betel; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado" (Génesis 35:2, 3) (*Signs of the Times*, 4 de diciembre, 1879).

Jacob había cumplido su deber de limpiar su casa de la idolatría; entonces comenzó su viaje hacia Betel. En beneficio de su siervo, Dios infundió temor a los habitantes de la tierra, de modo que no trataron de vengar la matanza de Siquem. Los viajeros pasaron sin ser molestados y llegaron a Betel. Inmediatamente Jacob cumplió con la orden divina de erigir un altar, y allí renovó el voto que había hecho mientras viajaba de Canaán a Mesopotamia. Y aunque le tomó una buena parte de sus posesiones, de todas las cosas con que había sido bendecido, ofreció sacrificios y ofrendas a Dios sobre el altar. La generosidad y el sacrificio con que lo hizo es un reproche para aquellos profesos cristianos que se acercan con magras ofrendas a su Dios...

El Señor aceptó la ofrenda de Jacob, renovó su pacto con él y lo bendijo nuevamente. Entonces Jacob, como un recuerdo no perecedero de esta muestra adicional del favor divino, erigió un monumento de piedra y lo consagró de la manera en que se acostumbraba (*Signs of the Times*, 4 de diciembre, 1879).

Viernes 1 de julio:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 27-33; 44-47; 58-61; 95-98; 144-149; 196-201.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 2

9 de Julio de 2011

La adoración y el Éxodo: Comprender quién es Dios

Sábado 2 de julio

Las amonestaciones y los reproches no son dados a los que yerran entre los adventistas del séptimo día porque su vida merezca más censura que la de los que profesan ser cristianos en las iglesias nominales, ni porque su ejemplo o sus actos sean peores que los de los adventistas que no quieren obedecer los requerimientos de la ley de Dios; sino porque tienen gran luz, y han asumido por su profesión la posición de pueblo especial y escogido de Dios, teniendo su ley escrita en su corazón. Ellos manifiestan su lealtad al Dios del cielo obedeciendo las leyes de su gobierno. Son representantes de Dios en la tierra. Cualquier pecado que haya en ellos los separa de Dios, y de una manera especial deshonra su nombre, dando a los enemigos de su santa ley ocasión de vilipendiar su causa y su pueblo, al que ha llamado a ser "linaje escogido, real sacerdocio, gente santa", para que manifiesten las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (*Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 277).

Domingo 3 de julio:

Tierra santa

A fin de estar preparado para ir a cumplir con su misión, Moisés recibió su alto cometido y su ordenación a la tarea de una manera que lo llenó de asombro y le dio una profunda convicción de su propia debilidad e indignidad. Mientras cumplía con sus deberes, vio una zarza cuyas ramas y hojas estaban encendidas con un fuego, pero no se consumían. Al acercarse para ver semejante maravilla, escuchó una voz que le hablaba desde las llamas. Era la voz de Dios; la voz del Ángel del pacto, que se había revelado a los padres de la fe en épocas pasadas. Moisés tembló

aterrorizado cuando el Señor lo llamó por su nombre. Con labios temblorosos respondió: "Heme aquí". Entonces se le advirtió a no acercarse a su Creador con una familiaridad indebida: "Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es... Entonces Moisés cubrió su rostro porque tuvo miedo de mirar a Dios" (Éxodo 3:4-6).

El ser humano finito debe aprender una lección que nunca debe olvidar: la de acercarse a Dios con reverencia. Podemos presentarnos ante él confiadamente, porque lo hacemos en el nombre de Jesús, nuestro sustituto y nuestra justicia, pero nunca con la osada presunción de dirigirnos a él como si estuviéramos en el mismo nivel. Hemos escuchado a algunos que se dirigen al todopoderoso y santo Dios que mora en luz inaccesible, como si le estuvieran hablando a un colega, e incluso a un inferior. Algunos se comportan en la presencia de Dios de una manera que no lo harían frente a un amigo humano. Con eso muestran que no tienen una comprensión adecuada del carácter de Dios ni de la grandeza de su poder, ni se dan cuenta que el ojo divino todo lo ve y que él lee los pensamientos de cada corazón. Dios no puede ser burlado; debe ser reverenciado doquiera se manifieste su presencia. El ser humano pecador debe postrarse en humilde actitud y desde la profundidad de su alma exclamar: "Qué terrible es este lugar" (*Signs of the Times*, 26 de febrero, 1880).

Desconcertará al intelecto más perspicaz interpretar la manifestación divina de la zarza ardiente. No fue un sueño; no fue una visión; fue una realidad viviente: algo que Moisés vio con sus ojos. Oyó la voz de Dios que lo llamaba desde la zarza, y se cubrió el rostro comprendiendo que estaba en la presencia inmediata de Dios. Dios estaba conversando con la humanidad. Nunca pudo describir Moisés la impresión hecha sobre su mente por el espectáculo que entonces vio y por el sonido de la voz que le hablaba; pero nunca se desvaneció esa impresión. El cielo se le aproximó muchísimo cuando, con temor reverente, escuchó las palabras: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob". Qué maravillosa condescendencia que Dios dejara las cortes celestiales, y se manifestara a Moisés, hablando con él cara a cara "como habla cualquiera a su compañero" (*Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1113).

El símbolo elegido para representar la gloria radiante de Cristo contiene una lección para todos. Como una representación de la Deidad, no se eligió un cedro del Líbano sino un humilde arbusto que no era atractivo; no obstante, envolvió al Infinito. El misericordioso Dios cubrió su gloria con la humilde

zarza para que Moisés pudiera mirar y vivir (*The Youth's Instructor*, 20 de diciembre, 1900).

Lunes 4 de julio:

La muerte de los primogénitos: La Pascua y la adoración

En Egipto se les requirió a los israelitas que rociaran los dinteles de sus puertas con la sangre de un cordero para que cuando el ángel de la muerte pasara por la tierra, no tocara sus hogares. Pero si en lugar de cumplir este simple acto de fe hubieran hecho una barricada frente a sus hogares para intentar que el ángel destructor no entrase, sus esfuerzos hubieran sido en vano y hubiesen mostrado su incredulidad. La sangre en el dintel era suficiente para asegurar la vida del primogénito. Lo mismo ocurre en la actualidad: la sangre de Cristo es la que limpia del pecado. Sin ella, cualquier esfuerzo para ganar la salvación será en vano.

Para ser reconciliado con Dios, la obra del pecador es aceptar a Cristo y su justicia; solo mediante la fe el corazón será hecho santo. Muchos piensan que deben arrepentirse antes de ir a Cristo porque piensan que deben hacer algo de su parte antes de que el Mediador actúe en su beneficio. Es verdad que el arrepentimiento precede al perdón; pero el pecador debe acercarse a Cristo para sentir arrepentimiento. Es la gracia de Cristo la que ilumina y fortalece el alma para hacer posible el arrepentimiento (*The Youth 's Instructor*, 26 de marzo, 1903).

La pascua había de ser tanto conmemorativa como simbólica. No solo recordaría la liberación de Israel, sino que también señalaría la liberación más grande que Cristo habría de realizar para libertar a su pueblo de la servidumbre del pecado. El cordero del sacrificio representa al "Cordero de Dios", en quien reside nuestra única esperanza de salvación. Dice el apóstol: "Nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros" (1 Corintios 5:7). No bastaba que el cordero pascual fuese muerto; había que rociar con su sangre los postes de las puertas, como los méritos de la de Cristo deben aplicarse al alma. Debemos creer, no solo que él murió por el mundo, sino que murió por cada uno individualmente. Debemos apropiarnos la virtud del sacrificio expiatorio (*Patriarcas y profetas*, p. 281).

Se les requirió a los hijos de Israel hacer una tarea que probaría su fe en la gran liberación que Dios preparaba para ellos. A fin de escapar del terrible

juicio que caería sobre Egipto, debían rociar la sangre sobre sus casas, separarse ellos mismos y sus hijos de los egipcios, y reunirse dentro de sus hogares. Si alguno de los israelitas se encontraba en los hogares egipcios, caería bajo la mano del ángel destructor. Se les ordenó también celebrar la fiesta de la Pascua para que cuando sus hijos les preguntaran qué significaba esa ceremonia, pudieran contarles la maravillosa liberación de Egipto. Entonces, cuando el ángel destructor pasó en la noche para herir el primogénito de hombres y animales, pasó por alto sus casas y ningún hebreo que había rociado la sangre en el dintel de su puerta fue destruido.

Los israelitas se inclinaron y adoraron, agradecidos por esta celebración que les recordaría a sus hijos el cuidado de Dios por ellos...

La Pascua miraba hacia el pasado, recordando la liberación de los hijos de Israel, pero también era simbólica y representaba a Cristo, el Cordero de Dios, que sería inmolado para la redención de la raza caída. La sangre rociada en el dintel de la puerta prefiguraba la sangre expiatoria de Cristo y la continua dependencia del pecador en los méritos de esa sangre para protegerlo del poder de Satanás y para lograr su redención definitiva (*Signs of the Times*, 25 de marzo, 1880).

Martes 5 de julio: Ningún otro dios

Los Diez Mandamientos: "Harás, no harás", son diez promesas que se nos otorgan si rendimos obediencia a la ley que gobierna el universo.

No hay precepto moral que se encuentre en alguna parte de la Biblia, que no esté grabado con el dedo de Dios en su santa ley sobre las dos tablas de piedra. Una copia de ella se le dio a Moisés en el monte Sinaí. Los cuatro primeros mandamientos presentan al hombre su deber de servir al Señor nuestro Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente, y con todas las fuerzas. Esto abarca a todo el hombre. Esto requiere un amor tan ferviente, tan intenso, que el hombre no pueda atesorar en su mente nada, ni ningún afecto, que rivalice con el que siente por Dios; y su obra llevará la firma del cielo. Todo es secundario frente a la gloria de Dios. Nuestro Padre celestial debiera ser amado como el primero, la alegría y la prosperidad, la luz y la suficiencia de nuestra vida, y nuestra porción eterna (*Hijos e hijas de Dios*, p. 58).

"No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo 20:3). El primer mandamiento no se transgrede únicamente negando la existencia de Dios o inclinándose delante de ídolos de madera y piedra. Muchos profesos seguidores de Cristo infringen sus principios; pero el Señor del cielo no reconoce como hijos suyos a los que guardan en su corazón cualquier cosa que ocupe el lugar que únicamente Dios debería tener. Muchos se inclinan ante la complacencia del apetito, mientras que otros lo hacen ante el vestido y el amor al mundo, y les conceden el primer lugar en el corazón...

Dios nos ha dado muchas cosas en esta vida sobre las que podemos derramar nuestros afectos; pero cuando llevamos hasta el exceso lo que en sí mismo es bueno, nos convertimos en idólatras... Cualquier cosa que separe nuestros afectos de Dios, y disminuya nuestro interés en las cosas eternas, es un ídolo. Los que emplean el tiempo precioso que Dios les ha dado —tiempo que ha sido comprado a un precio infinito— en embellecer sus hogares para ostentación, en seguir las modas y las costumbres del mundo, no solo están privando a sus almas de alimento espiritual, sino que también están dejando de darle a Dios lo suyo. El tiempo así gastado en la complacencia de los deseos egoístas podría emplearse en obtener conocimiento de la Palabra de Dios, en cultivar nuestros talentos, para prestar un servicio inteligente a nuestro Creador... Dios no compartirá un corazón dividido. Si el mundo absorbe nuestra atención, él no puede reinar supremo. Si esto disminuye nuestra dedicación a Dios, es idolatría ante sus ojos (*A fin de conocerle*, p. 323).

Miércoles 6 de julio

"Estos son tus dioses"

Aarón consideró que Moisés había sido demasiado inflexible ante los deseos del pueblo. Pensaba que si Moisés hubiera sido menos firme, menos resuelto a veces, y que si hubiera hecho un compromiso con el pueblo y gratificado sus deseos, habría tenido menos problemas, y habría habido más paz y armonía en el campamento de Israel. El, por lo tanto, había estado probando este nuevo ^criterio. Siguió su temperamento natural cediendo a los deseos del pueblo, a fin de evitar insatisfacción y preservar su buena voluntad, y de ese modo impedir una rebelión, que él pensó que ciertamente se produciría si no cedía a sus deseos. Pero si Aarón hubiera permanecido sin vacilar del lado de Dios; si hubiese afrontado la sugerencia del pueblo de que les hiciera dioses para que fuesen delante de ellos a Egipto, con la justa indignación y el horror que su propuesta merecía; si les hubiera

mencionado los terrores del Sinaí, donde Dios había declarado su ley en medio de tal gloria y majestad; si les hubiera recordado su solemne pacto con Dios de obedecer todo lo que él les mandara; si les hubiese dicho que a costa de su vida él no cedería a sus ruegos, habría tenido influencia sobre el pueblo para impedir una terrible apostasía. Pero cuando, en ausencia de Moisés, se requería su influencia para ser usada en la dirección correcta, cuando tendría que haber permanecido tan firme e inflexible como lo hizo Moisés, para impedir que el pueblo siguiera un camino de pecado, su influencia fue ejercida del lado equivocado. Fue impotente para hacer que su influencia se ejerciera para vindicar el honor de Dios en la observancia de su santa ley. Pero poniéndose en el lado equivocado ejerció una influencia poderosa. Dirigió y el pueblo obedeció.

Cuando Aarón dio el primer paso en la dirección equivocada, fue imbuido del espíritu que había movido al pueblo, y asumió la iniciativa y dirigió como un general, y el pueblo fue singularmente obediente. Aquí Aarón sancionó los pecados más graves, porque esto era menos difícil que estar en defensa de lo correcto. Cuando se desvió de su integridad al aprobar los pecados del pueblo parecía inspirado con una decisión, serenidad y celo nuevos para él. Su timidez pareció desaparecer repentinamente. Con un celo que nunca había manifestado en erguirse en defensa del honor de Dios contra el error, tomó los instrumentos para convertir el oro en la imagen de un becerro. Ordenó que se edificara un altar, y con una certeza digna de mejor causa, proclamó al pueblo que el día de mañana sería un día de fiesta al Señor. Los trompeteros llevaron la palabra de la boca de Aarón e hicieron sonar la proclamación en compañía de los ejércitos de Israel.

La serena certidumbre de Aarón en un curso equivocado de conducta le dio mayor influencia sobre el pueblo que la que podría haber tenido Moisés al conducirlos en el curso correcto y sofocar su rebelión. ¡Qué ceguera espiritual terrible había descendido sobre Aarón que llamó a la luz tinieblas y a las tinieblas luz! ¡Qué presunción la de él al proclamar una fiesta al Señor disimulando su adoración idólatra de una imagen de oro! Aquí se ve el poder que Satanás tiene sobre las mentes que no están plenamente controladas por el Espíritu de Dios. Satanás había colocado su bandera en medio de Israel, la que fue exaltada como la bandera de Dios (*Testimonios para la iglesia*, tomo 3, pp. 329, 330).

Si el castigo no se hubiera dado rápidamente a esta transgresión [del becerro de oro], los mismos resultados se hubiesen visto nuevamente. La

tierra se hubiera corrompido como en los días de Noé, y los males se habrían transformado en mayores si a los transgresores se les hubiese perdonado la vida como a Caín. Por la misericordia de Dios se castigó a los miles para evitar que los juicios cayeran sobre millones. A fin de salvar a muchos, debía castigar a los pocos. Más aun; debido a que el pueblo había pisoteado su alianza con Dios y había rechazado la protección divina, sería privado de su defensa y toda la nación quedaría expuesta al poder de sus enemigos. Si el mal no se hubiera detenido prontamente, el pueblo hubiera sido presa de sus numerosos y poderosos oponentes. Por el bien de Israel, y como una lección para las generaciones sucesivas, esa transgresión debía ser castigada. Por otra parte, era mejor acortar las vidas de aquellos que estaban siguiendo un curso de maldad, ya que si se los hubiera perdonado, de todas maneras se hubiesen rebelado contra Dios y hubieran comenzado a mostrar odio y luchas entre ellos mismos hasta destruirse. Por amor al mundo, por amor a Israel, y hasta por amor a los transgresores, el pecado fue castigado con una rápida y terrible severidad (*Review and Herald*, 11 de febrero, 1909).

Jueves 7 de julio: **"Muéstrame tu gloria"**

El apóstol Pablo afirma claramente que lo experimentado por los israelitas en sus viajes fue registrado para beneficio de los que viven en esta época, aquellos en quienes los fines de los siglos han parado. No consideramos que nuestros peligros sean menores que aquellos que corrieron los hebreos, sino mayores. Seremos -tentados- a manifestar celos y a murmurar, y habrá rebelión abierta, según se registra acerca del antiguo Israel. Habrá siempre un espíritu tendiente a levantarse contra la reprensión de pecados y males...

Los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las instrucciones y restricciones del Señor. Querían simplemente hacer su voluntad, seguir los impulsos de su propia mente y ser dominados por su propio juicio. Si se les hubiese concedido esta libertad, no habrían proferido queja contra Moisés; pero se amotinaron bajo la restricción.

Dios quiere que su pueblo sea disciplinado y que obre con armonía, a fin de que lo vea todo unánimemente y tenga un mismo sentir y criterio (*Joyas de los testimonios*, tomo 1, pp. 342-344).

Fortalecido con la seguridad de la presencia de Dios, Moisés fue todavía más allá y se aventuró a solicitar aún más bendiciones. Dijo: "Te ruego que me muestres tu gloria". ¿Creéis que Dios reprobó la presunción de Moisés? ¡Claro que no! Moisés no hizo este pedido por vana curiosidad. Tenía un objetivo en vista. Comprendió que por su propia fuerza no podría realizar aceptablemente la obra de Dios. Sabía que si podía obtener una clara visión de la gloria de Dios, estaría capacitado para avanzar en su importante misión, no por su propia fuerza sino por la del Señor Dios Todopoderoso. Toda su alma se extendió hacia Dios. Anhelaba saber más de Dios, para poder sentir de cerca la divina presencia en cada emergencia o perplejidad... Su único objetivo era el deseo de honrar mejor a su Hacedor.

Dios conoce los pensamientos y las intenciones del corazón, y comprendió los motivos que impulsaban la solicitud de su fiel servidor... "Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová!, fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad" (Éxodo 34:6).

Moisés tenía genuina humildad y el Señor lo honró mostrándole su gloria. De la misma manera honrará a todo el que lo sirva como Moisés, con un corazón perfecto... Imparte su sabiduría a los que tienen un espíritu humilde y contrito. La justicia de Cristo irá delante de ellos y la gloria del Señor será su retaguardia... La tierra podrá vacilar, los fundamentos del mundo podrán estremecerse bajo sus pies, pero no temerán (*En lugares celestiales*, p. 241).

Viernes 8 de julio:
Para estudiar y meditar

Patriarcas y profetas, pp. 310-355.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 3
16 de Julio de 2011

El sábado y la adoración

Sábado 9 de julio

Somos propiedad del Señor tanto por creación como por redención. Somos totalmente súbditos suyos, y sometidos a las leyes de su reino. Que nadie dé cabida al engaño de que el Señor Dios del cielo y de la tierra no tiene ley para controlar y gobernar a los súbditos. Dependemos de Dios para todo aquello que disfrutamos. Recibimos de él el alimento que tomamos, las ropas que vestimos, el aire que respiramos, la vida que gozamos día tras día. Estamos bajo la obligación de ser gobernados por su voluntad y reconocerlo como nuestro supremo gobernante...

Debemos gratitud a Dios por la revelación de su amor en Cristo Jesús; y como instrumentos humanos inteligentes hemos de revelar al mundo el tipo de carácter que resultará de la obediencia a cada declaración de la ley del gobierno de Dios. En perfecta obediencia a su santa voluntad, hemos de manifestar adoración, amor, alegría y alabanza, y de este modo honraremos y glorificaremos a Dios (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 58).

Domingo 10 de julio:

Creación y redención: el fundamento de la adoración

El deber de adorar a Dios estriba en la circunstancia de que él es el Creador, y que a él es a quien todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración

con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador. "Todos los dioses de los pueblos son ídolos; mas Jehová hizo los cielos" (Salmo 96:5). "¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él? dice el Santo. ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?" "Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo... ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!" (Isaías 40:25, 26; 45:18, V.M.). Dice el salmista: "Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos". "¡Venid, postrémonos, y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!" (Salmos 100:3; 95:6, V.M.). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: "¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!" (Apocalipsis 4:11, V.M.).

En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta a los hombres a que adoren al Creador, y la profecía expone a la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos señala directamente a Dios como Creador. El cuarto precepto declara: "El séptimo día será sábado a Jehová tu Dios... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay; y en el día séptimo reposó; por tanto Jehová bendijo el día del sábado, y lo santificó" (Éxodo 20:10, 11, Versión Valera de la S.B.A.). Respecto al sábado, el Señor dice además, que será una "señal... para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios" (Ezequiel 20:20, Id.). Y la razón aducida es: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó" (Éxodo 31:17).

"La importancia del sábado, como institución conmemorativa de la creación, consiste en que recuerda siempre la verdadera razón por la cual se debe adorar a Dios, porque él es el Creador, y nosotros somos sus criaturas. Por consiguiente, el sábado forma parte del fundamento mismo del culto divino, pues enseña esta gran verdad del modo más contundente, como no lo hace ninguna otra institución. El verdadero motivo del culto divino, no tan solo del que se tributa en el séptimo día, sino de toda adoración, reside en la distinción existente entre el Creador y sus criaturas. Este hecho capital no perderá nunca su importancia ni debe caer nunca en el olvido" (J. N. Andrews, *History of the Sabbath*, cap. 27). Por eso, es decir, para que esta verdad no se borrara nunca de la mente de los hombres, instituyó Dios el sábado en el Edén y mientras el ser él nuestro Creador siga siendo motivo para que le adoremos, el sábado seguirá siendo señal conmemorativa de ello. Si

el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos e inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido un idólatra, un ateo, o un incrédulo. La observancia del sábado es señal de lealtad al verdadero Dios, "que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua". Resulta pues que el mensaje que manda a los hombres adorar a Dios y guardar sus mandamientos, los ha de invitar especialmente a observar el cuarto mandamiento (*El conflicto de los siglos*, pp. 489- 491).

Lunes 11 de julio:

Acuérdate de tu Creador

Las mentes más desarrolladas, si no son guiadas por la Palabra de Dios en su obra investigadora, se aturden en su tentativa de encontrar la relación de la ciencia con la revelación. El Creador y sus obras están más allá de toda comprensión; y debido a que no pueden explicar estas cosas por las leyes naturales, consideran la historia bíblica indigna de confianza. Los que dudan de la confiabilidad de los relatos del Antiguo y del Nuevo Testamento serán conducidos un paso más allá, y dudarán de la existencia de Dios; permiten entonces que su ancla se les escape de las manos, y son abandonados para que se golpeen contra las rocas de la incredulidad (*Mensajes selectos*, tomo 3, p. 351).

El sábado fue dado a la humanidad entera para conmemorar la obra de la creación. Después de colocar los fundamentos de la tierra, después de vestir al mundo entero con su manto de hermosura, y de crear todas las maravillas de la tierra y el mar, el gran Jehová instituyó el día sábado y lo santificó. Cuando cantaban juntas las estrellas del alba, y todos los hijos de Dios daban voces de júbilo, el sábado fue apartado como un monumento divino. Dios santificó y bendijo el día durante el cual reposó de toda su obra admirable. Y este sábado santificado por Dios, debía guardarse como un pacto perpetuo. Era un monumento conmemorativo que debía perdurar durante todas las edades, hasta el fin de la historia terrenal. Dios rescató a los hebreos de su esclavitud egipcia, y les ordenó observar su sábado, y guardar la ley que había sido dada en el Edén. Realizó un milagro cada semana, con el fin de establecer en sus mentes el hecho de que al comienzo del mundo había instituido su sábado...

Así como el árbol del conocimiento constituyó la prueba para la obediencia de Adán, la observancia del cuarto mandamiento es la prueba que Dios ha establecido para probar la lealtad de todo su pueblo. La experiencia de Adán seguirá siendo una amonestación para nosotros mientras el tiempo perdure. Nos advierte que no recibamos ninguna instrucción de la boca de seres humanos ni de ángeles, que nos aparte una jota o una tilde de la sagrada ley de Jehová (*Exaltad a Jesús*, p. 47).

Desde la columna de nube Jesús "habló... a Moisés, diciendo:... En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico" (Éxodo 31:12,13).

El sábado es una señal o prenda dada por Dios al hombre: una señal de la relación que existe entre el Creador y sus seres creados. Los israelitas estaban declarando delante del mundo su lealtad al único Dios verdadero y viviente, el soberano del universo, al observar el monumento conmemorativo de la creación del mundo en seis días y del descanso del Creador en el séptimo día, al observar el sábado como día santo de acuerdo a las instrucciones divinas.

Cuando los cristianos observan el verdadero sábado, deben presentar siempre al mundo un testimonio fiel de su conocimiento del Dios vivo y verdadero como una distinción con los dioses falsos, pues el Señor del sábado es el Creador de los cielos y la tierra, el Ser exaltado sobre todos los demás dioses (*Mensajes selectos*, tomo 3, pp. 292, 293).

Martes 12 de julio:

Liberación de la esclavitud

Dios ha declarado en su Palabra que el séptimo día es una señal entre él y su pueblo escogido: Una señal de la lealtad de ese pueblo... El sábado es el día que Dios ha elegido. El Señor no ha dejado este asunto en manos de sacerdotes o dirigentes para que ellos lo modifiquen. Es demasiado importante para ser sometido al arbitrio humano. Dios vio que los hombres estudiarían sus propias conveniencias y elegirían el día que mejor se ajustara a sus inclinaciones, un día que no contara en absoluto con el apoyo de la autoridad divina; y el Señor ha manifestado claramente que el séptimo día es su día de reposo.

Cada habitante de este mundo está sujeto a las leyes del gobierno de Dios. El Señor ha puesto el sábado en el centro del Decálogo y ha hecho de él la norma de la obediencia. Por su intermedio podemos aprender acerca del poder divino según está manifestado en sus obras y en su Palabra (*¡Maranata: El Señor viene!*, p. 236).

El Espíritu de Dios no crea nuevas facultades en el hombre convertido, sino que obra un cambio decidido en el empleo de esas facultades. Cuando se efectúa un cambio en la mente, en el corazón y en el alma, al hombre no se le da una nueva conciencia, sino que su voluntad queda sometida a una conciencia renovada, a una conciencia cuyas sensibilidades adormecidas son despertadas por la obra del Espíritu Santo.

Al someterse al pecado, el hombre coloca su voluntad bajo el control de Satanás. Se convierte en un cautivo impotente del poder del tentador. Dios envió a su Hijo al mundo para romper el poder de Satanás, y para emancipar la voluntad del hombre. Lo envió a proclamar libertad a los cautivos, para aliviar las pesadas cargas, y para libertar al oprimido. Al derramar todo el tesoro del cielo en este mundo, al darnos en Cristo a todo el cielo, Dios ha comprado la voluntad, los afectos, la mente y el alma de cada ser humano. Cuando el hombre se coloca bajo el control de Dios, la voluntad adquiere fuerza y fortaleza para obrar el bien, el corazón es limpiado de egoísmo, y llenado del amor de Cristo. La mente se somete a la ley del amor y cada pensamiento es sometido a la obediencia de Cristo.

Cuando se pone la voluntad del lado del Señor, el Espíritu Santo se posiona de aquella voluntad y la hace una con la voluntad divina.

El Señor ama al hombre. El ha dado evidencia de este amor dando a su Hijo unigénito para que muriera por el hombre, para poder, mediante su gracia, redimirlo de su hostilidad hacia Dios, y conducirlo a la lealtad a él. Si el hombre quiere colaborar con Dios, el Señor pondrá la voluntad humana en relación con él, y la vitalizará por su propio Espíritu... El evangelio debe ser recibido para regenerar el corazón, y la recepción de la verdad significará la entrega de la mente y la voluntad a la voluntad del poder divino.

La voluntad del hombre está segura, únicamente cuando se une con la voluntad de Dios (*Nuestra elevada vocación*, p. 106).

Miércoles 13 de julio:

Recuerda a quien te santifica

Así como el sábado fue la señal que distinguía a Israel cuando salió de Egipto para entrar en la Canaán terrenal, así también es la señal que ahora distingue al pueblo de Dios cuando sale del mundo para entrar en el reposo celestial. El sábado es una señal de la relación que existe entre Dios y su pueblo, una señal de que éste honra la ley de su Creador. Hace distinción entre los súbditos leales y los transgresores.

Desde la columna de nube, Cristo declaró acerca del sábado: "Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico" (Éxodo 31:13.) El sábado que fue dado al mundo como señal de que Dios es el Creador, es también la señal de que es el Santificador. El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza. Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter. Se recibe obedeciendo a los principios que son el trasunto de su carácter. Y el sábado es la señal de obediencia. El que obedece de corazón al cuarto mandamiento, obedecerá toda la ley. Queda santificado por la obediencia.

A nosotros, como a Israel, nos es dado el sábado "por pacto perpetuo". Para los que reverencian el santo día, el sábado es una señal de que Dios los reconoce como su pueblo escogido. Es una garantía de que cumplirá su pacto en su favor. Cada alma que acepta la señal del gobierno de Dios, se coloca bajo el pacto divino y eterno. Se vincula con la cadena áurea de la obediencia, de la cual cada eslabón es una promesa (***Joyas de los testimonios, tomo 3, pp. 16, 17.***).

Dios le dio el sábado a su pueblo como una continua señal de su amor y misericordia, y como prueba de su obediencia. Así como él descansó y se deleitó en sus obras, también deseaba que su pueblo descansara y se deleitara, y recordara que estaba incluido en el pacto de gracia. Él dice: "Para todas vuestras generaciones, el sábado será mi señal y mi pacto de que os he santificado, elegido y apartado como mi pueblo peculiar. Al guardar el santo sábado, será un testimonio a todas las naciones de la tierra de que sois mi pueblo elegido".

Durante su esclavitud en Egipto, los hijos de Israel perdieron su conocimiento del verdadero sábado y su conocimiento del Creador. Cuando Dios los llamó a salir de Egipto, les dio su ley en el desierto; una ley que era la expresión de su carácter y autoridad. Desde el Monte Sinaí presentó los mandamientos con voz audible y los escribió con su dedo en tablas de piedra para mostrar su carácter imperecedero. Y en medio de su ley, declaró: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo... Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó" (*Review and Herald*, 28 de octubre, 1902).

El sábado del cuarto mandamiento es el sello del Dios viviente. Señala a Dios como Creador y es la señal de su autoridad sobre todas las cosas que él ha hecho. Aquellos que obedecen su ley tienen el sello de Dios, porque él ha apartado ese día como señal de su lealtad. En el Monte Sinaí le dijo a Moisés: "Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico" (Éxodo 31:13) (*Signs of the Times*, 22 de marzo, 1910).

Jueves 14 de julio: **Descansar en la redención**

La observancia del sábado entraña grandes bendiciones, y Dios desea que el sábado sea para nosotros un día de gozo. La institución del sábado fue hecha con gozo. Dios miró con satisfacción la obra de sus manos. Declaró que todo lo que había hecho era "bueno en gran manera" (Génesis 1:31) El cielo y la tierra se llenaron de regocijo. "Las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios" (Job 38:7). Aunque el pecado entró en el mundo para mancillar su obra perfecta, Dios sigue dándonos el sábado como testimonio de que un Ser omnipotente, infinito en bondad y misericordia, creó todas las cosas. Nuestro Padre celestial desea, por medio de la observancia del sábado, conservar entre los hombres el conocimiento de sí mismo. Desea que el sábado dirija nuestra mente a él como el verdadero Dios viviente, y que por conocerle tengamos vida y paz.

Cuando el Señor liberó a su pueblo Israel de Egipto y le confió su ley, le enseñó que por la observancia del sábado debía distinguirse de los idólatras. Así se crearía una distinción entre los que reconocían la soberanía de Dios y

los que se negaban a aceptarle como su Creador y Rey. "Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel", dijo el Señor. "Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel: celebrándolo por sus edades por pacto perpetuo" (Éxodo 31:17,16).

Así como el sábado fue la señal que distinguía a Israel cuando salió de Egipto para entrar en la Canaán terrenal, así también es la señal que ahora distingue al pueblo de Dios cuando sale del mundo para entrar en el reposo celestial. El sábado es una señal de la relación que existe entre Dios y su pueblo, una señal de que éste honra la ley de su Creador. Hace distinción entre los súbditos leales y los transgresores (*Joyas de los testimonios, tomo 3, pp. 16, 17*).

El que vino a nuestro mundo para buscar y salvar lo que se había perdido, dio su propia vida para darle al ser humano una segunda oportunidad. Su amor y compasión no tienen paralelo. Ha hecho provisión para que ninguno perezca. El divino Hijo de Dios, la Luz y la Vida, vino a este mundo para atraer a todo ser humano a sí mismo y librarlo de la opresión satánica. Nos invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (S. Mateo 11:28, 29). De esta manera quiere brindar su gracia a todos los que se unen con él, y colocar su sello de lealtad y obediencia a los que guardan su santo sábado (*Manuscript Releases, tomo 19, pp. 165, 166*).

Viernes 15 de julio:
Para estudiar y meditar

Patriarcas y profetas, pp. 24-33; 102-109; El Deseado de todas las gentes, pp. 248-256.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 4
23 de Julio de 2011

Alegraos ante el Señor: El Santuario y la adoración

Sábado 16 de julio

En cuanto a la construcción del santuario como morada de Dios, Moisés recibió instrucciones para hacerlo de acuerdo con el modelo de las cosas que estaban en los cielos. Dios lo llamó al monte y le reveló las cosas celestiales; y el tabernáculo, con todo lo perteneciente a él, fue hecho a semejanza de ellas.

Así reveló Dios a Israel, al cual deseaba hacer morada suya, su glorioso ideal de carácter...

Pero por sí mismos, eran impotentes para alcanzar ese ideal. La revelación del Sinaí solo podía impresionarlos con su necesidad e impotencia. Otra lección debía enseñar el tabernáculo mediante su servicio de sacrificios: la lección del perdón del pecado y el poder de obedecer para vida, por medio del Salvador (*La fe por la cual vivo*, p. 194).

Domingo 17 de julio:
"Y habitaré en medio de ellos"

Durante su permanencia en el Sinaí, Israel recibió lecciones preciosas. Fue un período de preparación especial para cuando heredaran la tierra de Ca-

naán. El ambiente allí era más favorable para la realización del propósito de Dios. Sobre la cima del Sinaí, haciendo sombra sobre la llanura donde estaban diseminadas las tiendas del pueblo, descansaba la columna de nube que los había guiado durante el viaje. De noche, una columna de fuego les daba la seguridad de la protección divina y, mientras dormían, caía suavemente sobre el campamento el pan del cielo. Por todas partes, las enormes montañas escarpadas hablaban, en su solemne grandeza, de la paciencia y la majestad eternas. Se hizo sentir al hombre su ignorancia y debilidad en presencia de Aquel que "pesó los montes con balanza y con pesas los collados". Allí, por la manifestación de su gloria, Dios trató de impresionar a Israel con la santidad de su carácter y de sus exigencias, y con la excesiva culpabilidad de la desobediencia.

Pero el pueblo era tardo para aprender la lección. Acostumbrado en Egipto a las representaciones materiales más degradantes de la Deidad, era difícil que concibiera la existencia o el carácter del Invisible. Compadecido de su debilidad, Dios le dio un símbolo de su presencia. "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos". En cuanto a la construcción del santuario como morada de Dios, Moisés recibió instrucciones para hacerlo de acuerdo con el modelo de las cosas que estaban en los cielos. El Señor lo llamó al monte y le reveló las cosas celestiales; y el tabernáculo, con todo lo perteneciente a él, fue hecho a semejanza de ellas (**La educación, pp. 34, 35**).

Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le ordenó: "Hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos" (Éxodo 25:8); y le dio instrucciones completas para la construcción del tabernáculo. A causa de su apostasía, los israelitas habían perdido el derecho a la bendición de la presencia divina, y por el momento hicieron imposible la construcción del santuario de Dios entre ellos. Pero después que les fuera devuelto el favor del cielo el gran caudillo procedió a ejecutar la orden divina.

Ciertos hombres escogidos fueron especialmente dotados por Dios con habilidad y sabiduría para la construcción del sagrado edificio. Dios mismo le dio a Moisés el plano con instrucciones detalladas acerca del tamaño y forma así como de los materiales que debían emplearse y de todos los objetos y muebles que había de contener. Los dos lugares santos hechos a mano, habían de ser "figura del verdadero", "figuras de las cosas, celestiales" (Hebreos 9:24, 23), es decir, una representación, en miniatura, del templo celestial donde Cristo nuestro gran Sumo Sacerdote, después de ofrecer su

vida como sacrificio, habría de interceder en favor de los pecadores. Dios presentó ante Moisés en el monte una visión del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todas las cosas, de acuerdo con el modelo que se le había mostrado. Todas estas instrucciones fueron escritas cuidadosamente por Moisés, quien las comunicó a los jefes del pueblo (*Patriarcas y profetas*, p. 356).

Lunes 18 de julio:

Corazones dispuestos

“El tabernáculo fue hecho de acuerdo con el mandamiento de Dios. El Señor suscitó hombres y los habilitó con facultades sobrenaturales para llevar a cabo una obra sumamente ingeniosa. No se permitió que ni Moisés ni sus obreros planificaran la forma ni los métodos de construcción del edificio. Dios mismo trazó el plano y se lo dio a Moisés, con indicaciones definidas en cuanto a su tamaño y sus formas, y los materiales que debían emplearse en la construcción, y especificó cada mueble que se colocaría en él. Le presentó un patrón en miniatura del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todo de acuerdo con el modelo que se le había mostrado en el monte. Moisés escribió todas estas indicaciones en un libro y las leyó delante de la gente más influyente.

Entonces el Señor pidió al pueblo que trajera ofrenda voluntaria, para que le hicieran un santuario, de manera que pudiera morar entre ellos...

Era necesario realizar grandes y costosos preparativos. Había que reunir materiales preciosos y costosos. Pero el Señor aceptaba solamente las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios y el sacrificio sincero se requerían en primer lugar a fin de preparar un sitio para el Altísimo. Y cuando ya estaba en marcha la construcción del santuario, y la gente estaba trayendo sus ofrendas a Moisés, y cuando él las estaba presentando a los obreros, todos los hombres sabios que estaban dedicados a la obra evaluaron las ofrendas y vieron que la gente había traído suficiente e incluso más de lo que se podía usar. Y Moisés proclamó por el campamento lo siguiente: "Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más" (*La historia de la redención*, p. 155).

Hemos de alabar a Dios mediante un servicio tangible, haciendo todo lo que podamos para aumentar la gloria de su nombre. Dios nos imparte sus dones

para que podamos también dar, y hacer así que el mundo conozca su carácter. En el sistema judío, las ofrendas formaban una parte esencial del culto de Dios. Se enseñaba a los israelitas a destinar una décima parte de todas sus entradas al servicio del santuario. Además de esto habían de traer ofrendas por el pecado, ofrendas voluntarias, y ofrendas de gratitud. Estos eran los medios para sostener el ministerio del evangelio en aquel tiempo. Dios no espera menos de nosotros de lo que esperaba de su pueblo antiguamente. Debe llevarse adelante la gran obra de la salvación de las almas. El ha hecho provisión para esa obra por medio del diezmo y las ofrendas. Él espera que así se sostenga el ministerio del evangelio. Reclama el diezmo como suyo, y siempre debería ser considerado como una reserva sagrada, a fin de ser colocado en su tesorería para beneficio de la causa de Dios. El nos pide también ofrendas voluntarias y ofrendas de gratitud. Todo esto ha de ser dedicado para la propagación del evangelio hasta los confines de la tierra (*Palabras de vida del Gran Maestro*, pp. 241, 242).

Dios se ha reservado una porción específica de nuestro tiempo y nuestros medios. Ignorar estos mandatos es robarle a Dios. Los cristianos declaran que sus privilegios son mucho mayores que los que tenía el pueblo judío; por lo tanto no deberían contentarse con dar menos a la causa de Dios que lo que ellos ofrecían. El diezmo era solamente una parte de lo que se requería de ellos. Había numerosas ofrendas, tanto voluntarias como requeridas, en las que expresaban su gratitud y adoración. Las obligaciones actuales no son menores que las de entonces (*Review and Herald*, 16 de mayo, 1882).

Martes 19 de julio:

El holocausto continuo

Debemos luchar ferviente e incansablemente para alcanzar el ideal de Dios para nosotros. No debemos hacerlo a título de penitencia, sino como la única manera de lograr la verdadera felicidad. El único modo de conseguir paz y alegría consiste en mantener una relación viviente con el que dio su vida por nosotros, que murió para que pudiéramos vivir, y que vive para unir su poder con los esfuerzos de los que están luchando para lograr la victoria.

La santidad consiste en estar permanentemente de acuerdo con Dios. ¿No lucharemos para ser lo que Cristo tanto desea que seamos, es a saber, cristianos en hechos y en verdad, para que el mundo pueda ver en nuestras vi-

das una revelación del poder salvador de la verdad? Este mundo es nuestra escuela preparatoria. Mientras estemos aquí tendremos que enfrentar pruebas y dificultades. El enemigo de Dios tratará continuamente de apartarnos de nuestra lealtad al Señor. Pero mientras nos aferremos al que se entregó por nosotros, estaremos seguros.

El abrazo de Cristo abarca a todo el mundo. Murió en la cruz para destruir al que tenía el poder de la muerte, y para erradicar el pecado de toda alma creyente. Nos invita a ofrecernos en el altar del servicio como holocausto viviente. Debemos consagrar sin reservas a Dios todo lo que tenemos y somos (***Dios nos cuida*, p. 265**).

En el tiempo del antiguo Israel, los sacerdotes examinaban con ojo crítico toda ofrenda que era traída como sacrificio. Si descubrían algún defecto, rechazaban el animal; porque el Señor había ordenado que la ofrenda fuese "sin defecto". Hemos de presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo a Dios; y ¿no debemos tratar de hacer la ofrenda tan perfecta como sea posible? Dios nos ha dado todas las instrucciones necesarias para nuestro bienestar físico, mental y moral; y a cada uno le incumbe el deber de poner los hábitos de su vida en conformidad con la norma divina en todo particular. ¿Agradará al Señor cualquier cosa que sea menos que lo mejor que podemos ofrecer? "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón" (Lucas 10:27). Si le amamos de todo corazón, desearemos darle el mejor servicio de nuestra vida, y trataremos de poner toda facultad de nuestro ser en armonía con las leyes que hayan de favorecer nuestra capacidad de hacer su voluntad.

Toda facultad de nuestro ser nos fue dada para que pudiésemos prestar servicio aceptable a nuestro Hacedor. Cuando, por medio del pecado, pervertimos los dones de Dios, vendemos nuestros poderes al príncipe de las tinieblas. Cristo pagó un rescate por nosotros, a saber su propia preciosa sangre. "Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:15). No hemos de seguir las costumbres del mundo. "Y no os conforméis a este siglo; mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento" (Romanos 12:2) (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 214**).

Hemos de entregarnos al servicio de Dios, y debiéramos tratar de hacer esta ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle. Los que le aman de todo corazón, desearán darle el mejor servicio de su vida, y constantemente tratarán de poner todas

las facultades de su ser en perfecta armonía con las leyes que nos habilitan para hacer la voluntad de Dios (*Patriarcas y profetas*, p. 365).

Miércoles 20 de julio: **Comunión con Dios**

Como el velo interior del santuario no llegaba hasta el techo del edificio, la gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, era parcialmente visible desde el lugar santo. Cuando el sacerdote ofrecía incienso ante el Señor, miraba hacia el arca; y mientras ascendía la nube del incienso, la gloria divina descendía sobre el propiciatorio y henchía el lugar santísimo, y a menudo llenaba tanto las dos divisiones del santuario que el sacerdote se veía obligado a retirarse hasta la puerta del tabernáculo. Así como en ese servicio simbólico el sacerdote veía por la fe el propiciatorio que no podía contemplar, así ahora el pueblo de Dios ha de dirigir sus oraciones a Cristo, su gran Sumo Sacerdote quien, invisible para el ojo humano, está intercediendo en su favor en el santuario celestial (*Cristo en su Santuario*, p. 38).

El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios. Delante del velo del lugar santísimo, había un altar de intercesión perpetua; y delante del lugar santo, un altar de expiación continua. Había que acercarse a Dios mediante la sangre y el incienso, pues estas cosas simbolizaban al gran Mediador, por medio de quien los pecadores pueden acercarse a Jehová, y por cuya intervención tan solo puede otorgarse misericordia y salvación al alma arrepentida y creyente (*Patriarcas y profetas*, p. 366).

La excesiva corrupción del pecado puede conocerse solamente a la luz de la cruz. Cuando los hombres insisten en que Dios es demasiado bueno para desechar a los pecadores, miren al Calvario. Fue porque no había otro modo por el cual el hombre pudiese ser salvo; porque sin este sacrificio era imposible para la raza humana escapar del poder contaminador del pecado y ponerse en comunión con los seres santos, imposible para ellos llegar a ser partícipes de la vida espiritual; fue por esta causa por lo que Cristo tomó sobre sí la culpabilidad del desobediente y sufrió en lugar del pecador. El amor, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, todo da testimonio de la terrible enormidad del pecado, y prueba que no hay modo de escapar de

su poder ni esperanza de una vida más elevada, sino mediante la sumisión del alma a Cristo (*La fe por la cual vivo*, p. 62).

Jueves 21 de julio: **Regocijarse ante Dios**

En los tiempos patriarcales, el ofrecimiento de sacrificios relacionados con el culto divino recordaba perpetuamente el advenimiento de un Salvador; y lo mismo sucedía durante toda la historia de Israel con el ritual de los servicios en el santuario. En el ministerio del tabernáculo, y más tarde en el del templo que lo reemplazó, mediante figuras y sombras se enseñaban diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la venida de Cristo como Redentor, Sacerdote y Rey; y una vez al año se le inducía a contemplar los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, que eliminarán del universo el pecado y los pecadores. Los sacrificios y las ofrendas del ritual mosaico señalaban siempre hacia adelante, hacia un servicio mejor, el celestial. El santuario terrenal "era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios"(Hebreos 9:9); y sus dos lugares santos eran "figuras de las cosas celestiales"(Hebreos 9:23), pues Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es hoy "ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que el Señor asentó, y no hombre" (Hebreos 8:2) (*Profetas y reyes*, pp. 504, 505).

Nuestras reuniones deben hacerse intensamente interesantes. Deben estar impregnadas por la misma atmósfera del cielo. No haya discursos largos y áridos ni oraciones formales simplemente, para ocupar el tiempo. Todos deben estar listos para hacer su parte con prontitud, y cuando han cumplido su deber la reunión debe clausurarse. Así el interés será mantenido hasta el final. Esto es ofrecer a Dios un culto aceptable. Su servicio debe ser hecho interesante y atrayente, y no dejarse que degenera en una forma árida. Debemos vivir por Cristo minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día. Entonces Cristo morará en nosotros, y cuando nos reunamos, su amor estará en nuestro corazón, y al brotar como un manantial en el desierto, refrescará a todos y dará a los que están por perecer avidez por beber las aguas de vida (*Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 252).

La música podría ser un gran poder para el bien, sin embargo no aprovechamos como debíamos esta forma de rendir culto. El canto por lo general se hace por impulso o para satisfacer casos especiales, y otras veces se deja

que los que cantan lo hagan cometiendo errores; en esta forma la música pierde el efecto que podría ejercer sobre las mentes. La música debiera tener belleza, sentimiento y poder. Elévense las voces en cantos de alabanza y devoción. Llamad en vuestro auxilio instrumentos musicales, si eso es posible, y asciendan hacia Dios las gloriosas armonías como una ofrenda aceptable.

Pero en ciertas ocasiones es más difícil disciplinar a los que cantan y conseguir que lo hagan en forma adecuada, que mejorar los hábitos de oración y exhortación. Muchos quieren hacer las cosas de acuerdo con su propio método; se oponen a las consultas y se impacientan cuando otro los dirige. Se requieren planes bien maduros en el servicio de Dios. El sentido común es algo excelente en el culto que se rinde al Señor (*El evangelismo*, p. 368).

Viernes 22 de julio:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 356-390; *Palabras de vida del Gran Maestro*, pp. 230-232.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 5
30 de Julio de 2011

Bienaventurado eres, ¡Oh Israel!

Sábado 23 de julio

Satanás sabe que aquellos que buscan a Dios fervientemente para alcanzar perdón y gracia los obtendrán; por lo tanto les recuerda sus pecados para desanimarlos. Constantemente busca motivos de queja contra los que procuran obedecer a Dios. Trata de hacer aparecer como corrompido aun su servicio mejor y más aceptable. Mediante estratagemas incontables y de las más sutiles y crueles, intenta obtener su condenación.

El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones del enemigo. Con sus ropas manchadas de pecado, confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence a su acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable. Al acusador de sus hijos declara: "¡Jehová te reprenda, oh Satanás! Estos son la compra de mi sangre, tizones arrancados del fuego". Y los que confían en él con fe reciben la consoladora promesa: "Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir ropas de gala" (Zacarías 3:4) (***La maravillosa gracia de Dios, p. 316***).

Domingo 24 de julio:

La dedicación

La gracia de Dios, cuando es recibida, lleva a la práctica de lo correcto y produce la línea de demarcación entre los hijos de Dios y las multitudes incrédulas. Los primeros viven en cautividad a Cristo; las últimas, en cautividad y esclavitud bajo el príncipe de las tinieblas. Aquel que ha respondido al llamado de Cristo, está encantado con su amor y expresa sus alabanzas a quien lo llamó de las tinieblas a su luz admirable. No puede dejar de hablar de la gracia que le ha sido concedida. Se ha alistado como soldado para hacer avanzar la gloria de Dios y llega a ser un canal de luz. Por su obediencia y voluntad llega a ser de aquellos que la inspiración denomina "real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido".

Aquellos que sirven a Dios tienen gozo y paz; pero también sienten un temor reverente: "Temamos, pues, no sea que permaneciendo aun la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado" (Hebreos 4:1). Este temor santificado es perfectamente aceptable; no es el temor cobarde y servil, sino el temor de hacer algo que Cristo no apruebe. Este temor regula la experiencia cristiana, porque considera a Dios con reverencia y amor, lo que lleva a la humildad. Es totalmente diferente al miedo de un esclavo que solo espera el latigazo. El temor reverente conduce a una firme confianza en Dios (*Signs of the Times*, 22 de septiembre, 1898).

No debía de haber nada desaliñado o sucio en los que aparecían delante de él cuando llegaban ante su santa presencia. ¿Y por qué era así? ¿Cuál era el objeto de todo ese cuidado? ¿Era solo para recomendar el pueblo a Dios? ¿Era solo para obtener la aprobación del Señor?

La razón que se me dio fue ésta: que debía hacerse la debida impresión sobre el pueblo. Si los que ministraban en el oficio sagrado dejaban de manifestar cuidado y reverencia hacia Dios, tanto en su vestido como en su comportamiento, el pueblo perdería su temor reverente por Dios y por su sagrado servicio.

Si los sacerdotes mostraban gran reverencia por Dios al ser muy cuidadosos cuando llegaban ante su presencia, esto le daba al pueblo una idea exaltada de Dios y de sus requerimientos. Esto les mostraba que Dios era santo, que su obra era sagrada, y que todo lo que se hacía en relación con su obra debía ser santo; que debía estar libre de todo lo que fuera impureza y suciedad; y

que toda contaminación debía alejarse de los que se acercaban a Dios (*Mensajes selectos*, tomo 3, pp. 285, 286).

Lunes 25 de julio: Fuego de delante de Dios

Después de Moisés y de Aarón, Nadab y Abiú ocupaban la posición más elevada en Israel. Habían sido especialmente honrados por el Señor, y juntamente con los setenta ancianos se les había permitido contemplar su gloria en el monte. Pero su transgresión no debía disculparse ni considerarse con ligereza. Todo aquello hacía su pecado aún más grave. Por el hecho de que los hombres hayan recibido gran luz, y como los príncipes de Israel, hayan ascendido al monte, hayan gozado de la comunión con Dios y hayan morado en la luz de su gloria, no deben lisonjearse de que pueden después pecar impunemente; no deben creer que porque fueron así honrados, Dios no castigará estrictamente su iniquidad. Este es un engaño fatal. La gran luz y los privilegios otorgados demandan reciprocidad, que debe manifestarse en una virtud y santidad correspondientes a la luz recibida. Dios no aceptará nada menos que esto. Las grandes bendiciones o privilegios no debieran adormecer a los hombres en la seguridad o la negligencia. Nunca debieran dar licencia para pecar, ni debieran creer los favorecidos que Dios no será estricto con ellos...

En su juventud, Nadab y Abiú no habían sido educados para que desarrollaran hábitos de dominio propio... Los hábitos de complacencia propia, practicados durante mucho tiempo, los dominaban de tal manera que ni la responsabilidad del cargo más sagrado tenía poder para romperlos. No se les había enseñado a respetar la autoridad de su padre, y por eso no comprendían la necesidad de ser estrictos en su obediencia a los requisitos de Dios. La equivocada indulgencia de Aarón respecto a sus hijos, preparó a éstos para que fueran objeto del castigo divino.

Dios quiso enseñar al pueblo que debía acercarse a él con toda reverencia y veneración y exactamente como él indicaba. El Señor no puede aceptar una obediencia parcial. No bastaba que en el solemne tiempo del culto casi todo se hiciera como él había ordenado... Nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que una parte de los mandamientos de Dios no es esencial, o que él aceptará un sustituto en reemplazo de lo que él ha ordenado (*Conflicto y valor*, p. 100).

Dios no aceptaría ningún sacrificio que no estuviese sazonado con la sal del fuego divino, que representaba la comunicación entre Dios y el hombre accesible solamente mediante Jesucristo. El fuego sagrado que debía ser puesto en el incensario era mantenido perpetuamente encendido, y mientras los hijos de Dios estaban afuera, orando fervientemente, el incienso alumbrado por el fuego sagrado había de subir delante de Dios mezclado con sus oraciones. Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron fuego común, que Dios no aceptaba, y ofrecieron un insulto al Dios infinito presentando este fuego extraño delante de él. Dios los consumió con fuego por su desprecio deliberado de sus expresas indicaciones. Todas sus obras eran como la ofrenda de Caín. No se representaba en ellas al divino Salvador. Si esos hijos de Aarón hubiesen tenido el dominio completo de sus facultades pensantes, habrían discernido la diferencia entre el fuego común y el sagrado. La complacencia del apetito rebajó sus facultades y oscureció de tal forma su intelecto que se extinguió su facultad de discernimiento. Comprendían plenamente el carácter sagrado del servicio simbólico y la terrible solemnidad y responsabilidad que pesaba sobre ellos al presentarse delante de Dios para ministrar en el servicio sagrado (*La temperancia*, pp. 39, 40).

Martes 26 de julio:

Bienaventurado tú, oh Israel

Moisés no le dio a Dios el poder y la gloria ni lo engrandeció delante del pueblo. En su infinita misericordia, el Señor permitió que fluyeran las aguas, pero ese acto no probó que Moisés hubiera procedido correctamente al mezclar sus sentimientos con la obra divina. Delante de esa congregación rebelde y errante, Moisés dio evidencias de haber perdido su control y su paciencia. Para los que son irritables y apasionados, esto puede parecer algo trivial; pero para Dios era un serio agravio puesto que le daba al pueblo la oportunidad de dudar de la dirección divina en el pasado, y a la vez mitigar la gravedad de sus propios pecados.

La clase de lenguaje utilizado por Moisés no era el que Dios había puesto en su boca; provenía de sentimientos irritados: "¡Oíd ahora, rebeldes!" Era verdad; pero aun la verdad no debe ser expresada para gratificar la pasión o la impaciencia. Cuando Dios le ordenaba a Moisés acusar al pueblo de murmurar y rebelarse, sus palabras podían ser dolorosas y difíciles de oír,

tanto para él como para el pueblo; no obstante Dios apoyaba a su siervo al tener que declarar las verdades más severas y dolorosas. Pero cuando un ser humano expresa palabras que hieren y lastiman, Dios es agraviado y se hace mucho mal. El acto airado de Moisés de golpear la roca y expresar palabras hirientes fue una exhibición de la pasión humana y no de santa indignación porque Dios había sido deshonrado (*Signs of the Times*, 30 de septiembre, 1880).

Moisés se adjudicó la gloria que pertenecía a Dios, y obligó al Señor a hacer algo en este caso que convenciera para siempre al rebelde Israel que no era Moisés quien los había sacado de Egipto, sino Dios mismo. El Altísimo había encargado a Moisés la dirección de su pueblo, mientras el poderoso Ángel iba delante de ellos en todas sus jornadas y los conducía en todas sus peregrinaciones. Puesto que estaban tan inclinados a olvidar que el Señor los conducía por medio de su Ángel, y a acreditar al hombre lo que solamente podía llevar a cabo el poder de Dios, los había probado para ver si le obedecerían o no. Pero cada vez que los sometió a prueba fracasaron. En lugar de crecer y reconocer que el Señor les había señalado senderos con evidencias de su poder y con señales concluyentes de su cuidado y su amor, desconfiaron del Altísimo y adjudicaron a Moisés su salida de Egipto, acusándolo de ser la causa de todos sus desastres. Moisés había soportado su testarudez con notable paciencia. En una ocasión incluso amenazaron apedrearlo.

Jehová iba a borrar para siempre esta impresión de sus mentes al prohibir a Moisés que entrara en la tierra prometida. Dios había honrado mucho a Moisés. Le había revelado su inmensa gloria. Lo había puesto en sagrada proximidad con él en el monte, y había condescendido a conversar con él como un hombre que habla con su amigo. Había comunicado a Moisés, y por su intermedio al pueblo, su voluntad, sus estatutos y leyes. El hecho de que fuera exaltado y honrado por Dios de esa manera le dio a su error una enorme magnitud. Moisés se arrepintió de ese error y se humilló profundamente delante de Dios. Expuso ante todo Israel el pesar que sentía por su pecado. No podía ocultar las consecuencias de su falta, y por eso les dijo que por no dar gloria a Dios no podía conducirlos a la tierra prometida. Entonces les preguntó que si un error de su parte era tan grande que merecía semejante corrección por parte de Dios, cómo consideraría el Señor sus constantes quejas al acusarlo a él (a Moisés) de las inusuales sanciones del Señor por causa de sus pecados (*La historia de la redención*, pp. 170-172).

Miércoles 27 de julio:

Una actitud de entrega

Hay un gran poder en la oración. Nuestro poderoso adversario constantemente procura mantener lejos de Dios al alma turbada. Una súplica elevada al cielo por el santo más humilde es más temible para Satanás que los decretos gubernamentales o las órdenes reales.

La oración de Ana no fue escuchada por oídos mortales pero llegó a oídos del Señor de las huestes. Le rogó fervientemente que quitara su humillación y le concediera lo que las mujeres de ese tiempo más apreciaban: la bendición de la maternidad. Mientras luchaba en oración su voz no emitía sonido alguno, pero sus labios se movían y su rostro daba evidencias de profundas emociones. Ahora le esperaba otro problema a la humilde suplicante. Cuando Elí, el sumo sacerdote la vio, consideró rápidamente que estaba intoxicada. Las fiestas y borracheras habían suplantado por largo tiempo la verdadera piedad en el pueblo de Israel. La intemperancia ocurría frecuentemente aun entre las mujeres. Por lo tanto Elí determinó darle lo que él consideraba era un merecido reproche: "¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino".

Ana se había comunicado con Dios y creía que su oración había sido escuchada; por lo tanto la paz de Cristo había llenado su corazón. Por ser de naturaleza sensible y amable no se indignó ni se entristeció por el injusto cargo de estar ebria en la casa de Dios. Con la debida reverencia hacia el ungido de Jehová, respondió calmadamente a la acusación y expuso la verdadera causa de su emoción: "No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. No tengas a tu sierva por una mujer impía; porque por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora". Convencido de que su reproche había sido injusto, "Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho" (1 Samuel 1:14-17).

En su oración, Ana había hecho el voto de que si se le concedía lo que había pedido, dedicaría su hijo al servicio de Dios. Al compartir con su esposo el voto que había tomado, éste lo confirmó en un solemne acto de adoración, y entonces volvieron a su casa en Ramá (*Signs of the Times*, 27 de octubre, 1881).

Cuanto más débiles nos sentimos, más necesitamos de Cristo y tanto más tiempo debemos pasar con Dios en oración. Cuanto más ignorante de la verdad bíblica sea una persona, y más envuelta en la superstición, tanto más necesita del brazo del poder infinito para elevarse. Tal persona necesita más compasión que censura. Si recordamos nuestros propios pecados y cuanto tiempo nos soportó el Señor mientras descuidábamos nuestra salvación, caminaremos delante de él con temor y temblor. Cristo dijo: "Separados de mí nada podéis hacer". Necesitamos estar imbuidos del Espíritu Santo, porque de otra manera el corazón humano queda destituido del amor y la mansedumbre de Cristo y prefiere entrar en conflictos y discusiones por la verdad. Los que están proclamando el mensaje de Dios al mundo deben ser cuidadosos de no reaccionar, criticar y condenar a otros; deben cuidarse de no herir con sus palabras sino dejar que la misma verdad bíblica penetre en el corazón. En lugar de hablar con impaciencia, deben presentar la esperanza que hay en ellos con mansedumbre y temor. ¿Qué clase de temor? ¿Temor de no tener la verdad? No. Temor de que por usar una palabra impaciente o descuidada puedan cerrarse los corazones a la verdad. Es mejor mantenerse silencioso que contestar las acusaciones de los enemigos con impaciencia y desconsideración (*Gospel Workers*, edición 1892, pp. 396, 397).

Jueves 28 de julio:

Adoración y obediencia

Por su falta de fe y de obediencia a los claros mandatos del Señor, Saúl demostró que no estaba capacitado para gobernar a Israel, y Dios no establecería su reino. Los servicios religiosos que él había hecho no eran aceptables al Dios del cielo. "El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 Samuel 15:22).

La única seguridad para el pueblo de Dios es ser obedientes a su palabra. Todas sus promesas tienen como condición la fe y la obediencia, y el fracaso en cumplir con sus órdenes expresas derivará en la pérdida de las ricas provisiones de las Escrituras. Saúl no agradó al Señor al no esperar que el siervo de Dios llegara para cumplir su tarea. No había necesidad de que él se apresurara para ofrecer los sacrificios ante el Señor. La orden de esperar hasta que llegara Samuel fue dada para probar su lealtad a Dios, quien lo había bendecido tan abundantemente. Si el rey hubiese mostrado respeto por los requerimientos de Dios, el Señor hubiera cumplido su voluntad me-

dante él, a pesar de sus deseos y su inclinación natural de seguir un curso de acción diferente. Su fracaso en cumplir las órdenes divinas probó que él no estaba capacitado para ser el representante de Dios frente a su pueblo. Al seguir su voluntad en lugar de la de Dios, hubiera conducido al pueblo por caminos equivocados. Había sido pesado en balanza y había sido hallado falto. Su fracaso en esta pequeña prueba decidió el destino de su reinado. Si hubiera sido fiel, su reino habría sido establecido para siempre; pero ahora los propósitos de Dios debían ser cumplidos por otro que fuera fiel a la palabra y las órdenes divinas. Los grandes intereses de Israel debían ser puestos en manos de aquel que gobernara al pueblo de acuerdo con la voluntad de Dios.

El ejemplo de Saúl debiera ser una advertencia para nosotros, porque tampoco sabemos qué cosas importantes puede tener Dios en su providencia. La obra puesta en nuestras manos debe ser cumplida con fidelidad, siguiendo las definidas órdenes divinas. La Palabra de Dios es la única guía segura para nuestros pies. No debemos seguir nuestros propios impulsos ni confiar en el juicio humano sino en la voluntad revelada de Dios, y caminar de acuerdo con sus mandatos sin importar las circunstancias que nos rodeen. Dios se encargará de los resultados. El ser fieles a las órdenes divinas en tiempo de prueba, declarará ante los hombres y los ángeles, que Dios puede confiar en nosotros para que en tiempos aun más difíciles podamos hacer su voluntad, honrar su nombre y bendecir a su pueblo (*Signs of the Times*, 11 de mayo, 1888).

Dios no es menos riguroso ahora que en los tiempos antiguos. Su ojo está sobre su pueblo y sobre las obras de sus manos. No aceptará una obediencia parcial ni decisiones propias; no dejará la desobediencia sin castigo. Aunque pacientemente soportará al transgresor, finalmente la retribución llegará.

Aunque Dios habló a los hijos de Israel mediante los profetas y apóstoles, nunca su pueblo estuvo más informado que ahora acerca de su voluntad y del curso de acción que debe seguir. ¿Aceptará sus enseñanzas? ¿Recibirá y prestará atención a sus reproches y advertencias?

La desobediencia no solo endurece el corazón y la conciencia del culpable, sino que tiende a corromper la fe de los demás. Lo que les parece muy malo al principio pierde gradualmente esta apariencia al estar constantemente de-

lante de ellos, hasta que finalmente dudan de que sea realmente un pecado, e inconscientemente caen en el mismo error.

Cuando se nos presenta un deber, no demoremos el cumplimiento de sus demandas. Una demora tal da tiempo a la duda; crece la incredulidad, el juicio se pervierte y se oscurece el entendimiento. Al fin, las reprensiones del Espíritu de Dios no llegan al corazón de la persona seducida, la cual se ha ennegrecido tanto que considera imposible que dichas reprensiones le sean destinadas o que se apliquen a su caso (*Signs of the Times*, 22 de julio, 1886).

Viernes 29 de julio:
Para estudiar y meditar

Patriarcas y profetas, pp. 373-377; 659-678.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 6
6 de Agosto de 2011

La adoración, el canto y la alabanza

Sábado 30 de julio

David y Saúl están ante nosotros en la historia como hombres de un carácter completamente diferente. La conducta de David demuestra que consideraba el temor de Jehová como el principio de la sabiduría; pero Saúl se vio privado de su fortaleza porque no hizo que la regla de su vida fuera la obediencia a los mandamientos de Dios. Es algo terrible que un hombre ponga su voluntad en contra de la voluntad de Dios, tal como se revela en los requerimientos específicos de Dios. Toda la honra que un hombre pueda recibir en el trono de un reino sería una pobre compensación por la pérdida del favor de Dios por un acto de deslealtad al cielo. A la larga, la desobediencia a los mandamientos de Dios tan solo puede producir desastre y deshonor. Dios ha dado a cada hombre su obra, tan ciertamente como nombró a Saúl gobernante de Israel; y la lección práctica e importante para nosotros es que cumplamos con nuestra obra señalada, de tal manera que podamos hacer frente a los registros de nuestra vida con gozo y no con pesar (*Comentario bíblico adventista*, tomo 2, p. 1012).

Domingo 31 de julio: Entre Saúl y David

Saúl tenía mente e influencia capaces de gobernar un reino, si sus facultades hubiesen estado sometidas al dominio de Dios; pero los mismos dones que lo capacitaban para hacer el bien podían ser usados por Satanás al ser rendidos a su poder, y le permitirían ejercer amplia influencia para el mal. [Saúl]

podía ser más cabalmente vengativo, perjudicial y decidido en perseguir sus designios impíos que otros hombres, a causa de las superiores facultades mentales y efectivas que le habían sido entregadas por Dios.

Confiando en su propia fuerza y juicio, Saúl actuaría impulsivamente, cometiendo graves errores. Pero si permanecía humilde, tratando constantemente de ser guiado por la sabiduría divina, y avanzando a medida que la providencia de Dios abría el camino, podría cumplir los deberes de su alto cargo con éxito y honor. Bajo la influencia de la gracia divina, toda buena cualidad se hubiera fortalecido, mientras los rasgos malos progresivamente hubieran perdido su poder. Esta es la obra que el Señor promete hacer por los que se consagran a él (**Conflicto y valor, p. 149**).

Había llegado la hora de la prueba para Saúl. Debía él demostrar si quería o no depender de Dios y esperar con paciencia en conformidad con su mandamiento, revelando así si era hombre en quien Dios podía confiar como soberano de su pueblo en estrecheces, o si iba a vacilar y revelarse indigno de la sagrada responsabilidad que había recaído en él.

Al retener a Samuel, Dios se proponía que el corazón de Saúl se mostrase tal cual era, para que los demás pudieran saber lo que haría en una emergencia. Se lo estaba sometiendo a una prueba, pero Saúl no obedeció las órdenes. Pensó que no tenía importancia quien se acercaba a Dios, o la forma de hacerlo, y lleno de energía y complacencia propia, se adelantó para realizar el oficio sagrado.

El Señor tiene sus instrumentos designados; si éstos no son reconocidos y respetados por los que están relacionados con su obra, si los hombres se sienten libres de ignorar los requerimientos de Dios, no deben ser dejados en posiciones de responsabilidad. Ellos no escucharían consejos, ni las órdenes de Dios dadas mediante sus instrumentos escogidos. Como Saúl, se apresurarían a realizar una obra que nunca les fue asignada, y los errores que cometerían al seguir su propio juicio humano colocarían al Israel de Dios fuera del alcance de la revelación de su Dirigente (**Conflicto y valor, p. 150**).

Lunes 1 de agosto:

Un corazón contrito, un espíritu quebrantado

...Mientras más contemplemos el carácter de Dios, más humildes llegamos a ser, y más baja es la estimación de nuestro propio yo. Esta es ciertamente la evidencia de que el que eso hace contempla a Dios, y está unido a Jesucristo. A menos que seamos mansos y humildes, no podremos en verdad pretender que tenemos el más mínimo concepto del carácter de Dios.

Los hombres pueden pensar, que poseen cualidades superiores. Sus espléndidos talentos, su gran erudición o elocuencia, su actividad y celo, pueden deslumbrar el ojo, deleitar la fantasía, y despertar la admiración de los que no pueden ver bajo la superficie. Pero a menos que la humildad y la modestia estén vinculadas con esos otros dones, se verá la glorificación y la exaltación propias. A menos que cada cualidad sea consagrada al Señor, a menos que aquellos a quienes el Señor ha confiado sus dones busquen esa gracia que solamente puede obrar para que tales cualidades sean aceptas por Dios, serán considerados por el Señor... como siervos inútiles. "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmo 51:17)... Aquellos cuyo corazón esté ablandado y sometido, que hayan visto las gloriosas manifestaciones del carácter de Dios, no revelarán presunción descuidada... El yo se perderá en la conciencia que tienen de la maravillosa gloria de Dios, y de su propia completa indignidad (*Hijos e hijas de Dios*, p. 70).

En nuestro medio hay una gran necesidad de mostrar verdadero arrepentimiento y sincera confesión. Los que no han humillado sus almas delante de Dios reconociendo su culpa, no han cumplido la primera condición para ser aceptados. Si no hemos experimentado el arrepentimiento del que no hay que arrepentirse, ni hemos confesado nuestro pecado con un espíritu quebrantado y con verdadera humillación del alma, entonces no hemos buscado verdaderamente el perdón; y si no lo hemos buscado, no hemos encontrado todavía la paz de Dios. La única razón por la cual nuestros pecados pasados no han sido perdonados es porque no estamos dispuestos a humillar nuestros orgullosos corazones ni cumplir con las condiciones expuestas en la Palabra de verdad. Hay instrucciones explícitas con respecto a este asunto.

La confesión de un pecado, sea pública o privada, debiera ser expresada libremente y de corazón, sin que se obligue al pecador a hacerla si no siente un verdadero, aborrecimiento por el pecado. Tampoco debe hacerse de una manera descuidada o irrespetuosa. La confesión que se hace con tristeza y lágrimas y proviene del alma arrepentida, se encontrará con la infinita compasión de Dios. Dice el salmista: "Al corazón contrito y humillado no des-

preciarás tú, oh Dios" (Salmo 51:17) (*Signs of the Times*, 16 de marzo, 1888).

Contemplando hemos de llegar a ser transformados, y cuando meditemos en la perfección del Modelo divino, desearemos llegar a ser plenamente transformados y renovados a la imagen de su pureza. Por fe en el Hijo de Dios se lleva a cabo la transformación en el carácter, y el hijo de la ira llega a ser el hijo de Dios. Pasa de muerte a vida; llega a ser espiritual y discierne las cosas espirituales. La sabiduría de Dios le ilumina la mente, y contempla cosas maravillosas que provienen de la ley divina. Cuando un hombre es convertido por la verdad, prosigue la obra de transformación del carácter. Tiene una medida aumentada de entendimiento. Al convertirse en un hombre que obedece a Dios, tiene la mente de Cristo y la voluntad de Dios se convierte en su voluntad (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 396).

Martes 2 de agosto:

David: Un canto de alabanza y adoración

Al ver caer a Uzza, David, reconociendo que su propio corazón no estaba del todo en armonía con Dios, tuvo temor al arca, no fuese que alguno de sus pecados le acarrearía castigos. Pero Obed-edom, aunque se alegró temblando, dio la bienvenida al sagrado símbolo como garantía del favor de Dios a los obedientes. La atención de todo Israel se dirigió ahora hacia el giteo y su casa, para observar cómo les iría con el arca. "Y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa".

La reprensión divina realizó su obra en David. Le indujo a comprender como nunca antes la santidad de la ley de Dios, y la necesidad de obedecerla estrictamente. El favor manifestado a la casa de Obed-edom infundió nuevamente en David la esperanza de que el arca pudiera reportarle bendiciones a él y a su pueblo.

Al cabo de tres meses, resolvió hacer un nuevo esfuerzo para transportar el arca, y esta vez tuvo especial cuidado de cumplir en todo detalle las instrucciones del Señor. Volvió a convocar a todos los hombres principales de la nación, y una congregación enorme se reunió alrededor de la morada del giteo. Con cuidado reverente se colocó el arca en los hombros de personas divinamente designadas; la multitud se puso en fila, y con corazones temblorosos los que participaban en la vasta procesión se pusieron en marcha. Cuando habían andado seis pasos, sonaba la trompeta mandando hacer alto. Por orden de David, se habían de ofrecer "un buey y un carnero grueso". El

regocijo reinaba en lugar del temor entre la multitud. El rey había puesto a un lado los hábitos regios, y se había vestido de un efod de lino sencillo, como el que llevaban los sacerdotes. No quería indicar por este acto que asumía las funciones sacerdotales, pues el efod era llevado a veces por otras personas además de los sacerdotes. Pero en este santo servicio tomaba su lugar, ante Dios, en igualdad de condiciones con sus súbditos. En ese día debía adorarse a Jehová. Era el único que debía recibir reverencia (*Patriarcas y profetas*, pp. 765, 766).

Las ceremonias solemnes que acompañaron el traslado del arca habían hecho una impresión duradera sobre el pueblo de Israel, pues despertaron un interés más profundo en el servicio del santuario y encendieron nuevamente su celo por Jehová. Por todos los medios que estaban a su alcance, David trató de ahondar estas impresiones. El servicio de canto fue hecho parte regular del culto religioso, y David compuso salmos, no solo para el uso de los sacerdotes en el servicio del santuario, sino también para que los cantara el pueblo mientras iba al altar nacional para las fiestas anuales. La influencia así ejercida fue muy abarcante, y contribuyó a liberar la nación de las garras de la idolatría. Muchos de los pueblos vecinos, al ver la prosperidad de Israel, fueron inducidos a pensar favorablemente en el Dios de Israel, que había hecho tan grandes cosas para su pueblo (*Patriarcas y profetas*, p. 768).

El pacto que hizo Dios con su pueblo en el Sinaí debe ser nuestro refugio y defensa... Este pacto tiene una vigencia mucho mayor ahora que cuando el Señor lo hizo con el antiguo Israel...

Esta es la promesa que el pueblo de Dios debe hacer en estos últimos días. Su aceptación por parte de Dios depende del fiel cumplimiento de los términos de su contrato con él. Dios incluye en su pacto a todos los que quieren obedecerle. A todos los que hacen justicia y juicio, y apartan su mano de hacer cualquier mal, se les hace la promesa: "Yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá" (Isaías 56:5) (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 142).

Miércoles 3 de agosto:
El canto de David

David compuso muchos de los salmos en el desierto, al cual tuvo que huir por su seguridad. Saúl, en su persecución, llegó muy cerca de él, y Dios en su providencia lo preservó de caer en manos de Saúl. Mientras David pasaba por estas pruebas y dificultades manifestó su confianza inquebrantable en Dios, y especialmente imbuido de su Espíritu, compuso canciones que registraban los peligros y liberaciones por las que había pasado, y le daban gloria y alabanza a Dios quien lo había preservado. En estos salmos, en los que expresaba sus pensamientos y meditaciones en las cosas divinas, puede verse su espíritu de fervor, devoción y santidad. Los cantaba acompañándose hábilmente del arpa y de otros instrumentos. El salmo que se encuentra en 2 Samuel 22, fue compuesto mientras Saúl lo perseguía para matarlo. La mayoría de las canciones sagradas de David fueron compuestas en la primera etapa de su vida, cuando servía al Señor con pureza e integridad de corazón (*Spiritual Gifts*, tomo 4a, p. 93).

Con el más profundo gozo y la más excelsa adoración los ángeles se postran ante él, mientras las alegres aclamaciones se escuchan en las cortes celestiales: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza" (Apocalipsis 5:12). Las canciones de triunfo se combinan con la música de las arpas celestiales hasta que el cielo parece rebosar de gozo y adoración. El Hijo de Dios ha triunfado sobre el príncipe de las tinieblas y ha conquistado la tumba y la muerte. Todo el cielo se llena de voces que proclaman: "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás" (versículo 13) (*The Present Truth*, 18 de febrero, 1886).

El arrepentimiento es el primer paso que debe dar todo aquel que quiera volver a Dios. Nadie puede hacer esta obra por otro. Individualmente debemos humillar nuestras almas ante Dios, y apartar nuestros ídolos. Cuando hayamos hecho todo lo que podamos, el Señor nos manifestará su salvación. Y cuando la luz del cielo disipe nuestras tinieblas, agradezcamos... con una melodía en nuestro corazón y en nuestra voz. A menudo perdemos grandes bendiciones por no agradecer al Dador. El alma puede ascender al cielo en alas de adoración y unirse en música y canción con las huestes celestiales quienes glorifican y alaban a Dios. Acerquémonos con gozo reverente ante nuestro Creador con agradecimiento y melodías en nuestras voces (*Signs of the Times*, 26 de enero, 1882).

La melodía de alabanza es la atmósfera del cielo; y cuando el cielo se pone en contacto con la tierra, se oye música y alabanza, "alegría y gozo, alabanza y voces de canto".

Por encima de la tierra recién creada, hermosa e inmaculada, bajo la sonrisa de Dios, "alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios". Los corazones humanos, al simpatizar con el cielo, han respondido a la bondad de Dios con notas de alabanza. Muchos de los sucesos de la historia humana han estado ligados al canto (*La educación*, p. 161).

Jueves 4 de agosto:

"Cantad a Jehová un cántico nuevo"

Se empleaba la música con un propósito santo, para elevar los pensamientos hacia aquello que es puro, noble y enaltecedor, y para despertar en el alma la devoción y la gratitud hacia Dios. ¡Cuánto contraste hay entre la antigua costumbre y los usos que con frecuencia se le da hoy a la música! ¡Cuántos son los que emplean este don especial para ensalzarse a sí mismos, en lugar de usarlo para glorificar a Dios! El amor a la música conduce a los incautos a participar con los amantes de lo mundano en las reuniones de placer adonde Dios prohibió a sus hijos que fueran. Así lo que es una gran bendición cuando se lo usa correctamente se convierte en uno de los medios más certeramente empleados por Satanás para desviar la mente del deber y de la contemplación de las cosas eternas.

La música forma parte del culto tributado a Dios en los atrios celestiales, y en nuestros cánticos de alabanza debiéramos procurar aproximarnos tanto como sea posible a la armonía de los coros celestiales. La educación apropiada de la voz es un rasgo importante en la preparación general, y no debe descuidarse. El canto, como parte del servicio religioso, es tanto un acto de culto como lo es la oración (*Patriarcas y profetas*, pp. 644, 645).

La música podría ser un gran poder para el bien, pero no aprovechamos como debiéramos esta forma de rendir culto. El canto por lo general se hace por impulso o para satisfacer casos especiales, y otras veces se deja que los que cantan lo hagan cometiendo errores; en esta forma la música pierde el efecto que podría ejercer las mentes. La música debiera tener belleza, sentimiento y poder. Elévense las voces en cantos de alabanza y devoción. Llamad en vuestro auxilio instrumentos musicales, si eso es posible, y as-

ciendan hacia Dios las gloriosas armonías como una ofrenda aceptable (***La voz: su educación y uso correcto*, p. 461**).

La ropa suntuosa, los cantos elaborados y la música instrumental, en la iglesia, no invitan a los cantos del coro de ángeles. Estas cosas, a la vista de Dios son como las ramas de la higuera que no tenían nada más que hojas ostentosas. Cristo busca frutos y principios manifestados en bondad, simpatía y amor. Estos son los principios del cielo, y cuando se manifiestan en las vidas humanas podemos saber que Cristo ha sido formado en el interior como la esperanza de gloria. Una congregación puede ser la más pobre de la zona, sin música ni lucimiento exterior, pero si posee estos principios, los miembros pueden cantar, porque el gozo de Cristo está en sus almas y pueden ofrecer esto como una suave ofrenda a Dios...

Dios acepta la música únicamente cuando por su influencia los corazones se santifican y se enternecen (***El evangelismo*, p. 373**).

Viernes 5 de agosto:
Para estudiar y meditar

***La educación*, pp. 154-164.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscribase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 7
13 de Agosto de 2011

La adoración en los Salmos

Sábado 6 de agosto

Los salmos de David pasan por toda la gama de la experiencia humana, desde las profundidades del sentimiento de culpabilidad y condenación de sí hasta la fe más sublime y la más exaltada comunión con Dios. La historia de su vida muestra que el pecado no puede traer sino vergüenza y aflicción, pero que el amor de Dios y su misericordia pueden alcanzar hasta las más hondas profundidades, que la fe elevará el alma arrepentida hasta hacerle compartir la adopción de los hijos de Dios. De todas las promesas que contiene su Palabra, es uno de los testimonios más poderosos en favor de la fidelidad, la justicia y la misericordia del pacto de Dios...

Gloriosas fueron las promesas hechas a David y a su casa. Eran promesas que señalaban hacia el futuro, hacia las edades eternas, y encontraron la plenitud de su cumplimiento en Cristo (**Conflicto y valor, p. 187**).

David, en la belleza y el vigor de su juventud, se preparaba para ocupar una elevada posición entre los más nobles de la tierra. Empleaba sus talentos, como dones preciosos de Dios, para alabar la gloria del divino Dador. Las oportunidades que tenía de entregarse a la contemplación y la meditación sirvieron para enriquecerse con aquella sabiduría y piedad que hicieron de él el amado de Dios y de los ángeles. Mientras contemplaba las perfecciones de su Creador, se revelaban a su alma concepciones más claras de Dios. Temas que antes le eran oscuros, se aclaraban para él con luz meridiana, se allanaban las dificultades, se armonizaban las perplejidades, y cada nuevo rayo de luz le arrancaba nuevos arrobamientos e himnos más dulces de devoción, para gloria de Dios y del Redentor. El amor que le inspiraba, los dolores que le oprimían, los triunfos que le acompañaban, eran temas para su

pensamiento activo; y cuando contemplaba el amor de Dios en todas las providencias de su vida, el corazón le latía con adoración y gratitud más fervientes, su voz resonaba en una melodía más rica y más dulce; su arpa era arrebatada con un gozo más exaltado; y el pastorcillo procedía de fuerza en fuerza, de sabiduría en sabiduría; pues el Espíritu del Señor le acompañaba (*Patriarcas y profetas*, p. 695).

Domingo 7 de agosto:

Adorad a Jehová, nuestro Creador

El deber de adorar a Dios estriba en la circunstancia de que él es el Creador, y que a él es a quien todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador. "Todos los dioses de los pueblos son ídolos; mas Jehová hizo los cielos" (Salmo 96:5). "¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él? dice el Santo. ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?" "Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo... ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!" (Isaías 40:25, 26; 45:18, V.M.). Dice el salmista: "Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos". "¡Venid, postrémonos, y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!" (Salmos 100:3; 95:6, V.M.). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: "¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!" (Apocalipsis 4:11, V.M.) (*El conflicto de los siglos*, p. 489).

La observancia del sábado es la línea de demarcación entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Es el gran monumento de que en seis días creó los cielos y la tierra, "Y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo". Es su recordativo para preservar entre todas las naciones el conocimiento claro, definido e inequívoco de que él es el verdadero Dios por encima de todos los dioses falsos. Dios le ha dado a los seres humanos seis días en los cuales trabajar y hacer sus obras. En el día que él se reservó como santo, los seres humanos debieran adorarlo como el Creador de los cielos y la tierra. Esta porción de tiempo fue especialmente apartada para el descanso y la adoración, a fin de que eleven su mirada a los cielos y la tierra para honrar, alabar y adorar al Dios que creó todas las cosas por medio de Jesucristo (*Manuscrypt Releases*, tomo 18, pp. 31, 32).

Dice el salmista: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz" (Salmo 19:1-3). Algunos quizá supongan que estas grandes cosas del mundo natural son Dios. No son Dios. Todas esas maravillas de los cielos tan solo están haciendo la obra que les ha sido señalada. Son los instrumentos de Dios. Dios es quién vigila la marcha de todas las cosas, así como fue su Creador. El Ser Divino se ocupa en sostener las cosas que ha creado. La misma mano que sostiene y equilibra las montañas en su posición, guía los mundos en su misteriosa marcha alrededor del sol (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 345).

Lunes 8 de agosto: Juicio desde su Santuario

Dios permite que los malvados prosperen y manifiesten su enemistad contra él, para que cuando hayan llenado la medida de su iniquidad, todos puedan ver la justicia y la misericordia de Dios en la completa destrucción de aquéllos. Pronto llega el día de la venganza del Señor, cuando todos los que hayan transgredido su ley y oprimido a su pueblo recibirán la justa recompensa de sus actos; cuando todo acto de crueldad o de injusticia contra los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido hecho contra Cristo mismo (*El conflicto de los siglos*, p. 52).

Hay momentos, cuando los siervos de Dios que enfrentan la adversidad y las penas, se desaniman y desalientan. Al comparar sus circunstancias con la prosperidad de aquellos que no piensan en las cosas eternas, se sienten, agraviados y comienzan a murmurar y reprocharse su suerte. Parecen considerar que Dios está bajo la obligación de bendecirlos y prosperarlos. Cuando enfrentan pruebas, entonces se tornan rebeldes y miran con envidia a los impíos que florecen en medio de su iniquidad, y hasta les parece que la condición de ellos es preferible a la propia. Estos pensamientos de amargura son traídos a la mente por el engañador de la humanidad. El se deleita en producir rebelión en los corazones de los hijos de Dios porque sabe que los debilita y los transforma en una fuente de deshonor para su Dios. Quiere que piensen que es en vano servir a Dios, porque los que no toman en cuenta los reclamos del cielo son más favorecidos que los que se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios.

El salmista David tuvo esta experiencia. Cuando vio la condición floreciente de los malvados, tuvo envidia de sus éxitos, y dijo: "He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas" (Salmo 73:12-14). Pero cuando fue al santuario y entró en comunión con Dios, ya no deseaba la suerte de los malvados porque se dio cuenta que sus placeres eran efímeros y su destrucción finalmente llegaría. Entonces su espíritu rebelde se inclinó en humilde sumisión a Dios y su envidia no tuvo más lugar en su corazón. Declaró: "Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria" (versículo 24).

Se dio cuenta que el ser guiado por el Señor era de un valor más infinito que la prosperidad temporal del mundo, porque el camino del Señor guía los pasos por sendas de justicia que llevan a la gloria eterna (*Signs of the Times*, 3 de febrero, 1888).

Aquel que se ha desempeñado como nuestro intercesor, que oye todas las oraciones y confesiones de arrepentimiento, que está representado con un arco iris rodeando su cabeza, símbolo de gracia y amor, pronto terminará su obra en el Santuario celestial. La gracia y la misericordia dejarán entonces el trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel a quien han buscado sus hijos, ocupará el lugar que le corresponde: la investidura de Juez Supremo (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 1000).

Martes 9 de agosto:

"Como las bestias que perecen"

Dios ha hecho a los hombres sus mayordomos y a él no se le puede culpar del sufrimiento, la miseria, la desnudez y la necesidad de la humanidad. El Señor ha hecho amplia provisión para todos. Él ha dado a miles de hombres gran provisión con la cual mitigar la necesidad de sus prójimos. Pero aquellos a quienes Dios ha hecho sus mayordomos no han soportado la prueba, pues ellos han dejado sin aliviar a los dolientes y necesitados.

Cuando los hombres que han sido abundantemente bendecidos por el cielo con mucha riqueza fallan en llevar adelante los designios de Dios y no alivian al pobre y al oprimido, el Señor se desagrada y seguramente los visitará [con su castigo]. No tienen excusa por retener la ayuda que Dios ha puesto en su poder para dar a sus prójimos, y se deshonorra a Dios. Su carác-

ter es mal interpretado por Satanás, y es representado como un juez duro que acarrea sufrimiento sobre las criaturas que ha creado. Esta mala interpretación del carácter de Dios está hecha como para que parezca verdad y de esta manera, como consecuencia de la tentación del enemigo, el corazón de los hombres es endurecido contra Dios. Satanás culpa a Dios el mal que él mismo ha causado al hacer que los hombres retengan sus recursos y no los den a los que sufren. El atribuye a Dios sus propias características.

Si los hombres cumplieran con su deber como mayordomos fieles de los bienes del Señor, no habría el clamor por pan, ni el sufrimiento por la miseria, ni la desnudez y la necesidad. La infidelidad de los hombres trae el estado de sufrimiento en el que la humanidad está hundida. Si aquellos a quienes Dios ha hecho sus mayordomos tan solo emplearan los bienes del Señor para el objeto con el cual se los dio, este estado de sufrimiento no existiría. El Señor prueba a los hombres dándoles una abundancia de cosas buenas, así como probó al hombre rico de la parábola. Si somos hallados infieles en el manejo de las riquezas: mundanales, ¿cómo nos podrá confiar las verdaderas riquezas? Aquellos que han permanecido firmes en la prueba en el mundo, que han sido hallados fieles, que han obedecido las palabras del Señor al ser misericordiosos usando sus medios para el progreso de su reino, oirán de los labios del Maestro: "Bien, buen siervo y fiel" (*El ministerio de la bondad*, pp. 18, 19).

Esta parábola [del rico y Lázaro] presenta un contraste entre el rico que no ha hecho de Dios su sostén y el pobre que lo ha hecho. Cristo muestra que viene el tiempo en que será invertida la posición de las dos clases. Los que son pobres en los bienes de esta tierra, pero que confían en Dios y son pacientes en su sufrimiento, algún día serán exaltados por encima de los que ahora ocupan los puestos más elevados que puede dar el mundo, pero que no han rendido su vida a Dios (*Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 205).

A causa de que los ricos descuidan hacer la obra en favor de los pobres que Dios les asignó para que hicieran, desarrollan más orgullo, más suficiencia propia, más indulgencia para sí mismos y se les endurece el corazón. Ellos [los ricos] apartan a los pobres de sí por el hecho de ser pobres y de ese modo les dan motivo para sentirse envidiosos y celosos. Muchos llegan a la amargura y están saturados de odio hacia aquellos que lo tienen todo mientras ellos no tienen nada. Dios pesa las acciones, y todo aquel que sea infiel en su mayordomía, y que no haya remediado los males que estuvo en su poder remediar, no será tenido en cuenta en las cortes del cielo. Aquellos

que sean indiferentes a la necesidad de los pobres serán considerados como administradores infieles y clasificados como enemigos de Dios y del hombre. Aquellos que malversan los medios que Dios les ha encomendado para ayudar precisamente a los que necesitan su ayuda, demuestran que no tienen conexión con Cristo, porque fallan en manifestar la ternura de Cristo hacia los que son menos afortunados (*El ministerio de la bondad*, pp. 21, 22).

Miércoles 10 de agosto:

La adoración y el Santuario

La ley de Dios, guardada como reliquia dentro del arca, era la gran regla de la rectitud y del juicio. Esa ley determinaba la muerte del transgresor; pero encima de la ley estaba el propiciatorio, donde se revelaba la presencia de Dios y desde el cual, en virtud de la expiación, se otorgaba perdón al pecador arrepentido. Así, en la obra de Cristo en favor de nuestra redención, simbolizada por el servicio del santuario, "la misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron" (Salmo 85:10).

No hay palabras que puedan describir la gloria de la escena que se veía dentro del santuario, con sus paredes doradas que reflejaban la luz de los candeleros de oro, los brillantes colores de las cortinas ricamente bordadas con sus relucientes ángeles, la mesa y el altar del incienso refulgentes de oro; y más allá del segundo velo, el arca sagrada, con sus querubines místicos, y sobre ella la santa "shekinah", manifestación visible de la presencia de Jehová; pero todo esto era apenas un pálido reflejo de las glorias del templo de Dios en el cielo, que es el gran centro de la obra que se hace en favor de la redención del hombre (*Patriarcas y profetas*, p. 361).

Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima doliente, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el hombre, haciéndose pecado el Inocente por nosotros (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 274).

Existe un solo canal de luz, pero siempre podemos acceder a él. Es el canal en el que fluyen corrientes de perdón, amor y misericordia que limpian la mancha más oscura y traen paz al más grande pecador. La ofrenda de sacri-

ficios que ofrecían los judíos era un símbolo de Cristo cuya sangre fue derramada para la salvación del mundo. En el sistema de sacrificios, la verdad de la expiación debía impresionar las mentes de todos para que comprendieran que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados. Muchos se preguntan el porqué de tantos sacrificios de sangre que Dios había ordenado en la dispensación antigua; era para enseñar a todo el mundo acerca de Cristo, la Víctima por las transgresiones humanas. La ofrenda por el pecado era la más solemne y sagrada, acompañada de una ceremonia impresionante en la que el sacerdote explicaba al pueblo todos los detalles, para que pudieran comprender que en el futuro el Hijo de Dios sería ofrecido por sus pecados. Esta es la verdad central del plan de salvación y debe ser repetida a menudo ante creyentes e incrédulos (*Signs of the Times*, 28 de agosto, 1893).

Jueves 11 de agosto: **¡No sea que olvidemos!**

Por varios medios el Señor ha querido preservar el conocimiento de su relación con los hijos de los hombres. Moisés, antes de morir, repitió a Israel los eventos más importantes de su historia y, a pedido de Dios, los escribió en sagrados textos para que las generaciones que vendrían pudieran repasar las gloriosas escenas de los triunfos de Israel, las asombrosas manifestaciones de su infinita majestad y poder, los divinos requerimientos y las amenazas y promesas, todo, envuelto en la belleza de la genialidad poética, para que la historia del trato de Dios con Israel no apareciera aburrida o repulsiva sino atractiva y entretenida.

Se le requirió a Israel aprender de memoria esa historia poética y enseñársela a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La congregación debía cantarla cuando se reunieran para el culto y entonarla cuando se dirigieran a sus trabajos cotidianos. Estas canciones no solamente eran históricas sino proféticas; registraban el maravilloso trato de Dios con su pueblo en el pasado y predecían los grandes eventos del futuro y la victoria final de los fieles cuando Cristo aparecería por segunda vez con poder y gloria.

A los padres se les requería repetir estas palabras a sus hijos para que sus mentes susceptibles se impresionaran y nunca más las olvidaran [se cita Deuteronomio 31:19-21],

Para las generaciones sucesivas, estos cantos proféticos explicarían los actos divinos y revelarían la causa de sus derrotas y su cautividad. Vindicarían la justicia de Dios y la inspiración de Moisés. Condenarían la maldad de Israel, pero a la vez serían un poder convincente para traerlos nuevamente a su alianza a Dios como la única esperanza de liberación.

Y así como las doce piedras que erigió Josué en Gilgal serían un constante recordatorio del pacto que Israel había hecho con Dios y un testigo silencioso de su fidelidad o de su apostasía, también la canción de Moisés sería un testigo contra ellos si se separaban de Dios. Muchos de los israelitas no tenían acceso a los libros de Moisés, pero esa canción inspirada despertaría en sus mentes el deseo de conocer más acerca de los maravillosos actos de Dios con su pueblo mediante la palabra revelada. El ver la bondad de Dios hacia sus predecesores los llevaría a amarle, obedecerle y adorarle.

Si fue necesario para el pueblo de Dios de la antigüedad recordar a menudo sus juicios y sus misericordias, su consejo y su reproche, es igualmente importante para nosotros meditar en las verdades de su Palabra; verdades que si son aceptadas nos santificarán y nos llevarán a la humildad, sumisión y obediencia a Dios. El trato de Dios con su pueblo en el pasado debiera recibir cuidadosa atención de nuestra parte para aprender las lecciones que se nos quiere enseñar. Y no debiéramos contentarnos con eso sino seguir paso a paso la dirección divina. La verdad es progresiva y aquel que la busca con fervor recibirá constantemente luz del cielo para saber cuál es la verdad (*Signs of the Times*, 26 de mayo, 1881).

Viernes 12 de agosto:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 24-33; *La educación*, pp. 159-168; *Testimonios para la Iglesia*, t. 8, pp. 114-127.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 8
20 de Agosto de 2011

Conformismo, concesiones, y crisis en la adoración

Sábado 13 de agosto

Todo engaño concebible será traído sobre los que no tengan una relación cotidiana y viviente con Dios. En nuestra obra no debe presentarse ningún asunto secundario, a menos que las ideas pertinentes hayan recibido un cuidadoso examen, y que pueda asegurarse en qué fuente se han originado. Los ángeles de Satanás son sabios para hacer el mal, y ellos crearán lo que algunos pretenderán que es luz avanzada, lo proclamarán como algo maravilloso. Sin embargo, aun cuando en algunos respectos el mensaje es verdad, estará mezclado con invenciones de hombres y enseñará cómo doctrinas mandamientos de hombres. Si alguna vez hubo un tiempo cuando debemos velar y orar con verdadero fervor, es ahora. Puede haber cosas presumibles, que aparezcan como buenas, y sin embargo necesitan ser cuidadosamente consideradas con mucha oración, porque son medios engañosos que usa el enemigo para inducir a las almas por una senda que corre tan cerca del camino la verdad, que apenas se podrá distinguir de la senda que conduce a la santidad y al cielo (*Testimonios para los ministros*, pp. 231, 232).

Domingo 14 de agosto: En ojos diferentes

"Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová" (Jeremías 17:5).

Hay muchos que dicen que el Señor es la fuente de su fuerza; no obstante, tan pronto como enfrentan pruebas, en lugar de acudir al Señor en oración, buscan simpatía y consuelo en pobres, falibles mortales como ellos mismos. ¿Qué es lo que hacen con eso? Tratan de afirmar su brazo en la carne, y al hacerlo, se tornan más débiles. Cuando estamos perplejos, debiéramos acercarnos a Dios, el gran Consejero que nunca se equivoca. Cuando buscamos ayuda en el ser humano y derramamos todas nuestras cargas en sus oídos mortales, nos privamos de la verdadera fuerza que podríamos recibir, puesto que éste solo puede darnos ayuda humana (***Review and Herald*, 16 de abril, 1889**).

El ser humano pecador solo puede encontrar justicia y esperanza en Dios; puede ser justo mientras mantiene su fe y una conexión vital con él. La flor del campo debe tener su raíz en el suelo, y debe recibir aire, rocío, lluvia y luz del sol. Florecerá solamente si recibe todas estas bendiciones que provienen de Dios. Así también el ser humano debe recibir de Dios lo que sostiene la vida del alma. Se nos aconseja no confiar ni afirmar nuestro brazo en la carne. Incluso hay una maldición para el que lo hace (***Folleto: Special Instruction Relating to The Review and Herald Office, and the Work in Battle Creek*, p. 36**).

El ser humano no debiera dejar a un lado las grandes reglas morales de Dios y establecer sus propias reglas de acuerdo a su juicio finito. Es debido a que los humanos se comparan con otros humanos y viven de acuerdo a sus propias reglas que la iniquidad abunda y el amor de muchos se enfría. Hay un desprecio por la ley divina; muchos se atreven a transgredirla. Incluso aquellos que han recibido la luz de la verdad están fluctuando en su alianza a la ley de Dios (***Review and Herald*, 12 de junio, 1894**).

Al acercamos al fin del tiempo, la falsedad estará tan mezclada con la verdad, que solo aquellos que son guiados por el Espíritu Santo podrán distinguir la verdad del error. Necesitamos hacer toda clase de esfuerzos para seguir el camino del Señor. No debemos apartarnos de ningún modo de su conducción para poner nuestra confianza en el hombre. Los ángeles del Señor han recibido la orden de mantener estricta vigilancia sobre aquellos que ponen su fe en el Señor, y estos ángeles serán nuestro auxilio especial en todo tiempo de necesidad. Cada día hemos de venir al Señor con plena certidumbre de fe, y buscar de él sabiduría... Los que sean guiados por la Palabra de Dios distinguirán con certeza la diferencia que hay entre la falsedad y

la verdad, y entre el pecado y la justicia (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 201).

Lunes 15 de agosto:

El arte (y el mal) de las concesiones

Salomón estaba tan embargado por pensamientos de ostentación, que no elevó su espíritu por una constante comunión con el Dios de la sabiduría. Pasó por alto la perfección y la belleza del carácter en su propósito de obtener la belleza exterior. Vendió su honor y la integridad de su carácter al procurar glorificarse a sí mismo ante el mundo, y finalmente se transformó en un déspota que sostenía sus lujos extravagantes imponiendo al pueblo tributos excesivos. Primero se corrompió en su corazón, luego apostató de Dios, y finalmente adoró a los ídolos (*Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 592).

Satanás conocía los resultados que acompañarían la obediencia; y durante los primeros años del reinado de Salomón, que fueron gloriosos por la sabiduría, la beneficencia y la integridad del rey, procuró introducir influencias que minasen insidiosamente la lealtad de Salomón a los buenos principios, y le indujesen a separarse de Dios. Por el relato bíblico sabemos que el enemigo tuvo éxito en ese esfuerzo: "Y Salomón hizo parentesco con Faraón rey de Egipto, porque tomó la hija de Faraón, y trájola a la ciudad de David".

Al formar alianza con una nación pagana, y al sellar el pacto casándose con una princesa idólatra, Salomón despreció temerariamente la sabia disposición que Dios había tomado para conservar la pureza de su pueblo. La esperanza de que su esposa egipcia pudiera convertirse no era sino una débil excusa por aquel pecado. En violación de una orden directa de que su pueblo permaneciese separado de otras naciones, el rey unió su fuerza con el brazo de la carne.

Durante un tiempo, Dios, en su misericordia compasiva, pasó por alto esta terrible equivocación. La esposa de Salomón se convirtió; y el rey, por una conducta prudente, podría haber mantenido en jaque, por lo menos en gran medida, las fuerzas malignas que su imprudencia había desatado. Pero Salomón había comenzado a perder de vista la Fuente de su poder y gloria. A medida que sus inclinaciones cobraban ascendiente sobre la razón, aumen-

taba su confianza propia, y procuraba cumplir a su manera el propósito del Señor...

Muchos cristianos profesos piensan, como Salomón, que pueden unirse con los impíos porque su influencia sobre los que están en el error resultará benéfica; pero con demasiada frecuencia, al quedar ellos mismos atrapados y vencidos, renuncian a su fe sagrada, sacrifican los buenos principios y se separan de Dios. Un paso en falso conduce a otro, hasta que al fin se colocan donde ya no pueden tener esperanza alguna de que romperán las cadenas que los atan (*El hogar cristiano*, pp. 54, 55).

Martes 16 de agosto: **Adoración falsificada**

Hoy en día los hombres corren el peligro de manifestar el mismo espíritu que manifestó Jeroboam y de hacer una obra de un carácter similar a la que él hizo. La ejecución de sus planes indujo a los hijos de Israel a apartarse de Dios y a caer en la idolatría, y realizaron y permitieron terribles males. El juez de toda la tierra pondrá sobre Jeroboam los terribles resultados de su conducta. Y cargará a los que siguen su ejemplo los resultados de la mala conducta de ellos (*Comentario bíblico adventista*, tomo 2, p. 1027).

Al ordenar este cambio, Jeroboam pensó apelar a la imaginación de los israelitas poniendo delante de ellos alguna representación visible que simbolizase la presencia del Dios invisible. Mandó, pues, hacer dos becerros de oro y los colocó en santuarios situados en los centros designados para el culto. Con este esfuerzo por representar la Divinidad, Jeroboam violó el claro mandamiento de Jehová: "No te harás imagen... no te inclinarás a ellas, ni las honrarás" (Éxodo 20:4, 5).

Tan intenso era el deseo que tenía Jeroboam de mantener a las diez tribus alejadas de Jerusalén, que no percibió la debilidad fundamental de su plan. No consideró el gran peligro al cual exponía a los israelitas cuando puso delante de ellos el símbolo idólatra de la Divinidad con que se habían familiarizado sus antepasados durante los siglos de servidumbre en Egipto. La estada reciente de Jeroboam en Egipto debiera haberle enseñado cuán insensato era poner delante del pueblo tales representaciones paganas. Pero su propósito firme de inducir a las tribus septentrionales a interrumpir sus visitas anuales a la ciudad santa, le impulsó a adoptar la más imprudente de las

medidas. Declaró con insistencia: "Harto habéis subido a Jerusalén: he aquí tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto" (1 Reyes 12:28). Así fue invitado el pueblo a postrarse delante de las imágenes de oro, y a adoptar formas extrañas de culto.

El rey procuró persuadir a los levitas, algunos de los cuales vivían dentro de su reino, a que sirviesen como sacerdotes de los recién erigidos altares de Betel y Dan; pero este esfuerzo suyo fracasó. Se vio, por lo tanto, obligado a elevar al sacerdocio hombres "de entre la generalidad del pueblo" (1 Reyes 12:31, V. M.). Alarmados por las perspectivas, muchos de los fieles, inclusive un gran número de levitas, huyeron a Jerusalén, donde podían adorar en armonía con los requerimientos divinos (*Profetas y reyes*, pp. 73, 74).

...La exaltación de la naturaleza sobre el Dios de la naturaleza, la adoración de las criaturas en vez del Creador, resultaron siempre en los males más groseros. Asimismo cuando el pueblo de Israel, en su culto de Baal y Asarté, rindió supremo homenaje a las fuerzas de la naturaleza, se separó de todo lo que es elevador y ennoblecedor y cayó fácilmente presa de la tentación. Una vez derribadas las defensas del alma, los extraviados adoradores no tuvieron barrera contra el pecado, y se entregaron a las malas pasiones del corazón humano...

Tales fueron algunos de los resultados que tuvo la erección de los dos becerros de oro por Jeroboam. La primera desviación de las formas establecidas de culto introdujo formas de idolatría aun más groseras, hasta que finalmente casi todos los habitantes de la tierra se entregaron a las seductoras prácticas del culto de la naturaleza (*Profetas y reyes*, p. 211).

Miércoles 17 de agosto: Elías y los profetas de Baal

La propuesta de Elías era tan razonable que el pueblo no podía eludirla, de modo que tuvo valor para responder: "Bien dicho". Los profetas de Baal no se atrevían a elevar la voz para disentir; y dirigiéndose a ellos, Elías les indicó: "Escogeos un buey, y haced primero, pues que vosotros sois los más: e invocad en el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo".

Con apariencia de audacia y desafío, pero con terror en su corazón culpable, los falsos sacerdotes prepararon su altar, pusieron sobre él la leña y la víctima; y luego iniciaron, sus encantamientos. Sus agudos clamores repercutían por los bosques y las alturas circunvecinas, mientras invocaban el nombre de su dios, diciendo: "¡Baal, respóndenlos!" Los sacerdotes se reunieron en derredor del altar, y con saltos, contorsiones y gritos, mesándose el cabello y lacerándose la carne, suplicaban a su dios que les ayudase.

Transcurrió la mañana, llegaron las doce, y todavía no se notaba que Baal oyera los clamores de sus seducidos adeptos. Ninguna voz respondía a sus frenéticas oraciones- El sacrificio no era consumido. Mientras continuaban sus frenéticas devociones los astutos sacerdotes procuraban de continuo idear algún modo de encender un fuego sobre el altar y de inducir al pueblo a creer que ese fuego provenía directamente de Baal. Pero Elías vigilaba cada uno de sus movimientos; y los sacerdotes, esperando contra toda esperanza que se les presentase alguna oportunidad de engañar a la gente, continuaban ejecutando sus ceremonias sin sentido...

Durante todo el día el pueblo había presenciado las demostraciones de los sacerdotes frustrados. Había contemplado cómo saltaban desenfrenadamente en derredor del altar, como si quisieran asir los rayos ardientes del sol a fin de cumplir su propósito. Había mirado con horror las espantosas mutilaciones que se infligían, y había tenido oportunidad de reflexionar en las insensateces del culto a los ídolos. Muchos de los que formaban parte de la multitud estaban cansados de las manifestaciones demoníacas, y aguardaban ahora con el más profundo interés lo que iba a hacer Elías.

Recordando al pueblo la larga apostasía que había despertado la ira de Jehová, Elías le invitó a humillar su corazón y a retornar al Dios de sus padres, a fin de que pudiese borrarse la maldición que descansaba sobre la tierra. Luego, postrándose reverentemente delante del Dios invisible, elevó las manos hacia el cielo y pronunció una sencilla oración. Desde temprano por la mañana hasta el atardecer, los sacerdotes de Baal habían lanzado gritos y espumarajos mientras daban saltos; pero mientras Elías oraba, no repercutieron gritos sobre las alturas del Carmelo. Oró como quien sabía que Jehová estaba allí, presenciando la escena y escuchando sus súplicas. Los profetas de Baal habían orado desenfrenada e incoherentemente. Elías rogó con sencillez y fervor a Dios que manifestase su superioridad sobre Baal, a fin de que Israel fuese inducido a regresar hacia él...

Apenas acabó Elías su oración, bajaron del cielo sobre el altar llamas de fuego, como brillantes relámpagos, y consumieron el sacrificio, evaporaron el agua de la trinchera y devoraron hasta las piedras del altar. El resplandor del fuego iluminó la montaña y deslumbró a la multitud. En los valles que se extendían más abajo, donde muchos observaban, suspensos de ansiedad, los movimientos de los que estaban en la altura, se vio claramente el descenso del fuego, y todos se quedaron asombrados por lo que veían. Era algo semejante a la columna de fuego que al lado del mar Rojo separó a los hijos de Israel de la hueste egipcia. (*Profetas y reyes*, pp. 109-112).

Jueves 18 de agosto:

El mensaje de Elías

"He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición" (Malaquías 4:5, 6).

Los que deben preparar el camino para la segunda venida de Cristo están representados por el fiel Elías, así como Juan vino en el espíritu de Elías a fin de preparar el camino para la primera venida de Cristo.

La obra de Juan el Bautista, y la de aquellos que en los últimos días saldrán con el espíritu y el poder de Elías para despertar a la gente de su apatía, en muchos sentidos es la misma. Su obra es la clase de obra que debe hacerse en este tiempo. Cristo vendrá por segunda vez a juzgar al mundo con justicia...

La abnegación, la humildad y la temperancia requeridas de los justos, a quienes Dios conduce y bendice especialmente, deben presentarse a la gente en contraste con la extravagancia y los hábitos destructores de la salud de los que viven en esta época degenerada. Dios ha mostrado que la reforma sanitaria está tan íntimamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano con el cuerpo.

Tal como Juan el Bautista al preparar a la gente para la primera venida de Cristo llamaba su atención a los Diez Mandamientos, nosotros debemos dar este mensaje no con un sonido incierto: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado" (Apocalipsis 14:7).

Con el fervor que caracterizaban a Elías el profeta y a Juan el Bautista, debemos luchar para preparar el camino de la segunda venida de Cristo (*¡Maranata: El Señor viene!*, p. 20).

Viernes 19 de agosto:
Para estudiar y meditar

Profetas y reyes, pp. 73-113.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 9

27 de Agosto de 2011

“No confiéis en palabras engañosas”: Los profetas y la adoración

Sábado 20 de agosto

El supremo amor a Dios y un amor abnegado por nuestro prójimo son el fundamento de la verdadera piedad. Los más grandes en el reino de los cielos son aquellos que aman tanto al Salvador que no se atreven a representarlo mal, y que aman tanto a sus prójimos que no se atreven a poner en peligro sus almas por darles un mal ejemplo. "¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miqueas 6:6-8).

Dios no nos pide comprar su favor por medio de sacrificios costosos; solo nos pide el servicio de un corazón humilde y contrito; un corazón que, agradecido y alegre, acepta su don gratuito. El que recibe a Cristo como su Salvador personal y se posesiona de la salvación ofrecida no debe olvidar que el que recibe de gracia también debe dar de gracia. Cuando no se consideran las necesidades de la humanidad ni se muestra voluntad para ser la mano ayudadora de Dios, las más costosas ofrendas, la mayor exhibición de liberalidad, son abominables a la vista del Señor (*Signs of the Times*, 22 de mayo, 1901).

Domingo 21 de agosto: **"¿Mil carneros?"**

Durante la apostasía de Israel y Judá muchos se preguntaban: "¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite?" La respuesta era clara y positiva: "Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miqueas 6:6-8).

Al dar importancia al valor de la piedad práctica, el profeta solo estaba repitiendo el consejo que le fuera dado a Israel siglos antes: "Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?" (Deuteronomio 10:12, 13).

De tiempo en tiempo estos consejos fueron repetidos por los siervos de Dios a quienes estaban en peligro de caer en el formalismo y de olvidarse de mostrar misericordia. Jesús mismo, cuando un intérprete de la ley le preguntó: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?", le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:37-40).

Estas declaraciones específicas del Maestro y de los profetas debieran ser recibidas como la voz de Dios para cada alma. No debíamos perder la oportunidad de realizar actos de misericordia y de tierna cortesía cristiana hacia los cargados y oprimidos. Si no estamos en condiciones de ayudarles, al menos podemos hablarles palabras de ánimo y esperanza. La simpatía y el amor abren más fácilmente el camino para darles a conocer al Señor (*Review and Herald*, 1º de abril, 1915).

Dios había dicho mediante Oseas: "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos" (Oseas 6:6). Los muchos sacrificios de los judíos y la sangre derramada para expiar pecados de los cuales no se habían arrepentido era repulsivo para Dios...

Las ofrendas costosas y una semblanza de santidad no ganan el favor de Dios. Lo que él requiere para recibir sus misericordias es un espíritu contrito, un corazón abierto a la luz de la verdad, una actitud de rechazo hacia toda avaricia y amor propio, y un espíritu compasivo y amante hacia nuestros prójimos. Los sacerdotes y gobernantes no mostraban estas cosas esenciales para recibir el favor divino, por lo tanto sus ofrendas máspreciadas y sus ceremonias más extraordinarias eran una abominación a los ojos de Dios (*Signs of the Times*, 21 de marzo, 1878).

Una religión formalista no basta para poner el alma en armonía con Dios. La ortodoxia rígida e inflexible de los fariseos, sin contrición, ni ternura ni amor, no era más que un tropiezo para los pecadores. Se asemejaban ellos a sal que hubiera perdido su sabor; porque su influencia no tenía poder para proteger al mundo contra la corrupción. La única fe verdadera es la que "obra por el amor" para purificar el alma. Es como una levadura que transforma el carácter (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 49).

Lunes 22 de agosto: El llamamiento de Isaías

En el año en que murió el rey Uzías, se le concedió una visión a Isaías en la que contempló el Lugar Santo y el Lugar Santísimo del Santuario celestial. Las cortinas interiores del Santuario estaban abiertas, y ante su mirada se reveló un trono sublime y exaltado que se elevaba como hasta los mismos cielos. Una gloria indescriptible emanaba del que estaba en el trono y su séquito llenaba el templo como su gloria llenará finalmente la tierra. A cada lado del trono de la misericordia se encontraban querubines... y brillaban con la gloria que los envolvía de la presencia de Dios... Estos seres santos cantaban alabanzas y tributaban gloria a Dios con labios no manchados por el pecado.

El contraste entre la débil alabanza que acostumbraba tributar al Creador y las fervientes alabanzas de los serafines, asombró y humilló al profeta. Tuvo en ese momento el sublime privilegio de apreciar la pureza inmaculada del glorioso carácter de Jehová... A la luz de este brillo incomparable, que hizo manifiesto todo lo que pudo soportar de la revelación del carácter divino, estaba ante el profeta su propia contaminación interior con sorprendente claridad. Incluso sus propias palabras le parecieron viles.

Por eso, cuando al siervo de Dios se le permite contemplar la gloria del Dios del cielo al revelarse a la humanidad, y comprende en mínimo grado la pureza del Santo de Israel, no se envanecerá por su propia santidad sino que hará sorprendentes confesiones de la contaminación de su propia alma. Con profunda humildad, Isaías exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo... han visto mis ojos al Rey" (Isaías 6:5).

Esta no es la humildad voluntaria y el autorreproche servil que algunos despliegan como virtud. Esta vaga imitación de humildad es impulsada por corazones llenos de orgullo y de autoestima. Hay muchos que se menosprecian a sí mismos con palabras, pero que se sentirían defraudados si esta actitud no provocara palabras de aprecio y de alabanza hacia ellos de parte de los demás. Pero la convicción del profeta era genuina... ¿Cómo podría ir y anunciar al pueblo las santas demandas de Jehová?

Mientras Isaías se estremecía conmovido a causa de su impureza ante la incomparable gloria, dice: "Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí" (Isaías 6:6-8) (*Reflejemos a Jesús*, p. 330).

Martes 23 de agosto:

No más vanas ofrendas

Consideren bien este asunto todos los que pretenden guardar los mandamientos de Dios, y vean si no hay razones para no tener más de la efusión del Espíritu Santo. ¡Cuántos han elevado sus corazones a la vanidad! Creen que son exaltados por el favor de Dios, pero descuidan a los necesitados, hacen oídos sordos a los llamados de los oprimidos, y hablan palabras cortantes y ásperas a quienes necesitan un tratamiento totalmente diferente. De este modo ofenden a Dios con la dureza de su corazón. Estos afligidos tienen derecho a la simpatía y el interés de sus semejantes. Tienen derecho a esperar ayuda, consuelo y amor semejante al de Cristo. Pero no es esto lo que reciben.

Cada descuido de estos sufrientes de Dios está escrito en los libros del cielo como si fueran hechos a Cristo mismo. Cada miembro de la iglesia debe examinar cuidadosamente su corazón, e investigar su curso de acción para

ver si éste está en armonía con el Espíritu y la obra de Jesús; pues si no fuera así, ¿qué podrá decir cuando se encuentre ante el Juez de toda la tierra? ¿Podrá el Señor decir de él: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:34)?

Cristo ha identificado su interés con el de la sufriente humanidad; y mientras él es descuidado en la persona de sus afligidos, todas nuestras asambleas, todas nuestras reuniones, y toda la maquinaria puesta en marcha para hacer adelantar la causa de Dios, será de poco beneficio. "Esto era necesario hacer, sin dejar aquello" (Lucas 11:42). "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto" (Daniel 5:27) (*Recibiréis poder, p. 313*).

El Señor ha puesto sobre nosotros el deber de bendecir a otros, y para hacerlo, debemos estar en constante comunión con él. El Señor no se agrada cuando estamos totalmente dedicados a nuestros intereses egoístas y descuidamos el adquirir conocimiento de su Palabra para compartirla con los demás y ganar almas para el Maestro. En el juicio, cada caso se decidirá por lo que se hizo o lo que se dejó de hacer en esta vida. La forma en que tratamos a otros es registrada en el libro de la vida como si hubiera sido hecha al Rey de reyes. Jesús ha dicho: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

El Señor requiere de la iglesia que cuide al pobre, a la viuda y al huérfano. El carácter de nuestro cristianismo se mostrará en la forma en que tratamos a estos representantes del Señor. La mayor evidencia de nuestro amor por Cristo se mostrará por la ternura y liberalidad con la que tratamos a los que necesitan nuestra ayuda. Dejemos de lado las dudas y las murmuraciones y seamos hacedores de la Palabra. Al ser obreros juntamente con Dios tendremos un interés vital por los demás, y el yo se perderá de vista. El Señor nos ha confiado talentos para que podamos impartir bendiciones a otros, y mientras lo hacemos, nos sentiremos más gozosos y enriquecidos. La práctica de los principios vitales de la justicia será como un perfume en nuestros caracteres, y las buenas obras darán belleza y pureza a nuestra vida (*Review and Herald, 20 de febrero, 1894*).

Miércoles 24 de agosto:
¿Para nada es de provecho?

En sus lecciones acerca de la verdad divina, el Señor Jesús buscó dirigir a sus oyentes hacia lo que estaba más allá de las ofrendas de sacrificio, a las

cosas esenciales que estaban simbolizadas por ellas. Exaltó la ley divina mostrando que era más completa que las leyes civiles que gobernaban a los reinos terrenales. Había inspirado a los profetas a comunicar al mundo sus puros y santos principios y los había instruido en las cosas divinas. Sin embargo, la nación judía se había hundido en la más terrible idolatría. El culto espiritual había sido reemplazado por las formas y las ceremonias. Se vestían siguiendo estrictamente las rígidas reglas externas y consideraban que los problemas nacionales se debían al descuido en las ceremonias y formalidades religiosas. Los maestros estudiaban nuevos y rigurosos requerimientos y ofrendas de purificación que oprimían a la gente; no se conformaban con las especificaciones dadas por Moisés sino requerían otras minucias agotadoras. Tenían que repetir largas y tediosas oraciones, participar de ayunos y lavamientos de los vasos, y estar presentes en ceremonias sin sentido (*Signs of the Times*, 24 de octubre, 1895).

Puede ser que no se vea ningún altar, y que el ojo sea incapaz de observar una imagen, y sin embargo que estemos practicando la idolatría. Es igualmente fácil hacer un ídolo de ideas u objetos acariciados como fabricar dioses de madera o piedra. Miles de personas tienen un concepto falso acerca de Dios y sus atributos. Están sirviendo a un Dios falso tan ciertamente como lo hacían los servidores de Baal. ¿Estamos nosotros adorando al Dios verdadero tal como se lo revela en su Palabra, en Cristo y en la naturaleza, o más bien adoramos a un ídolo filosófico venerado en su lugar? Dios es un Dios de verdad. La justicia y la misericordia son los atributos de su trono. El es un Dios de amor, de piedad y tierna compasión. Así es como lo representa su Hijo, nuestro Salvador. Es un Dios de paciencia y longanimidad. Si así es el ser a quien adoramos y cuyo carácter estamos tratando de asimilar, entonces estamos adorando al Dios verdadero (*Exaltad a Jesús*, p. 137).

Muchos que llevan el nombre de cristianos sirven a otros dioses además del Señor. Nuestro Creador demanda nuestra dedicación suprema, nuestra primera lealtad. Cualquier cosa que tienda a disminuir nuestro amor por Dios o que interfiera con el servicio que le debemos, se convierte en un ídolo. Los ídolos de algunos son sus tierras, sus casas, sus mercaderías. Las actividades comerciales se emprenden con celo y energía, mientras que se deja en segundo plano el servicio de Dios. Se descuida el culto familiar, se olvida la oración secreta. Muchos argumentan que su trato con sus prójimos es justo, y creen que al proceder así han cumplido todo su deber. Pero no es suficiente guardar los últimos seis mandamientos del Decálogo. Tenemos que amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón. Nada inferior a la obediencia a

cada precepto —nada que sea menos que el amor supremo a Dios y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos— puede satisfacer las demandas de la ley divina (*Comentario bíblico adventista*, tomo 2, p. 1006).

Jueves 25 de agosto:

"Templo de Jehová... es éste"

[El Señor] les indica claramente que tan solo mediante una reforma cabal del corazón podía evitarse la ruina "inminente. Vana sería la confianza que pusiesen en el templo y sus servicios. Los ritos y las ceremonias no podían expiar el pecado. A pesar de su aserto de ser el pueblo escogido de Dios, únicamente la reforma del corazón y de las prácticas en la vida podía salvarlos del resultado inevitable de la continua transgresión...

¡Qué lección da esto a los hombres que ocupan hoy puestos de responsabilidad en la iglesia de Dios! ¡Cuán solemne advertencia les resulta para que reprendan fielmente los males que deshonran la causa de la verdad! Nadie, entre los que se declaran depositarios de la ley de Dios, se lisonjee de que la consideración que en lo exterior manifieste hacia los mandamientos le preservará del cumplimiento de la justicia divina. Nadie rehúse ser reprendido por su mal proceder, ni acuse a los siervos de Dios de ser demasiado celosos al procurar limpiar de malas acciones el campamento. Un Dios que aborrece el pecado invita a los que aseveran guardar su ley a que se aparten de toda iniquidad. La negligencia en cuanto a arrepentirse y rendir obediencia voluntaria acarreará hoy a hombres y mujeres consecuencias tan graves como las que sufrió el antiguo Israel.

Hay un límite más allá del cual los juicios de Jehová no pueden ya demorarse. El asolamiento de Jerusalén en los tiempos de Jeremías es una solemne advertencia para el Israel moderno, de que los consejos y las amonestaciones dadas por instrumentos escogidos no pueden despreciarse con impunidad (*Profetas y reyes*, pp. 304-307).

A medida que nuestro número aumenta, deben hacerse planes más amplios para satisfacer las demandas de los tiempos; pero no vemos aumento especial de la ferviente piedad, de la sencillez cristiana y de la devoción sincera. La iglesia parece conformarse con dar tan solo los primeros pasos en la conversión. Sus miembros están más listos para la labor activa que para la devoción humilde, más listos para dedicarse al servicio religioso externo que a la obra interna del corazón. La meditación y la oración son descuida-

das por el bullicio y la ostentación. La religión debe empezar vaciando y purificando el corazón, y debe ser nutrida por la oración diaria.

El progreso constante de nuestra obra, y el aumento de las instalaciones, llenan el corazón y la mente de muchos de nuestros hermanos con satisfacción y orgullo que tememos hayan de reemplazar el amor de Dios en el alma. La actividad intensa en la parte mecánica de la obra de Dios puede ocupar de tal manera la mente, que la oración sea descuidada, y la importancia y suficiencia propia, tan dispuestas a abrirse paso, reemplacen la verdadera bondad, mansedumbre y humildad de corazón. Puede oírse el celoso clamor: "Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste" (Jeremías 7:4). "Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová" (2 Reyes 10:16). Pero, ¿dónde están los que llevan las cargas? ¿Dónde están los padres y las madres en Israel? ¿Dónde están los que llevan en el corazón la preocupación por las almas, y se acercan con íntima simpatía a sus semejantes, listos a colocarse en cualquier posición para salvarlos de la ruina eterna? (*Testimonios para la iglesia*, tomo 4, pp. 526, 527).

Viernes 26 de agosto:
Para estudiar y meditar

***Profetas y reyes*, pp. 225-230; 245-251; 259-271; 281-288; 299-310.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 10

3 de Septiembre de 2011

La adoración: Del exilio a la restauración

Sábado 27 de agosto

Hageo les hizo saber que mediante un sincero arrepentimiento y la pronta terminación del templo, debían procurar ser limpiados del pecado de desobediencia que los había apartado de Dios y había postergado la realización de la orden de levantarse y edificar.

Al descuidar el templo, que era el espejo de la presencia de Dios, el pueblo había deshonrado grandemente al Señor. Ahora recibió la instrucción de honrar la casa de Dios como algo sagrado, no debido a su magnificencia como lo hicieron los judíos en los días de Cristo, sino porque Dios había prometido estar allí. Y el segundo templo había de ser superior al primero porque el Mesías lo honraría en un sentido especial con su misma presencia (*Comentario bíblico adventista*, tomo 4, p. 1198).

Domingo 28 de agosto:

"Hijo del hombre, ¿Has visto...?"

Mientras Jeremías continuaba dando su testimonio en la tierra de Judá, el profeta Ezequiel fue suscitado de entre los cautivos de Babilonia para dar advertencias y consuelo a los desterrados, y para confirmar la palabra del Señor que hablaba Jeremías. Durante los años que quedaban del reinado de Sedequías, Ezequiel señaló claramente cuán insensato era confiar en las falsas predicciones de los que inducían a los cautivos a esperar un pronto re-

greso a Jerusalén. También se le indicó que predijera, por medio de una variedad de símbolos y mensajes solemnes, el asedio de Jerusalén y su completa destrucción.

En el sexto año del reinado de Sedequías, el Señor reveló a Ezequiel en visión algunas de las abominaciones que se estaban practicando en Jerusalén y dentro de las puertas de la casa del Señor, aun en el atrio interior. Las cámaras llenas de imágenes e ídolos que representaban "serpientes, y animales de abominación, y todos los ídolos de la casa de Israel" (Ezequiel 8:10). Todas estas cosas pasaron en rápida sucesión ante la mirada asombrada del profeta.

A los que debieran haber sido guías espirituales del pueblo, "los ancianos de la casa de Israel", en número de setenta, los vio ofreciendo incienso ante las representaciones idólatras que se habían introducido en cámaras ocultas dentro de las sagradas dependencias del atrio del templo. Los hombres de Judá se alentaban en sus prácticas paganas haciendo estas declaraciones blasfemas: "No nos ve Jehová; Jehová ha dejado la tierra" (versículos 11, 12.) (***Profetas y reyes, pp. 329, 330***).

En el llamamiento dirigido a Abraham, el Señor había dicho: "Bendecirte he... y serás bendición... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra". La misma enseñanza fue repetida por los profetas. Aun después que Israel había sido asolado por la guerra y el cautiverio, recibió esta promesa: "Y será el residuo de Jacob en medio de muchos pueblos, como el rocío de Jehová, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no esperan varón, ni aguardan a hijos de hombres". Acerca del templo de Jerusalén, el Señor declaró por medio de Isaías: "Mi casa, casa de oración será llamada de todos los pueblos".

Pero los israelitas cifraron sus esperanzas en la grandeza mundanal. Desde el tiempo en que entraron en la tierra de Canaán, se apartaron de los mandamientos de Dios y siguieron los caminos de los paganos. En vano Dios les mandaba advertencias por sus profetas. En vano sufrieron el castigo de la opresión pagana. A cada reforma seguía una apostasía mayor.

Si los hijos de Israel hubieran sido fieles a Dios, él podría haber logrado su propósito honrándolos y exaltándolos. Si hubiesen andado en los caminos de la obediencia, él los habría ensalzado "sobre todas las naciones que ha hecho, para alabanza y para renombre y para gloria". "Verán todos los pue-

blos de la tierra —dijo Moisés— que tú eres llamado del nombre de Jehová, y te temerán". Las gentes "oirán hablar de todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido es esta gran nación". Pero a causa de su infidelidad, el propósito de Dios no pudo realizarse sino por medio de continua adversidad y humillación (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 19, 20).

Lunes 29 de agosto: **Adoración de la imagen**

Las lecciones que podemos aprender de la lealtad de estos cautivos hebreos hacia Dios y su ley tienen una influencia vital sobre nuestra experiencia en estos últimos días. Nuestra confesión de fe será diferente de la que hemos hecho hasta ahora, porque será hecha bajo circunstancias difíciles. Para impresionar a los idólatras acerca del poder y la grandeza del Dios viviente debemos mostrar reverencia a Dios manifestando que él es el único que debe ser adorado, y que aun a costo de nuestra vida no seremos inducidos a la idolatría.

La vanagloria y la opresión demostrada por Nabucodonosor, el rey pagano, también se puede ver en nuestros días; la historia se repetirá, pero ahora tendrá que ver con la observancia del sábado. El universo celestial contempla a los seres humanos traspasando la ley de Jehová y haciendo caso omiso del monumento conmemorativo de la creación, despreciándolo, y exaltando un día de reposo rival, como era exaltada la imagen de oro en la llanura de Dura. Algunos que se llaman cristianos ordenan al mundo a observar el día de reposo espúreo que ellos mismos han creado, y aquellos que no lo hagan serán juzgados por leyes humanas opresivas. Es el misterio de la iniquidad, el hombre de pecado, obrando mediante las agencias satánicas.

El pueblo de Dios no debe entrar en controversia con respecto a este tema. Simplemente debe tomar la Palabra de Dios como su guía y mantener su alianza con él obedeciendo las palabras de Jehová: "En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico" (Éxodo 31:13) (*The Youth's Instructor*, 12 de julio, 1904).

Cuando nos proponemos servir a Dios con una determinación similar a la de esos fieles siervos de Dios [Daniel y sus tres compañeros], El Señor nos ca-

pacitará con su fuerza para hacerlo. Mientras un alma no se arrepiente de sus pecados ni hace esfuerzos para reformarse, Satanás no la molesta. En cambio, cuando el corazón es tocado por el amor de Cristo, los pecados son confesados y se busca una reforma con la fortaleza que Cristo da, entonces Satanás despierta oposición a cada paso tratando de obstruir la obra que Dios quiere hacer por sus hijos; pero si ellos avanzan, el Señor obrará en su favor. Cristo se revelará a ellos como el Salvador que perdona el pecado y que imparte su gracia y su justicia a todos los que se allegan a él (*Signs of the Times*, 13 de enero, 1890).

Si estamos dispuestos a ser enseñados, podemos aprender una lección extraída de la conducta del rey de Babilonia. Dios le había dado gran luz, pero Satanás trató de que buscara su propia gloria en lugar de la gloria de Dios. De la misma manera Satanás trata ahora de pervertir la verdad divina para obstruir los propósitos del Señor. La verdad que no está mezclada con el error es un poder para salvar; pero si permitimos que el enemigo utilice la luz dada para buscar nuestra propia exaltación, esa verdad pervertida llega a ser un poder para el mal (*The Youth's Instructor*, 2 de febrero, 1904).

Martes 30 de agosto:

"Meditad en vuestros caminos"

Incansables en su oposición, los samaritanos debilitaban "las manos del pueblo de Judá, y los arredraban de edificar. Cohecharon además contra ellos consejeros para disipar su consejo, todo el tiempo de Ciro rey de Persia, y hasta el reinado de Darío rey de Persia" (Esdras 4:4, 5).

Mediante informes mentirosos despertaron sospechas en espíritus que con facilidad se dejaban llevar a sospechar. Pero durante muchos años las potestades del mal fueron mantenidas en jaque, y el pueblo de Judea tuvo libertad para continuar su obra...

La oposición de sus enemigos era enérgica y resuelta, y gradualmente los constructores se descorazonaron. Algunos de ellos no podían olvidar la escena ocurrida cuando, al colocarse la piedra angular, muchos habían expresado su falta de confianza en la empresa. Y a medida que se envalentonaban más los samaritanos, muchos de los judíos se preguntaban si, al fin de cuentas, había llegado el momento de reedificar. Este sentimiento no tardó en difundirse. Muchos de los obreros, desalentados y abatidos, volvieron a sus

casas, para dedicarse a las actividades comunes de la vida. La obra del templo progresó lentamente durante el reinado de Cambises. Y durante el reinado del falso Esmerdis (llamado Artajerjes en Esdras 4:7), los samaritanos indujeron al impostor sin escrúpulos a que promulgara un decreto para prohibir a los judíos que reconstruyeran su templo y su ciudad.

Durante más de un año quedó descuidado y casi abandonado el trabajo del templo. La gente habitaba sus casas, y se esforzaba por alcanzar prosperidad temporal; pero su situación era deplorable. Por mucho que trabajase, no prosperaba. Los mismos elementos de la naturaleza parecían conspirar contra ella. Debido a que había dejado el templo asolado, el Señor mandó una sequía que marchitaba sus bienes. Dios les había concedido los frutos del campo y de la huerta, el cereal, el vino y el aceite, como pruebas de su favor; pero en vista de que habían usado tan egoístamente estos dones de su bondad, les fueron quitadas las bendiciones.

Tales eran las condiciones durante la primera parte del reinado de Darío Histaspes. Tanto espiritual como temporalmente, los israelitas estaban en una situación lastimera. Tanto tiempo habían murmurado y dudado; tanto tiempo habían dado la preferencia a sus intereses personales mientras miraban con apatía el templo del Señor en ruinas, que habían perdido de vista el propósito que había tenido Dios al hacerlos volver a Judea...

Pero aun en esa hora sombría había esperanza para los que confiaban en Dios. Los profetas Ageo y Zacarías fueron suscitados para hacer frente a la crisis. En sus testimonios conmovedores, esos mensajeros revelaron al pueblo la causa de sus dificultades. Declararon que la falta de prosperidad temporal se debía a que no se había dado el primer lugar a los intereses de Dios. Si los israelitas hubiesen honrado a Dios, si le hubiesen manifestado el respeto y la cortesía que le debían, haciendo de la edificación de su casa su primer trabajo, le habrían invitado a estar presente y a bendecirlos (*Profetas y reyes*, pp. 418-420).

Miércoles 31 de agosto: **Vuestros padres, ¿dónde están?**

Los mensajes de Hageo mostraron al pueblo que aun gozaban del favor del Señor. No se atrevieron a rechazar las instrucciones que les enviara repetidamente de que su prosperidad, tanto temporal como espiritual, dependía de

su fiel obediencia a los mandatos del Dios del cielo. Tan pronto como ellos decidieron obedecer "la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Hageo, como le había enviado Jehová su Dios", los mensajes de reprensión dieron lugar a palabras de ánimo: "Entonces Hageo, enviado de Jehová, habló por mandato de Jehová al pueblo, diciendo: Yo estoy con vosotros, dice Jehová" (Hageo 1:12, 13). ¡Cuán reconfortantes son estas palabras! El Dios omnipotente, que reina en los cielos, declara: "Yo estoy con vosotros". Le asegura a su pueblo que aquellos que sean obedientes recibirán su bendición para gloria de su nombre.

También el pueblo de Dios de la actualidad, sí cree y confía en él, recibirá su bendición. Será una ayuda siempre presente para los que le sirven a él en lugar de servirse a sí mismos. Cuando el Señor ve que los suyos desean hacer su voluntad, conocerán de la doctrina, porque él estará con ellos (***Review and Herald*, 12 de diciembre, 1907**).

"Zacarías hijo de Berequías, hijo de Iddo", comenzó a profetizar "en el octavo mes del año segundo de Darío", solamente unos pocos días después que el Señor les asegurara, por medio del profeta Hageo, que la gloria de la casa que estaban construyendo sería mayor que la gloria del templo construido por Salomón. El primer mensaje de Zacarías fue para corroborar que la palabra del Señor nunca falla y que hay una promesa de bendición para los que creen en la segura palabra profética...

Los israelitas habían reiniciado el trabajo para el Señor con fe, aunque las dificultades con las que habían iniciado la obra eran como para desanimarse. La adversidad había estorbado sus esfuerzos por alcanzar prosperidad temporal; sus campos no ofrecían cosecha y sus pocas provisiones comenzaban a escasear rápidamente. No obstante, a pesar de enfrentar la hambruna y de estar rodeados de enemigos, decidieron avanzar en respuesta al llamado de los mensajeros de Dios y comenzar de nuevo a restaurar el arruinado templo. El hacerlo requería gran fe, y el Señor les dio seguridades especiales, mediante Hageo y Zacarías, que su fe sería ricamente premiada y su palabra cumplida. No se dejó por tanto a los constructores luchar solos; estaban "con ellos los profetas de Dios que les ayudaban"(Esdras 5:2); y el mismo Jehová de los ejércitos había dicho: "Esfuérzate... y cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros" (Hageo 2:4).

El Señor, en su misericordia, advirtió a su pueblo acerca del peligro de caer otra vez en el descuido y la indiferencia egoísta; debían adorarlo en la belleza de su santidad. Anteriormente muchos corazones que estaban contaminados con el pecado, buscaban agradarlo con el esplendor de muchos ritos y ceremonias en el hermoso templo construido por Salomón, pero ese culto no agradaba al Señor (***Review and Herald*, 19 de diciembre, 1907**).

Jueves 1 de septiembre: La oración de Nehemías

Cuando nos enfrentemos a situaciones de peligro o prueba, y estemos rodeados de quienes no aman ni temen a Dios, el corazón puede clamar por ayuda y Aquel que lo ha prometido, vendrá. Es la clase de oración a la que se refiere la inspiración cuando dice: "Orad sin cesar". Este clamor no debe sustituir el culto familiar y público, ni reemplazar la devoción secreta. Es un recurso que puede ser usado cuando las circunstancias que nos rodean hacen imposible otra forma de oración. Los que trabajan en medio de ocupados negocios, o los que están viajando por tierra o mar y son amenazados por un gran peligro, pueden requerir la protección y dirección divinas. En cualquier circunstancia de la vida, cuando el alma está cargada con pesares y cuidados o asaltada por la tentación, puede encontrar socorro, apoyo y consuelo en el infalible amor y poder de Aquel que guarda su pacto (***Signs of the Times*, 29 de noviembre, 1833**).

Aferrándose firmemente de la promesa divina, Nehemías depositaba sus peticiones ante el estrado de la misericordia celestial para que Dios sostuviera la causa de su pueblo arrepentido, le restaurara su fortaleza y edificara sus lugares asolados. Dios había cumplido sus amenazas cuando su pueblo se separó de él; lo había esparcido entre las naciones de acuerdo con su Palabra. Y en ese mismo hecho Nehemías hallaba la seguridad de que él sería igualmente fiel en cumplir sus promesas (***Comentario bíblico adventista*, tomo 3, p. 1154**).

En su obra, Esdras y Nehemías se humillaron delante de Dios, confesaron sus pecados y los del pueblo, y pidieron perdón como si ellos mismos hubiesen sido los culpables... Nehemías no era sacerdote ni profeta, ni pretendía título alguno. Fue un reformador suscitado para un tiempo importante. Se propuso poner a su pueblo en armonía con Dios. Inspirado por su gran propósito, dedicó a lograrlo toda la energía de su ser... Al verse frente

al mal y a la oposición a lo recto, asumió una actitud tan resuelta que el pueblo fue incitado a trabajar con renovado celo y valor...

La obra de restauración y reforma que hicieron los desterrados al regresar bajo la dirección de Zorobabel, Esdras y Nehemías, nos presenta un cuadro de la restauración espiritual que debe realizarse en los días finales de la historia de esta tierra... El pueblo remanente de Dios, los que se destacan delante del mundo como reformadores, deben demostrar que la ley de Dios es el fundamento de toda reforma permanente, y que el sábado del cuarto mandamiento debe subsistir como monumento de la creación y recuerdo constante del poder de Dios. Con argumentos claros deben presentar la necesidad de obedecer todos los preceptos del Decálogo. Constreñidos por el amor de Cristo, cooperarán con él para la edificación de los lugares desiertos. Serán reparadores de portillos, restauradores de calzadas para habitar (*Conflicto y valor*, p. 269).

Viernes 2 de septiembre:
Para estudiar y meditar

***Profetas y reyes*, pp. 404-426; 446-463; 489-501.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 11

10 de Septiembre de 2011

“En espíritu y en verdad”

Sábado 3 de septiembre

El Maestro del cielo, que no era otro que el Hijo de Dios, vino a este mundo para revelar el carácter del Padre, para que se lo adorara en espíritu y en verdad. Cristo reveló a la gente que una estricta adherencia a las formas y las ceremonias no los salvaría, porque el reino de Dios es de naturaleza espiritual. Vino a sembrar la verdad en el mundo. Tenía las llaves de todos los tesoros de la sabiduría, y podía abrir puertas a la ciencia, y revelar caudales de conocimientos no.-descubiertos aún, si ello era esencial para la salvación. Les presentó una representación exactamente contraria a la que el enemigo había presentado acerca del carácter de Dios, buscando impresionar en las mentes de sus oyentes el amor paternal de Dios, quien de tal manera amó al mundo, "que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Cristo habló de la necesidad de orar, arrepentirse, confesar y abandonar el pecado. Les enseñó a ser honestos, pacientes, misericordiosos, compasivos, mostrando amor no solo por aquellos que los amaban sino por quienes los odiaban y los trataban con desprecio. De esa manera revelaba el carácter del Padre, quien es "misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad" (Éxodo 34:6). Los que aceptaban su enseñanza quedaban bajo el cuidado de los ángeles quienes eran enviados para iluminarlos y fortalecerlos a fin de que la verdad pudiera renovar y santificar el alma (*Fundamentals of Christian Education*, p. 177).

Domingo 4 de septiembre:

El cántico de alabanza y adoración de María

La única esperanza de redención para nuestra especie caída está en Cristo; María podía hallar salvación únicamente por medio del Cordero de Dios. En sí misma, no poseía méritos. Su relación con Jesús no la colocaba en una relación espiritual con él diferente de la de cualquier otra alma humana. Así lo indicaron las palabras del Salvador. Él aclara la distinción que hay entre su relación con ella como Hijo del hombre y como Hijo de Dios. El vínculo de parentesco que había entre ellos no la ponía de ninguna manera en igualdad con él (***El Deseado de todas las gentes**, pp. 120, 121*).

Dios no estima el valor de nuestras ofrendas para su causa por la cantidad de dinero sino por la razón que las motiva. Es un servicio de corazón lo que las hace valiosas. Cuando la Majestad del cielo llegó como un niño y le fue confiado a María, ella no tenía mucho que ofrecer por haber recibido un don tan precioso. Trajo dos tórtolas al altar, la ofrenda de los pobres; pero fue una ofrenda aceptable al Señor. No podía ofrecer grandes tesoros como los que los sabios de oriente pudieron traer al Hijo de Dios en Belén, pero no fue rechazada por haber traído una pequeña ofrenda. Lo que Dios miró fue su corazón y su amor, y eso hizo su ofrenda agradable. De la misma manera Dios aceptará nuestros dones, por pequeños que sean, si es lo mejor que podemos ofrecer y lo hacemos por amor a él (***Review and Herald, 9 de diciembre, 1890***).

Cristo mostró el mayor respeto y amor por su madre. Aunque a menudo ella le hablaba para que actuara como lo hacían sus hermanos, él nunca le mostró falta de devoción. Ellos no podían obligarlo a cambiar sus hábitos de vida. Él sabía que no había nada de malo en dedicarse a contemplar las obras de Dios, ni en mostrar simpatía y ternura hacia los pobres, los sufrientes y los desafortunados, e incluso hacia los animales. María se había preocupado cuando los sacerdotes y dirigentes le hablaban acerca de las actitudes de Jesús, pero la paz volvió a su corazón cuando él le mostró que las Escrituras estaban de acuerdo con sus prácticas. En ocasiones, ella sentía que debía decidir entre Jesús y sus hermanos, los que no creían que él fuese un enviado de Dios. Pero ella creía que había suficientes manifestaciones de su carácter divino. Lo veía dedicando su vida a otros, y lo veía crecer "en sabiduría, y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Lucas 2:52) (***The Youth's Instructor, 12 de diciembre, 1895***).

Lunes 5 de septiembre:

Adoración y servicio

[Se cita Lucas 4:5-8] La posesión del poder terrenal fue ofrecida a Cristo bajo la condición de que rindiera homenaje a Satanás. ¡Qué contraste entre la forma en que nuestro Salvador enfrentó esta prueba y la forma en que lo hacen los seres humanos! La esperanza de ganar riquezas o poder hace que estos últimos se rindan al dios de este mundo. El amor a las ganancias controla sus afectos, y lo que el enemigo no pudo hacer con el Redentor del mundo, lo puede obtener fácilmente con los seres humanos. Incluso algunos cuyos nombres están inscritos en los libros de la iglesia y tienen posiciones de responsabilidad como seguidores de Cristo, sacrificarán sus principios y su experiencia religiosa con tal de obtener los codiciados tesoros terrenales.

No hay razón para que alguien sea atrapado por los engaños del enemigo. Cristo ha triunfado en favor del ser humano y éste, bajo la dirección del Capitán de su salvación, también puede triunfar. El problema ocurre cuando alguien no se quiere someter a Cristo; abandona las líneas de lucha del príncipe Emanuel y se pasa a las líneas del enemigo. Dedicar todas sus fuerzas para adquirir riquezas o algún otro tesoro terrenal, y adorar otros dioses en lugar del Señor de las huestes (*Signs of the Times*, 12 de enero, 1891).

Los ojos de Jesús se posaron por un momento sobre la gloria presentada delante de él, pero se apartó y rehusó contemplar el fascinador espectáculo. No estaba dispuesto a poner en peligro su firme integridad entreteniéndose con el tentador. Cuando Satanás le requirió un homenaje, fue despertada la indignación divina de Cristo, y no pudo tolerar más la blasfema pretensión de Satanás, ni aun permitir que permaneciera en su presencia. Aquí Cristo usó de su autoridad divina y le ordenó a Satanás que desistiera. "Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (Mateo 4:10). En su orgullo y arrogancia, Satanás había declarado que era el legítimo y permanente gobernante del mundo y el poseedor de todas sus riquezas y gloria, pretendiendo el homenaje de todos los que vivían en él, como si hubiera creado el mundo y todas las cosas que hay en él. Dijo a Cristo: "A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy" (Lucas 4:6). Se esforzó por hacer un pacto especial con Cristo, entregándole inmediatamente todo lo que pretendía como suyo, si él lo adoraba.

Este insulto al Creador movió la indignación del Hijo de Dios e hizo que reprochara y despidiera a Satanás. Satanás se había engañado a sí mismo en su primera tentación pensando que había ocultado tan bien su verdadero carácter y propósitos, que Cristo no lo reconoció como al jefe rebelde caído a quien había vencido y expulsado del cielo. Las palabras con que Cristo lo rechazó: "Vete, Satanás", ponían de manifiesto que había sido conocido desde el principio y que todas sus engañosas artes no habían tenido éxito en el Hijo de Dios. Satanás sabía que si Jesús moría por redimir al hombre, su poder debía terminar después de un tiempo, y que sería destruido. Por lo tanto, si era posible, fue su plan estudiado evitar que se completara la gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si fracasaba el plan de la redención del hombre, retendría el reino que entonces pretendía. Y si tenía éxito, se lisonjeara con la idea de que reinaría en oposición al Dios del cielo. Satanás se regocijó cuando Jesús dejó el cielo abandonando allí su poder y gloria. Pensó que el Hijo de Dios quedaba colocado en su poder. Había tenido un éxito tan fácil la tentación de la santa pareja en el Edén, que él esperó que podría vencer aun al Hijo de Dios con su astucia y poder satánicos, y que así salvaría su vida y su reino. Si podía inducir a Cristo a apartarse de la voluntad de su Padre como lo había hecho al tentar a Adán y Eva, entonces habría logrado su propósito (*Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 336-338).

Martes 6 de septiembre:

Adorar lo que no sabes

Él deseaba elevar los pensamientos de su oyente por encima de cuanto se refería a formas, ceremonias y cuestiones controvertidas. "La hora viene — dijo él— y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Aquí se declara la misma verdad que Jesús había revelado a Nicodemo cuando dijo: "A menos que el hombre naciere de lo alto, no puede ver el reino de Dios". Los hombres no se ponen en comunión con el cielo visitando una montaña santa o un templo sagrado. La religión no ha de limitarse a las formas o ceremonias externas. La religión que proviene de Dios es la única que conducirá a Dios. A fin de servirle debidamente, debemos nacer del Espíritu divino. Esto purificará el corazón y renovará la mente, dándonos una nueva capacidad para conocer y amar a Dios. Nos inspirará una obediencia voluntaria a todos sus requerimientos. Tal es el

verdadero culto. Es el fruto de la obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu es formulada toda oración sincera, y una oración tal es aceptable para Dios. Siempre que un alma anhela a Dios, se manifiesta la obra del Espíritu, y Dios se revelará a esa alma. Él busca adoradores tales. Espera para recibirlos y hacerlos sus hijos e hijas (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 159, 160).

El formalismo y la ceremonia no constituyen el reino de Dios. Las ceremonias se multiplican y se tornan extravagantes mientras se pierden los principios vitales del reino de Dios. Pero Dios no requiere el formalismo ni las ceremonias. El anhela recibir de su viña frutos en términos de santidad y abnegación, obras de bondad, misericordia y verdad. La ropa suntuosa, los cantos elaborados y la música instrumental, en la iglesia, no invitan a los cantos del coro de ángeles. Estas cosas, a la vista de Dios son como las ramas de la higuera que no tenían nada más que hojas ostentosas. Cristo busca frutos y principios manifestados en bondad, simpatía y amor. Estos son los principios del cielo, y cuando se manifiestan en las vidas humanas podemos saber que Cristo ha sido formado en el interior como la esperanza de gloria. Una congregación puede ser la más pobre de la zona, sin música ni lucimiento exterior, pero si posee estos principios, los miembros pueden cantar, porque el gozo de Cristo está en sus almas y pueden ofrecer esto como una suave ofrenda a Dios (*El evangelismo*, pp. 372, 373).

La iglesia de Dios en la tierra es una con la iglesia de Dios en el cielo. Los creyentes de la tierra y los seres del cielo que nunca han caído constituyen una sola iglesia. Todo ser celestial está interesado en las asambleas de los santos que en la tierra se congregan para adorar a Dios. En el atrio interior del cielo escuchan el testimonio que dan los testigos de Cristo en el atrio exterior de la tierra, y las alabanzas de los adoradores de este mundo hallan su complemento en la antífona celestial, y el loor y el regocijo repercuten por todos los atrios celestiales porque Cristo no murió en vano por los caídos hijos de Adán. Mientras que los ángeles beben en el manantial principal, los santos de la tierra beben los raudales puros que fluyen del trono y alegran la ciudad de nuestro Dios. ¡Ojalá que todos pudiesen comprender cuán cerca está el cielo de la tierra! Aun cuando los hijos nacidos en la tierra no lo saben, tienen ángeles de luz por compañeros. Un testigo silencioso vela sobre toda alma, tratando de atraerla a Cristo (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 32).

Miércoles 7 de septiembre:

Los verdaderos adoradores

La samaritana dijo a Cristo "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". Jesús le respondió: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:20-24). El Dios de infinita santidad no acepta un servicio externo que no vaya acompañado del espíritu; los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad, o su culto será sin valor; sus pretensiones serán en vano porque Dios no tiene parte en formas y ceremonias.

Estas palabras siguen resonando. Contienen una verdad universal que es luz para los que creen y condenación para los que no creen. Es verdad que fueron dirigidas especialmente para la nación judía porque sus servicios religiosos se habían transformado de un culto espiritual a un mero formalismo. "En vano me honran —dijo Cristo— enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres" (Mateo 15:9). Pero esos orgullosos amantes del placer estaban tan dedicados a sus ambiciones y deseos, que no prestaban atención a las palabras del gran Maestro. Él no los animaba a realizar sus proyectos terrenales ni los alababa por su ingeniosidad; por eso sus palabras no eran agradables para los que vivían en la mundanalidad (*Review and Herald*, 18 de mayo, 1897).

Jesús hablaba como alguien que tenía conocimiento y autoridad. Sus denuncias contra los judíos condenaban su formalismo e hipocresía. Y sus reproches y críticas a un culto formal tienen la misma fuerza hoy que cuando las expresó a los escribas y fariseos. Se aplican a todos los que tienen apariencia de piedad pero niegan la eficacia de ella... Si no hay realidad en los servicios religiosos, éstos son simplemente pretensiones abominables. Jesús trataba con ternura a los pobres, los oprimidos, los afligidos y desanimados, pero reprochaba con firmeza a los sacerdotes y maestros religiosos porque con su formalismo e hipocresía destruían los delicados pastos y las fuentes de agua viva. Sus falsos preceptos confundían el entendimiento y hacían oscuro lo que era claro. Por su dureza de corazón, su impureza, orgullo y egoísmo, representaban mal a Dios y lo querían hacer como uno de ellos.

Su imaginación estaba oscurecida y contaminada por sus obras degradadas y no estaban en condiciones de discernir lo que pertenecía al reino espiritual de Cristo. Al rechazar y resistir los mensajes de misericordia traídos por el Señor de la luz y la gloria, se hicieron culpables. Tenían suficientes evidencias del divino carácter de Cristo y su misión. El pedir más evidencias solo incrementaba su culpa. Pensando que eran sabios se hicieron necios. Así obran muchos en nuestros días, usando el intelecto que Dios les ha provisto para mezclar la falsedad con la verdad eterna (*Sabbath School Worker*, 1º de diciembre, 1894).

Jueves 8 de septiembre:

Adorar a sus pies

Solo Cristo pudo representar a la Deidad. El que había estado en la presencia del Padre desde el principio, el que es la expresa imagen del Dios invisible, fue el único capaz de cumplir esta obra. Ninguna descripción verbal podía revelar a Dios ante el mundo. Dios mismo debía ser revelado a la humanidad mediante una vida de pureza, una vida de perfecta confianza y sumisión a la voluntad de Dios, una vida de humillación tal que habría rehuido aun el más encumbrado serafín del cielo. Nuestro Salvador revistió su humanidad con divinidad a fin de hacer esto. Empleó las facultades humanas, pues solo adoptándolas podía ser comprendido por la humanidad. Solo la humanidad podía alcanzar a la humanidad. Vivió el carácter de Dios en el cuerpo humano que Dios le había preparado. Bendijo al mundo viviendo en la carne humana la vida de Dios, mostrando así que tenía el poder para unir la humanidad con la divinidad (*Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 309, 310).

En Cristo se reúne toda la gloria del Padre. En él está la plenitud de la Deidad corporalmente. El es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen misma de su persona. La gloria de los atributos de Dios se expresa en el carácter de Cristo. El evangelio es glorioso porque está constituido por la justicia de Cristo. El evangelio es Cristo desplegado, y Cristo es el evangelio encarnado. Cada pasaje de las Escrituras del Nuevo Testamento brilla con la luz de Cristo. Cada texto es un diamante tocado e iluminado por los rayos divinos.

No debemos ensalzar el evangelio, sino ensalzar a Cristo. No debemos rendir culto al evangelio, sino al Señor del evangelio. Cristo es por un lado una perfecta representación de Dios, y por el otro es un perfecto ejemplo de

humanidad sin pecado. En esta manera ha combinado la divinidad con la humanidad (**Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 919**).

Nunca antes había visto el mundo tal escena de triunfo. No se parecía en nada a la de los famosos conquistadores de la tierra. Ningún séquito de afligidos cautivos la caracterizaba como trofeo del valor real. Pero alrededor del Salvador estaban los gloriosos trofeos de sus obras de amor por los pecadores. Los cautivos que él había rescatado del poder de Satanás alababan a Dios por su liberación. Los ciegos a quienes había restaurado la vista abrían la marcha. Los mudos cuya lengua él había desatado voceaban las más sonoras alabanzas. Los cojos a quienes había sanado saltaban de gozo y eran los más activos en arrancar palmas para hacerlas ondear delante del Salvador. Las viudas y los huérfanos ensalzaban el nombre de Jesús por sus misericordiosas obras para con ellos. Los leprosos a quienes había limpiado extendían a su paso sus inmaculados vestidos y le saludaban Rey de gloria. Aquellos a quienes su voz había despertado del sueño de la muerte estaban en la multitud. Lázaro, cuyo cuerpo se había corrompido en el sepulcro, pero que ahora se gozaba en la fuerza de una gloriosa virilidad, guiaba a la bestia en la cual cabalgaba el Salvador.

Muchos fariseos eran testigos de la escena y, ardiendo de envidia y malicia, procuraron cambiar la corriente del sentimiento popular. Con toda su autoridad trataron de imponer silencio al pueblo; pero sus exhortaciones y amenazas no hacían sino acrecentar el entusiasmo (**El Deseado de todas las gentes, pp. 526, 527**).

Viernes 9 de septiembre:
Para estudiar y meditar

El Deseado de todas las gentes, pp. 11-18.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 12
17 de Septiembre de 2011

La adoración en la iglesia primitiva

Sábado 10 de septiembre

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia primitiva, los hermanos se amaban unos a otros. "Comían juntos con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2:46, 47). Los cristianos primitivos eran pocos en número, y no tenían riquezas ni honores; sin embargo, ejercieron una poderosa influencia. La luz del mundo resplandecía por medio de ellos. Aterrorizaban a los que hacían mal, dondequiera que se conocían su carácter y sus doctrinas. Por esta causa, eran odiados de los impíos, y perseguidos aún hasta la muerte (*Joyas de los testimonios, tomo 2, pp. 80, 81*).

Los que trabajan actualmente en la obra de Dios tendrán que hacer frente a pruebas tales como las que Pablo soportó en su obra. Satanás procurará apartar de su fe a los conversos utilizando los mismos métodos engañosos y jactanciosos. Introducirá teorías que no será prudente analizar. Satanás es un obrero astuto, e introducirá engaños sutiles a fin de oscurecer y confundir la mente y desarraigar las doctrinas de la salvación. Aquellos que no acepten la Palabra de Dios literalmente, caerán en esa trampa.

Hoy necesitamos proclamar la verdad con santa intrepidez. La siguiente declaración dada a la iglesia primitiva por el mensajero del Señor, debe ser escuchada por su pueblo en la actualidad: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gálatas 1:8) (*Mensajes selectos tomo 2, p. 60*).

Domingo 11 de septiembre: Muchas "pruebas"

Tenemos grandes razones para alabar a Dios por el registro inspirado que nos es dado en el libro de los Hechos, una narrativa del trabajo de los apóstoles y de la iniciación de la iglesia cristiana. Esa historia está llena de instrucción, luz y conocimiento. Para los discípulos de Cristo que vivimos en los últimos días de la historia de esta tierra, nuestra obra de preparar a la iglesia para la segunda venida de Cristo es similar a la que ellos tuvieron de establecer la iglesia cristiana.

Cuán agradecidos debiéramos estar también por el registro de los primeros discípulos acerca de la resurrección del Salvador. Estuvo con ellos y les confirmó las palabras que les había hablado antes de su gran humillación, sufrimiento y muerte. ¡Con cuán intenso interés habrán escuchado sus enseñanzas cuando apareció en medio de ellos! ¡Un Salvador resucitado de los muertos! ¡Sabían que era el Mesías, el Redentor viviente! Antes no habían comprendido cuando él les hablaba de sus sufrimientos, humillación y muerte. Tampoco podían figurarse que Pedro lo negaría, que Judas la traicionaría, y que él sería rechazado, burlado y crucificado. Ahora, todo lo que les había predicho se había cumplido y miraban a su Salvador resucitado con intenso amor y gratitud...

Cristo permaneció con sus discípulos para razonar con ellos y explicarles las profecías acerca de sí mismo, para que no existiera la tentación del escepticismo. Cuando se apareció ante ellos después de su resurrección, quedaron asombrados y no podían creer que era su Salvador ahora resucitado. Les parecía demasiado extraordinario para que fuera verdad. Sus esperanzas y su fe habían quedado enterradas junto con su Maestro en la tumba de José, y se sorprendieron y asombraron cuando se presentó en medio de ellos cumpliendo las Escrituras.

Cuando Jesús se levantó de los muertos, trajo con él una multitud de cautivos a los que levantó de sus tumbas. Era la forma de mostrar su triunfo sobre el príncipe de este mundo y sobre los poderes del infierno. Quería manifestar a los mundos no caídos que había cumplido el último acto en el drama de sufrimiento del gran conflicto entre él y las agencias satánicas. Trajo a la luz la vida y la inmortalidad y abrió una senda clara y brillante de la tierra al cielo, para que todos los que creen en él puedan seguirle hacia donde él los dirige... Los que levantó de sus tumbas fueron como joyas arrancadas

de la tierra. Antes de ascender al cielo fueron a Jerusalén y se presentaron a muchos, declarando que Cristo los había resucitado de los muertos juntamente con él. El sagrado evento de la resurrección fue atestiguado por muchas pruebas infalibles (*The Youth's Instructor*, 18 de noviembre, 1897)

Lunes 12 de septiembre: La predicación de la Palabra

En esa memorable ocasión mucha gente que hasta ese entonces se había reído de la idea de que una persona tan humilde como Jesús fuera el Hijo de Dios, se convenció cabalmente de la verdad y lo reconoció como su Salvador. Tres mil almas se añadieron a la iglesia. Los apóstoles hablaron impulsados por el Espíritu Santo; y sus palabras no podían ser contradichas porque las confirmaban extraordinarios milagros llevados a cabo gracias al derramamiento del Espíritu de Dios. Los discípulos mismos se asombraron de los resultados de esta manifestación, y de la rapidez y la abundancia de la cosecha de almas. Todos se llenaron de asombro. Los que no quisieron abandonar sus prejuicios y fanatismo se sintieron tan abrumados que no se atrevieron a oponerse a esa poderosa obra ni por palabras ni por actos de violencia, y por el momento su oposición cesó.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían sido capaces de eliminar los prejuicios de los judíos que se habían opuesto a muchísima evidencia. Pero el Espíritu Santo introdujo esos argumentos con poder divino en sus corazones. Eran como agudas flechas del Todopoderoso, que los convencieron de su terrible culpa al rechazar y crucificar al Señor de gloria. "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo".

Pedro recalcó ante la gente convencida el hecho de que habían rechazado a Cristo porque habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes; y si continuaban esperando su consejo, y aguardaban a que esos gobernantes reconocieran a Cristo antes de atreverse a hacerlo, nunca lo aceptarían. Esos hombres poderosos, aunque hicieran una profesión de santidad, eran ambiciosos y ansiaban las riquezas y la gloria terrenales. Nunca acudirían a Cristo para recibir luz. Jesús predijo que una terrible retribución recaería

sobre esa gente por su obstinada incredulidad, a pesar de que se les dieron las más poderosas evidencias de que Jesús era el Hijo de Dios.

Desde ese momento en adelante el lenguaje de los discípulos fue puro, sencillo y exacto tanto en palabra como en acento, ya sea que se expresaran en su lengua nativa o en un idioma extranjero. Estos hombres humildes, que nunca habían estado en la escuela de los profetas, presentaban verdades tan elevadas y puras que asombraban a los que las escuchaban. No podían ir en persona hasta los últimos confines de la tierra; pero había hombres en la fiesta procedentes de todos los rincones del mundo, y las verdades recibidas por ellos fueron llevadas a sus diversos hogares y publicadas entre la gente, y ganaron almas para Cristo (*La historia de la redención*, pp. 255-257).

Martes 13 de septiembre: Pablo en el Areópago

Con la mano extendida hacia el templo cuajado de ídolos, Pablo derramó la carga de su alma y expuso la falacia de la religión de los atenienses. Sus más sabios oyentes estaban asombrados al escuchar su razonamiento. Demostró que estaba familiarizado con sus obras de arte, su literatura y su religión. Señalando sus estatuas e ídolos, declaró que Dios no podía ser asemejado con formas de invención humana. Esas imágenes esculpidas no podían, en el sentido más débil, representar la gloria de Jehová. Les recordó que las imágenes no tenían vida, sino que eran manejadas por el poder humano. Se movían solamente cuando las manos del hombre las movían; por lo tanto, los que las adoraban eran en todo sentido superiores a los objetos de adoración.

Pablo dirigió la mente de sus idólatras oyentes más allá de los límites de su falsa religión a un verdadero concepto de la Deidad, que habían titulado: "Dios no conocido". Este Ser, a quien ahora les declaraba, no dependía del hombre, ni necesitaba que las manos humanas añadiesen nada a su poder y gloria. La gente se llenó de admiración por el fervor de Pablo y su lógica exposición de los atributos del Dios verdadero: su poder creador y la existencia de su providencia predominante. Con ardiente y férvida elocuencia, el apóstol declaró: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, éste, como sea Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos, ni es honrado con manos de hombres, necesitado de algo; pues él da a todos vida, y respiración, y todas las cosas". Los cielos no eran

bastante grandes para contener a Dios, cuánto menos los templos hechos por manos humanas.

En aquella época de castas, cuando a menudo no se reconocían los derechos de los hombres, Pablo presentó la gran verdad de la fraternidad humana, declarando que Dios "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre toda la faz de la tierra". A la vista de Dios, todos son iguales. Cada ser humano debe suprema lealtad al Creador. Luego el apóstol mostró cómo, a través de todo el trato de Dios con el hombre, su propósito de misericordia y gracia corre como un hilo de oro. Él "les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos; para que buscasen a Dios, si en alguna manera, palpando, le hallen; aunque cierto no está lejos de cada uno de nosotros" (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 193, 194).

Así terminaron las labores del apóstol en Atenas, el centro de la cultura pagana; porque los atenienses, aferrándose insistentemente a su idolatría, se apartaron de la luz de la religión verdadera. Cuando un pueblo está plenamente satisfecho con sus propias realizaciones, poco puede esperarse de él. Aunque se vanagloriaban de su saber y refinamiento, los atenienses se estaban corrompiendo cada vez más, y contentándose cada vez más con los vagos misterios de la idolatría.

Entre los que escucharon las palabras de Pablo había algunos en cuyas mentes produjeron convicción las verdades presentadas; pero no quisieron humillarse para reconocer a Dios y aceptar el plan de la salvación. Ninguna elocuencia de palabras, ni fuerza de argumentos, puede convertir al pecador. Solo el poder de Dios puede aplicar la verdad al corazón. El que se aparta persistentemente de este poder no puede ser alcanzado. Los griegos buscaban sabiduría; sin embargo, el mensaje de la cruz era locura para ellos porque estimaban su propia sabiduría más que la que viene de lo alto (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 194, 195).

Miércoles 14 de septiembre: **Adoración "contra la ley"**

Al predicar el evangelio en Corinto, el apóstol siguió un plan diferente que en Atenas. Mientras estuvo en ese lugar, trató de adaptar su estilo al carácter de su auditorio; trató de hacer frente a la lógica con la lógica, a la ciencia con la ciencia, a la filosofía con la filosofía. Al pensar en el tiempo así usa-

do, y darse cuenta de que su enseñanza en Atenas había producido solo poco fruto, decidió seguir otro plan de acción en Corinto, en sus esfuerzos por cautivar la atención de los despreocupados e indiferentes. Resolvió evitar todas las discusiones y argumentos complicados, y no "saber algo" entre los corintios, "sino a Jesucristo, y a éste crucificado". Iba a predicarles, no "con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder"(1 Corintios 2:2, 4) (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 198, 199**).

En su enseñanza, el apóstol Pablo se refería a Cristo y probaba, con los escritos de Moisés y los profetas, que él era el Mesías largamente esperado. No predicaba para maravillar los oídos con oratoria ni con elaborada elocuencia; tampoco lo hacía para entrar en discusiones filosóficas que no conmueven los corazones. Predicaba la cruz de Cristo con la gracia divina, y sus palabras tenían un poderoso efecto. "Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados" (1 Corintios 18:8).

Pablo encontró que los judíos eran sus peores oponentes; trataban de interferir en sus labores de cualquier manera, y blasfemaban al Espíritu y al poder que lo acompañaba, atribuyendo a las agencias satánicas los milagros que realizaba en el nombre de Cristo. La conversión y el bautismo de Crispo exasperó más los ánimos de sus opositores, y cuantos más se convertían tanto más se levantaba la oposición. Algo similar ocurrirá con aquellos que tratan de ganar almas para la verdad presente. Muchos profesos cristianos se transforman en los más amargos e irracionales oponentes cuando se enfrentan con las más convincentes evidencias (***Folleto: Redemption: or the Teachings of Paul and His Mission to the Gentiles*, pp. 62, 63**).

Tanto los judíos como los griegos habían esperado ansiosamente la decisión de Galión; y su inmediato despacho del caso, como asunto que no era de interés público, fue para los judíos la señal de retirarse, desconcertados y airados. La decidida actitud del procónsul abrió los ojos a la muchedumbre clamorosa que había estado ayudando a los judíos. Por primera vez durante las labores de Pablo en Europa la multitud se puso de su parte; en la presencia del procónsul y sin que él lo impidiera, acosaron violentamente a los principales acusadores del apóstol. "Todos los Griegos tomando a Sostenes, prepósito de la sinagoga, le herían delante del tribunal: y a Galión nada se le daba de ello". Así el cristianismo obtuvo una señalada victoria.

Pablo se detuvo allí muchos días. Si el apóstol hubiera sido entonces obligado a abandonar a Corinto, los conversos a la fe de Jesús hubieran quedado en situación peligrosa. Los judíos se hubieran esforzado por aprovechar la ventaja lograda hasta el punto de exterminar el cristianismo en esa región (*Los hechos de los apóstoles*, p. 206).

Jueves 15 de septiembre:

E1 amor conquista todo

En todas las disposiciones del Señor, no hay nada más hermoso que su plan de dar a los hombres y mujeres una diversidad de dones. La iglesia es un jardín, adornado con una variedad de árboles, plantas y flores. El no espera que el hisopo asuma las proporciones de un cedro, ni que el olivo alcance la altura de la palmera majestuosa. Muchos han recibido solamente una educación religiosa e intelectual limitada, pero Dios tiene una obra para esta clase de personas, si ellas trabajan con humildad, confiando en él...

Un obrero puede ser un orador fácil; otro un escritor fecundo; otro puede tener el don de la oración sincera y fervorosa; otro puede tener el don del canto; otro puede tener una facultad especial para explicar la Palabra de Dios con claridad. Y cada uno de estos dones ha de llegar a ser un poder para Dios, porque el Señor trabaja con el obrero. A uno Dios da palabra de sabiduría, a otro le da conocimiento, a otro le da fe; pero todos han de trabajar bajo la misma Cabeza. La diversidad de dones conduce a la diversidad de operaciones; pero "Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo" (1 Corintios 12:6) (*El evangelismo*, p. 77).

La verdadera hermandad se logra mediante un amor como el de Cristo. Sin ese amor, nada puede llevar al cumplimiento de los propósitos de Dios para la humanidad. Pablo declara: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retíne. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve... El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará... Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor" (1 Corintios 13:1-13).

En la vida de Cristo, este amor encontró expresión perfecta. Él nos amó a pesar de nuestro pecado y degradación. Su paciencia con nosotros no se agotó, ni su celo por salvarnos se desvaneció. Las ondas de la misericordia, rechazadas por el orgullo, la impenitencia y los corazones desagradecidos, siempre retornaron en una poderosa corriente de amor. El que está constreñido por el amor de Cristo avanza entre sus semejantes para ayudar a los desamparados y alentar a los abatidos, para señalar a los pecadores el ideal que Dios tiene para sus hijos y para dirigirlos hacia él, que es el único que puede capacitarlos para alcanzar ese ideal. Desprendidos del egoísmo y llenos de la benevolencia y ternura divinas, los cristianos salen a realizar la obra de Cristo, ayudando a todos aquellos a quienes dio su vida para salvarlos. Al tener comunión con su Salvador, revelan su amor en todo lo que hacen y dicen; las palabras airadas mueren sin ser dichas; las acciones desagradables se refrenan antes de hacerse. Dios acepta a los tales como sus instrumentos para cumplir sus propósitos (***Review and Herald*, 21 de julio, 1910**).

El símbolo del cristianismo no es una señal exterior, ni tampoco una cruz o una corona que se lleven puestas, sino que es aquello que revela la unión del hombre con Dios. Por el poder de la gracia divina manifestada en la transformación del carácter, el mundo ha de convencerse de que Dios envió a su Hijo para que fuese su Redentor. Ninguna otra influencia que pueda rodear el alma humana ejerce tanto poder sobre ella como la de una vida abnegada. El argumento más poderoso en favor del evangelio es un cristiano amante y amable (***Dios nos cuida*, p. 244**).

Viernes 16 de septiembre:
Para estudiar y meditar

***Los hechos de los apóstoles*, pp. 29-47; 166-173; 200-209; 255-265.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 13
24 de Septiembre de 2011

La adoración en el Apocalipsis

Sábado 17 de septiembre

La verdadera santidad y la humildad son inseparables. Mientras más cerca esté el alma de Dios, más completamente se humillará y someterá. Cuando Job oyó la voz desde el torbellino, exclamó: "Me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:6). Cuando Isaías vio la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto" (Isaías 6:3, 5). Cuando fue visitado por el mensajero celestial, Daniel dijo: "Mi fuerza se cambió en desfallecimiento" (Daniel 10:8).

Pablo después de haber sido arrebatado al tercer cielo y haber oído cosas que no es lícito que diga el hombre, habla de sí como el menor "que el más pequeño de todos los santos" (Efesios 3:8). Fue el amado Juan, que se reclinaba sobre el regazo de Jesús, y contemplaba su gloria, quien cayó como muerto ante el ángel. Mientras más íntima y continuamente contemplemos a nuestro Salvador, menos procuraremos aprobarnos a nosotros mismos (*A fin de conocerle*, p. 177).

Domingo 18 de septiembre: "Caí a sus pies como muerto"

Cuando a un siervo del Señor se le permite ver, aun en forma velada, la gloria del Dios del cielo y comprende en un mínimo grado la pureza del Santo

de Israel, comenzará a hacer sorprendentes confesiones acerca de la contaminación de su alma más bien que sentirse orgulloso de su santidad...

Siempre nos sorprendemos y hasta nos indignamos cuando un pobre, falible mortal declara: ¡Yo soy santo; soy sin pecado! Nadie que haya visto algo de la grandeza y majestad de Dios puede hablar de esa manera. Por el contrario, los que han tenido esa experiencia se hunden en la más profunda humillación al comparar la pureza de Dios con sus propias imperfecciones en su vida y su carácter. Un solo rayo de la gloria de Dios o de la pureza de Cristo que penetra en el alma, hace cada mancha dolorosamente visible y desnuda cada deformidad y defecto del carácter humano. ¿Cómo puede alguien que se confronta con la ley divina, que penetra hasta revelar los malos motivos y deseos, la infidelidad del corazón y la impureza de los labios, jactarse de santidad? Por el contrario, sus actos de deslealtad son expuestos a su vista, su espíritu es impresionado y afligido por el Espíritu de Dios, y se humilla a sí mismo al ver la grandeza, la majestad y la pureza del carácter inmaculado de Cristo.

Cuando el Espíritu de Cristo conmueve el corazón con su maravilloso poder de convicción, se despierta un sentimiento de deficiencia que lleva a la contrición de la mente y del espíritu más bien que a la jactancia... El alma que es tocada por él, nunca se envolverá en su propia justicia o en un manto de santidad. Por el contrario, odiará haber sido tan egoísta y tan orgullosa y buscará, mediante la justicia de Cristo, adquirir la pureza que está en armonía con la ley de Dios y reflejar el carácter de Cristo, la esperanza de gloria.

Al comprender el gran misterio de la piedad que hizo posible el gran sacrificio para redimirlo, el pecador exclamará con labios temblorosos: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí. Se hizo pobre, para que por su pobreza yo fuera enriquecido. Derramó su inextinguible amor redentor para que mi corazón sea emblanquecido y pueda volver a ser leal y obediente a sus mandamientos. Su condescendencia, humillación y crucifixión son la corona de su maravillosa y milagrosa exhibición del plan de salvación. Que el justo muera por el injusto y el puro muera por el impuro está más allá de la comprensión del amor humano; y todo lo hizo para que pudiera impartirme su propia justicia y para darme el poder para guardar su ley que antes transgredía. Por eso lo adoro; por eso quiero proclamarlo ante todos los pecadores y decir: 'He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo'" (*Review and Herald*, 16 de octubre, 1888).

Lunes 19 de septiembre: **Santo, Santo, Santo...**

Los serafines que rodean el trono están tan embargados de reverente temor al contemplar la gloria de Dios, que ni por un instante se miran a sí mismos con admiración. Sus loores son para Jehová de los ejércitos. Al penetrar su mirada en el futuro, cuando toda la tierra estará llena de su gloria, el canto triunfal repercute del uno al otro en melodiosos acentos: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos". Están plenamente satisfechos con glorificar a Dios; morando en su presencia, bajo su sonrisa de aprobación, no desean otra cosa. Con llevar su imagen, hacer su mandato, adorarle, se cumple su ambición más elevada (*Obreros evangélicos*, pp. 21, 22).

El universo entero contempló el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto a que tiene derecho, y es exaltado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombra. A fin de alcanzar el gozo que le fuera propuesto —el de llevar a muchos hijos a la gloria— sufrió la cruz y menospreció la vergüenza. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y el oprobio, mayores aun son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados a su propia imagen, cuyos corazones llevan el sello perfecto de lo divino y cuyos rostros reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en ellos el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas de los justos y de los impíos, exclama: "¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por éstos sufrí, por éstos morí, para que pudiesen permanecer en mi presencia a través de las edades eternas". Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: "¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!" (Apocalipsis 5:12, V.M.) (*¡Maranata: El Señor viene!*, p. 344).

Martes 20 de septiembre: **Apocalipsis 13**

El culto de las imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artificios de Satanás para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su ruina, se esfuerza en distraer su atención del único que puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia

cualquier objeto que pueda substituir a Aquel que dijo: "¡Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!" (Mateo 11:28, V.M.).

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de obligación para con la ley divina y dan a los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace aceptar falsas ideas acerca de Dios, de suerte que le miran con temor y odio más bien que con amor. Atribuye al Creador la crueldad inherente a su propio carácter, la incorpora en sistemas religiosos y le da expresión en diversas formas de culto. Sucede así que las inteligencias de los hombres son cegadas y Satanás se vale de ellos como de sus agentes para hacer la guerra a Dios. Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y perpetráronse horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría (*El conflicto de los siglos*, p. 625).

Durante los siglos que precedieron el diluvio, tuvieron éxito los esfuerzos de Satanás para que prevaleciera en todo el mundo la rebelión contra Dios. Ni siquiera las lecciones del diluvio fueron recordadas mucho tiempo. Con arteras insinuaciones y paso a paso, Satanás volvió a inducir a los hombres a una rebelión abierta. Nuevamente parecía estar a punto de triunfar; pero el propósito de Dios para el hombre caído no debía ser puesto así a un lado. Mediante la posteridad del fiel Abraham, del linaje de Sem, se conservaría para las generaciones futuras un conocimiento de los designios benéficos de Jehová. De cuando en cuando Dios levantaría mensajeros de la verdad para recordar el significado de los sacrificios ceremoniales, y especialmente la promesa de Jehová concerniente al advenimiento de Aquel a quien señalaban todos los ritos del sistema de sacrificios. Así se preservaría al mundo de la apostasía universal.

El propósito divino no se cumplió sin arrostrar la oposición más resuelta. De todas las maneras que pudo, el enemigo de la verdad y de la justicia obró para inducir a los descendientes de Abraham a olvidar su alta y santa vocación y a desviarse hacia el culto de los dioses falsos. Y con frecuencia sus esfuerzos triunfaron excesivamente. Durante siglos, antes del primer advenimiento de Cristo, las tinieblas cubrieron la tierra y densa obscuridad los pueblos. Satanás arrojaba su sombra infernal sobre la senda de los hom-

bres, a fin de impedirles que adquiriesen un conocimiento de Dios y del mundo futuro. Multitudes moraban en sombra de muerte. Su única esperanza consistía en que se disipase esta lobreguez, para que Dios pudiese ser revelado (*Profetas y reyes*, pp. 506, 507).

El ser humano tiene fuertes pasiones que necesitan estar bajo el control de Dios. ¿Quiénes desean ser participantes con Cristo en su obra? Satanás trabaja con diligencia para ganar su batalla por la supremacía, y el obrero cristiano, unido con su Maestro, debe ejercer una influencia^ que sea positiva para impedir el poder satánico sobre las almas. El Señor necesita obreros fieles que alcancen a los hombres y las mujeres donde están y los eduquen y entrenen para que, como pecadores arrepentidos, miren a Cristo y vivan. Pero todos deben recordar que nadie llega a ser virtuoso, puro y santo sin esforzarse para alcanzarlo (*The Home Missionary*, 1º de noviembre, 1897).

La substitución de los mandamientos de Dios por los preceptos de los hombres no ha cesado. Aun entre los cristianos, se encuentran instituciones y costumbres que no tienen mejor fundamento que la tradición de los padres. Tales instituciones, al descansar sobre la sola autoridad humana, han suplantado a las de creación divina. Los hombres se aferran a sus tradiciones, reverencian sus costumbres y alimentan odio contra aquellos que tratan de mostrarles su error. En esta época, cuando se nos pide que llamemos la atención a los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, vemos la misma enemistad que se manifestó en los días de Cristo. Acerca del último pueblo de Dios, está escrito: "El dragón fije airado contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo" (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 363, 364).

Miércoles 21 de septiembre: **Apocalipsis 14**

Hay un día que pronto ha de amanecer en que los misterios de Dios serán comprendidos, y todos sus caminos vindicados; cuando la justicia, la misericordia y el amor serán los atributos de su trono. Cuando la guerra terrenal haya terminado, y los santos estén todos reunidos en el hogar, nuestro primer tema será el cántico de Moisés, el siervo de Dios. El segundo tema será el cántico del Cordero, el cántico de gracia y redención. Este canto será más alto, y se entonará en estrofas más sublimes, resonando por los atrios cele-

tiales. Así se canta el cántico de la providencia de Dios, que relaciona las variadas dispensaciones; porque todo se ve ahora sin que haya un velo entre lo legal, lo profético y el evangelio. La historia de la iglesia en la tierra y la iglesia redimida en el cielo tienen su centro en la cruz del Calvario. Este es el tema, este es el canto —Cristo el todo y en todo— en antífonas y alabanzas que resuenan por los cielos entonadas por millares y por diez mil veces diez mil, y una innumerable compañía de la hueste de los redimidos. Todos se unen en este cántico de Moisés y del Cordero. Es un cántico nuevo, porque nunca antes se ha entonado en el cielo (*Testimonios para los ministros*, p. 440).

La enemistad de Satanás contra Cristo se ensañó con los discípulos del Salvador. En toda la historia puede echarse de ver el mismo odio a los principios de la ley de Dios, la misma política de engaño, mediante la cual se hace aparecer el error como si fuese la verdad, se hace que las leyes humanas substituyan las leyes de Dios, y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para dar a los hombres un concepto falso del Creador y hacer que lo consideren con temor y odio más bien que con amor; sus esfuerzos para suprimir la ley de Dios, y hacer creer al pueblo que no está sujeto a las exigencias de ella; sus engaños, han seguido con rigor implacable. Se pueden ver en la historia de los patriarcas, de los profetas y apóstoles, de los mártires y reformadores (*Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, pp. 543, 544).

El gran apóstata logró éxito al exaltarse a sí mismo "contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto" (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la ley divina que en forma inconfundible señala a toda la humanidad al Dios verdadero y viviente. En el cuarto mandamiento el Señor se presenta como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto como distinto de todos los dioses falsos. El séptimo día fue santificado para que fuera un día de reposo para el hombre, como un monumento de la obra de la creación. Se lo instituyó para que mantuviera al Dios viviente siempre delante de las mentes como la fuente de todo ser y objeto de reverencia y culto. Satanás trató de desviar a los hombres para que no manifestaran lealtad a Dios ni rindieran obediencia a su ley; por lo tanto dirigió sus esfuerzos especialmente contra ese mandamiento que señala a Dios como Creador (*La historia de la redención*, pp. 346, 347).

El cuarto mandamiento, que Roma ha tratado de poner a un lado, es el único precepto del Decálogo que señala a Dios como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto distingue al verdadero Dios de los dioses falsos. El sábado fue instituido para conmemorar la obra de la Creación, y dirigir las mentes de los hombres al Dios vivo y verdadero. Su poder creador se menciona a lo largo de las Escrituras como prueba de que el Dios de Israel es superior a las deidades paganas. Si siempre se hubiera guardado el sábado, los pensamientos y los afectos del hombre se hubieran dirigido a su Hacedor como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría existido ni un ídolatra, ni un ateo ni un infiel (*La historia de la redención*, pp. 401, 402).

Jueves 22 de septiembre:

Adora a Dios

El deber de adorar a Dios estriba en el hecho de que él es el Creador, y que a él todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador. "Todos los dioses de los pueblos son ídolos; mas Jehová hizo los cielos" (Salmo 96:5). "¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él"? dice el Santo. ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?" "Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo... ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!" (Isaías 40:25, 26; 45:18, V.M.).

Dice el salmista: "Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos". "¡Venid, postrémonos, Y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!" (Salmo 100:3; 95:6, V.M.). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: "¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!" (Apocalipsis 4:11, V.M.).

En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta a los hombres a que adoren al Creador, y la profecía expone a la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos señala directamente a Dios como Creador. El cuarto precepto declara: "El séptimo día será Sábado a Jehová tu Dios... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos

hay; y en el día séptimo reposó; por tanto Jehová bendijo el día del Sábado, y lo santificó" (Éxodo 20:10, 11, Versión Valera de la S.B.A.). Respecto al sábado, el Señor dice además, que será una señal... para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios" (Ezequiel 20: 20, Id.). Y la razón aducida es: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó" (Éxodo 31:17)...

Mientras el ser él nuestro Creador siga siendo motivo para que le adoremos, el sábado seguirá siendo señal conmemorativa de ello. Si el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos e inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido un idólatra, un ateo, o un incrédulo. La observancia del sábado es señal de lealtad al verdadero Dios, "que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua". Resulta pues que el mensaje que manda a los hombres adorar a Dios y guardar sus mandamientos, los ha de invitar especialmente a observar el cuarto mandamiento (***Exaltad a Jesús***, p. 45; ***El conflicto de los siglos***, pp. 489-491).

Viernes 23 de septiembre:

Para estudiar y meditar

El conflicto de los siglos, pp. 639-650; 661-670; 720-738.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática